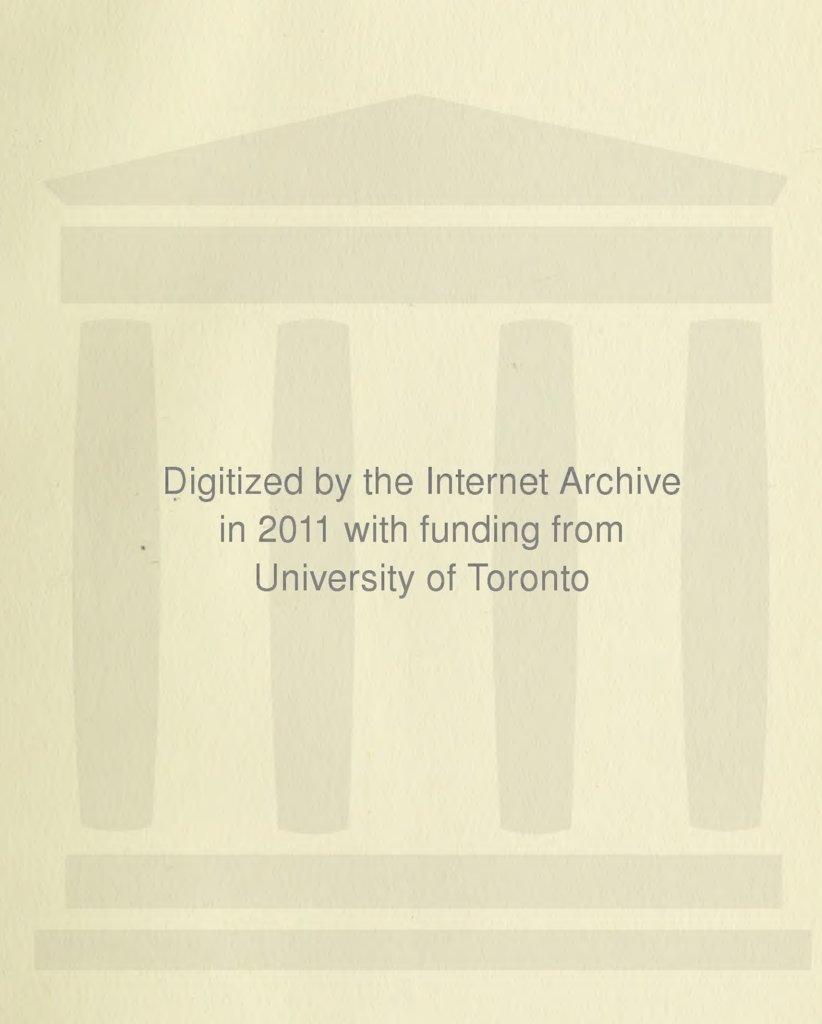

3 1761 08695586 1



TRADICIONES SEVILLANAS

Esta obra se publica bajo la protección del Excmo. Ayuntamiento de Sevilla.

Sevilla 1897.—Tip. de Francisco de P. Díaz, Gavidia 6

CANO Y CUETO

TRADICIONES SEVILLANAS

VII.

El toque de agonía.—La última aventura de D. Miguel de Mañara

DIBUJOS DE JOSÉ ARPA

ADMINISTRACIÓN

FERNANDO FÉ
Carrera de S. Jerónimo, 2

VICTORIANO SUÁREZ
Preciados, 48

MADRID



AL SR. D. JOSÉ BERMÚDEZ REINA,

Y Á LOS SRES.

D. José de Vargas Machuca, D. Miguel Corona, don Joaquín Campos Palacios, D. Manuel Héctor Abreu, don Rafael Fernández-Grilo, D. Emilio Jimeno de Ramón, D. José Enrique Roncales †, D. Pedro de Celis Moreno, D. José María Ternero, D. Trinidad del Rey, D. José López de Rueda, D. Agripino Povedano †, D. José Luís Arredondo, D. Manuel Valenzuela †, D. Francisco Ambrosio del Campo, D. Manuel Hoyuela, D. Rafael Herrera Robles, D. Javier Lasso de la Vega, D. José Morales Roldán y D. Miguel Merino, en testimonio de gratitud,

EL AUTOR.

EL TOQUE DE AGONÍA

Desespera y muere.

Alfred de Vigni.

Á LOS EXCMOS. SRES.

MARQUESES DE VIANA

EN TESTIMONIO DE FERVOROSO CARIÑO



I.

Nació Elvira entre las flores
de espléndida primavera
y, por ser hija hechicera
de la estación del amor,

en el rostro de la niña,
cada mayo que pasaba,
de regalo le dejaba
de sus rosas la mejor.

La luz de sus grandes ojos
á la del sol daba agravios,
y estaban hechos sus labios
para reir y besar.
Su voz era arrullo suave
de enamorada paloma;
su aliento fragante aroma
de claveles y azahar.

Feliz, alegre, risueña,
en su jardín parecía
cervatillo, si corría;
si cantaba, ruiseñor.
Y con sus risas y gritos,
con sus caricias y besos,

su dulce hogar de embelesos
llenó y de luz y calor.

Himnos, cantares y arrullos,
llegaban á sus oídos
al compás de los sonidos
de misterioso laud.
Y el albor de la mañana
su virgen sér envolvía,
y fulguroso nacía
el sol de su juventud.

¡Qué pura y qué hermosa eres!
¡De cuántos hechizos llena
estás, cándida azucena,
sol que brillas, sin arder!
¡Cuán grato y rico tesoro
guardas de paz y consuelos!
¡Qué límpidos son los cielos
de tu alma de mujer!

II.

Parietaria de sus rejas
fué el amor, é hizo el deseo
que convirtiese en paseo
su calle gentil tropel.
Y hubo ruegos y suspiros,
serenatas y billetes,
y alfombra de ramilletes,
cada día, en su cancel.

Y la niña alborozada
de tales cosas reía;
y dichosa se creía,
y era feliz, en verdad.
Que no hay placeres ni encantos
para la mujer, mayores

que los de ver rondadores,
esclavos de su beldad.

¡Rosal de flores vestido;
presto quedarás desnudo,
pues va á soplar cierzo rudo
con implacable rigor!
Caerá la nieve en tus ramas,
y, mustio, aterido, inerte,
no podrá otro abril volverte
tu savia, ni tu verdor.

¡La muerte! la muerte impía
va á hacer tu pecho pedazos
al arrancar de tus brazos
el sér que vida te dió.
¡Murió tu madre! La viuda
que te amó con tanto anhelo,
que, cuanto más subió al cielo,
más por la tierra lloró.

Huérfana la pobre Elvira,
por falta de parentela,
quedó bajo la tutela
de un viejo bien singular.
Monómano religioso:
era un sér que padecía
de la atroz melancolía
que el alma llega á secar.

Enfermedad espantosa
que engendra tenaz delirio;
que produce cruel martirio,
y que mata la razón.
Furia que la Cruz de Cristo
tomó con mano execrable,
y en puñal inexorable,
sacrílega, convirtió.

Ella enlutó la existencia,
y marchitó los amores,

y rellenó de dolores
el existir y el no sér;
y congeló los cantares,
y emponzoñó la alegría,
y de una mortaja fría
cubrió el lecho del placer.

Ella echó sobre los hombros
del mortal terrible yugo,
y de sí lo hizo verdugo
y terror de los demás.
Ella borró de los cielos
el iris de la esperanza.
Ella puso en Dios venganza,
y poder en Satanás.

Ella encendió mil hogueras,
y despobló las ciudades,
y, con sus torpes maldades,
hizo de la historia horror.

Y alzó un ara en el cadalso,
y dictó á esclavos y á reyes
de Jesús las santas leyes,
de Caín con el furor.

Aquella melancolía
lúgubre y tenaz dolencia,
arrojaba en la conciencia
del anciano sombras mil....
Sombras con las que pugnaba;
sombras en las que vivía;
sombras por las que gemía
en duda traidora y vil.

Toda falta era delito;
todo placer, condenado;
toda distracción, pecado;
todo afecto, liviandad.
Siempre en los labios el rezo,
el cuerpo siempre de hinojos,

un sepulcro ante los ojos,
la mente en la Eternidad.

El ayuno y el cilicio,
y el dolor y la plegaria,
y una vida solitaria,
y un lecho de tablas ruín,
y en la carne ver la fiera
que castigar es preciso....
¡Así se va al Paraíso
desde el humano confín!

¡Así sólo! Y que perfumes
no exhalen las bellas flores,
ni canten los ruiseñores,
ni vierta su lumbre el sol,
ni el aura murmure blanda,
ni se arrullen las palomas....
¡Aire, sol, cantos, aromas,
á él causáis tedio y horror! (1)

Él fanático, ella humilde,
ella muy niña, él muy viejo,
y ella sin luz, ni consejo,
y con grande astucia él....
¡Ay, desdichada! Tú sueñas
con sonrisas y fulgores,
y él viejo, por sus terrores,
te brinda un cáliz de hiel.

¿De qué te sirven las trovas
de enamorados galanes?
¿Cómo premiar sus afanes
si no tienes voluntad?
Si eres huérfana avecilla
que vive en extraño nido,
¿por qué suenan en tu oído
cánticos de libertad?

III.

Entraba en la casa un hombre
viejo también, flaco y recio;
casuista de gran precio;
de inquisidores honor:
y él era la luz del alma
del tutor, y era su amparo,
y de su conciencia faro
de engañoso resplandor.

No pudiera la locura
escoger mas ruín galeno.
La receta era veneno.
El diagnóstico, mortal.
Sólo hablaba del pecado,
del juicio, del anatema,

de la cólera suprema,
de tormentos sin piedad.

La crüeldad y la insania,
y el vértigo y el martirio,
y las sombras y el delirio
se unieron en lazo atroz;
y el cadáver y el gusano,
y la noche y la quimera,
hallaron, por suerte fiera,
en dos cuerpos, una voz.

Á aquellos hombres Elvira
cobró inexplicable espanto,
pues siempre, arrasada en llanto,
les oyó expresarse así:
«El mundo es cárcel del vicio,
«del Averno es su alegría.
«¡Olvida el mundo, hija mía;
«el mundo no es para tí!»

¡Oh, sí, el mundo que tus sueños
de amor y de dichas mece,
no ante tí se desvanece
como fantasma fugaz!
Eres joven, rica, bella....
¡Que nadie turbe tu calma!
¡El mundo es para tí! ¡Alma
Dios te formó para amar!

Todo, con júbilo, entona
de amor el himno suave.
Aman la brisa y el ave,
la flor, el reptil, el pez,
el sol, la estrella, el insecto,
el ancho mar y la hiedra;
y aman el tigre y la piedra....
¡Sólo no ama Lucifer!

Porque él sólo es el maldito,
y él sólo el desesperado,

y él sólo el que está privado
de los efluvios de Dios.
Vida estéril la del hombre
que el poder del amor trunca.
¡Ah! ¿Cómo vive el que nunca
latir su pecho sintió?

En el rondador enjambre
de mozos enamorados,
aquellos viejos, airados,
hallaban su perdición.
Y en cólera se encendían:
porque de Elvira al esposo
entregarle era forzoso
los bienes, sin dilación.

Y á aquellos bienes querían
dar, los dos, sagrado empleo:
cristianísimo deseo
que se aplaudían, al par,

pintándose las mercedes
que el cielo les otorgara
si tal fortuna aliviara
á alguna Comunidad.

¡Cuál por ellos rogarían
cien venerables varones!
¡Qué lluvia de bendiciones!
¡Cuántos años de perdón!
¡Ser amparo de la Iglesia
que los bendice y escuda!
¡Servir de sostén y ayuda
á la santa religión!

Y con solemnes discursos
excitábanse las almas,
muy ansiosos de las palmas
que les rindiera su afán.
Y el inquisidor asceta,
y el tutor, ó sandio ó loco,

meditaban, poco á poco,
santo, pero triste plan.

Y ya siempre que sus tratos
rigurosos concluían,
si á la doncella veían,
así exclamaban los dos:
«¡El mundo es cárcel del vicio!
«No el puro claustro te asombre.
«En el mundo peca el hombre;
«en la celda se halla á Dios.»

«No es el mundo para el alma
«de una niña, cual tú, pura.
«Hallarás en la clausura
«el sosiego y la virtud.»
Y ella, aunque no comprendía
lo que, en su mal, concertaban,
sospechó que le labraban,
en vida, estrecho ataud.

IV.

Si nació en un abril y vió con calma
primavera correr tras primavera,
otro abril le dió amor, y halló su alma
que sin amor no hay vida verdadera.

¡El mundo, el mundo que forjó su mente
no era, no, el del tutor; de luz y flores
el mundo vió en que cuna sonriente
encontraron sus vírgenes amores.

¡Y, qué dichosa fué! ¡Cuán süave encanto
sintió su corazón adormecido,
al escuchar el deleitoso canto,
paz del alma y regalo del oído!

Elvira en su locura, que este nombre
su éxtasis merecía, así exclamaba:
—¡Oh, qué hermoso es el mundo!—Y era un hombre
la esencia de aquel mundo que admiraba.

Ni el sol le daba el fuego que sentía
ni el aura leda el embriagante aroma;
el calor y el perfume, en aquel día,
los llevaba en su pecho de paloma.

El aire, el sol, la creación entera
se refundió en sus vírgenes amores.
¡Ella encerraba en sí la primavera
con todas sus aromas y sus flores!

¡Oh, noches de dulzuras! ¡Oh, momentos
que merecen ser siglos! ¡Oh, divinos
efluvios y ardorosos juramentos
que laten entre labios purpurinos!

Besos enamorados y suaves,
¡todo miel! ¡todo aromas! ¡todo encanto!
¡Dulces palabras, misteriosas llaves
de breves dichas y de acerbo llanto!...

¡Tiernos poemas, del amor tesoro!
¡Cántigas dulces que el amor inspira!
¡Cómo arrullasteis los ensueños de oro
del alma virgen de la hermosa Elvira!

V.

Era el doncel muy galano;
y por joven, altanero;
y gentil, por caballero;
y amador, por sevillano.

Abrasándose de enojos
y exhalando süaves quejas,
las dos manos en las rejas
que son cárcel de sus ojos,

á Elvira hermosa aguardaba,
y en impaciencia se ardía,
y un siglo le parecía
cada instante que pasaba.

La tardanza le da agravios
y pesadumbre su afán,
y el fuego de aquel volcán
hace explosión en sus labios.

Mas bendice su fortuna,
porque tras los hierros mira
fingido el rostro de Elvira,
con reflejos de la luna.

Leve rumor se escuchó.
Las ventanas se entreabrieron.
Blancos cendales se vieron....
y ella ¡al fin! apareció.

Y surgió como la aurora,
brillante, alegre, serena;
pura como la azucena,
como el sol deslumbradora.

—¡Luz del alma! ¡Vén á mí,
que en esta noche sombría,
tuve muerta la alegría,
porque no verte creí!

—Me fué imposible bajar.
Mi tutor....

—No hablemos de él.
Repíteme tu amor fiel

y vuélvemelo á jurar.
¡Mil veces!
—¡Loco deseo!
—Si es que al escucharte, Elvira,
me parece que es mentira,
que te escucho y que te veo.
—También yo juzgo ilusión
la dicha que siento en mí,
pues sin sospechar de ti,
dudo....
—¿De tu corazón?...
—Jamás.
—Pues si en tí se aferra
dudar que en mí no se funda....
—¡Es mi dicha tan profunda
para sentirse en la tierra...!
—¡Cielo mío! ¿Ese temor?...
—Mis esperanzas deshace.
—¿Vas á llorar?...
—Sé que nace

la espina junto á la flor.
Me han dicho que el mundo es
para la mujer fatal,
y que fuente de ese mal
es el amor....
—Tú lo crees?
—Lo temo.
—¡Niña inocente
sólo para amar nacida!
El amor es luz y es vida,
y del bien divina fuente.
—Tal creí.
—Si es necesario
que yo convenza tu anhelo,
no me mires.... ¡mira al cielo
que abrió Amor en el Calvario!
—Tal soñé.
—La realidad
vive en ese sueño, Elvira.
¡Piensa que todo es mentira

pero nuestro amor, verdad!
—¡Oh, no me engañes!
—Yo quiero
matar tu recelo vano:
yo no miento, por cristiano;
no engaño, por caballero.
—¡Háblame así!
—¡Mi tesoro!
—¡Háblame así!
—Hermosa Elvira....
mi alma, que por ti delira,
sólo te dice: ¡Te adoro!

Y esta frase ha de bastar
á cuanto anheles oir,
¡que el que bien sabe sentir,
muy mal lo puede expresar!

¡Te adoro, cerrado Edén!
¡Te adoro, luz y alegría!
¡Te adoro, del alma mía
sol y cielo, encanto y bien!

Y, pues mi fortuna labras,
deja, Elvira, que en ti adore,
y tu casto amor implore
con oración sin palabras.—

Á escena tan dulce y pura
prestaba la noche abrigo,
y era la luna testigo
de arrobadora ventura.
En su blanca luz se mueve,
con reflujo desigual,
de Elvira el casto cendal;
que oculta rosas y nieve.
Y se escuchan palpitantes
los misteriosos sonidos
que se escapan de los nidos
de las tórtolas amantes.
Él en viva llama acrece,
y ella eterna fe le jura;

él se abrasa en su hermosura
y ella de amor desfallece.

Cayó su cabeza hermosa
de su galán sobre el pecho,
y fué ver, en breve trecho,
sobre un volcán una rosa.

Y con el alma embriagada
y «¡mi Elvira!» murmurando....
él fué los labios buscando
de su bella idolatrada.

Tan supremos embelesos
dan divinas conjunciones.
Volcanes de corazones
despiden, por llamas, besos.

Ella los sintió, dió un grito....
Se apartó brusca y airada
y—¡Vete!—dijo asustada,—
¡què no verte necesito!—

—¿Qué hice yo,—exclamó el doncel,—
para escuchar tu anatema?

—¡Ay! Tu beso amarga y quema
como fuego y como hiel.
¡Ay! Vete, aunque mal me cuadre....
—¡Angel mío!... ¡Ese embeleso!...
—¡Has borrado con tu beso
el último de mi madre!
¡Huye!
—¡Elvira!
—¡Falso, aleve!
Los suyos eran mi encanto.
El tuyo me causa espanto,
porque es de llama y de nieve.
Los suyos siempre gozar
me hicieron süave delicia....
Es el tuyo.... una caricia
crüel.... pues me hace llorar.
Los suyos prestaban calma....
—¡Por piedad, dueño adorado!
—Tu beso me ha desgarrado
los cendales de mi alma.

VI.

¡Oh pudor! ¡Oh inocencia candorosa!
¡Oh luz divina, que idolatra el ciego
nacido entre la bruma tenebrosa!
De mí huyó tu fulgor, mas no te niego.
Creo y adoro en ti. Si alguien, demente,
agostó en bochornosas saturnales
virtud, deber, amor, conciencia, ¡todo!
y con mano tranquila, indiferente,
las túnicas del alma celestiales
cual vil harapo sepultó en el lodo,
vió brillar en la copa de veneno
que acercaba á sus labios con hastío
algún rayo de luz puro y sereno,
y á aquel reflejo, ¡dulce como impío!
sintió angustias profundas en el seno,
sombra en los ojos y en el alma frío.

¡Oh, sí, existe el pudor! ¡La virtud vive!
Al borde de pestífero pantano
el aura aromas de la flor recibe.
Cuando era el mundo lodazal insano
una paloma cándida volaba,
y, sin mancha en las plumas, y afanosa
al arca el ramo de la paz llevaba.
¿Quién, al salir de orgía vergonzosa
donde vió devorar al Minotauro,
entre el vino y la risa licenciosa,
la presa que le arroja la pobreza,
el hambre ó la ignorancia depravada,
no idolatró y bendijo la pureza
al entrar en su hogar y ver dormida
á la hija idolatrada
por invisible arcángel protegida?
¿Quién, al mirar su sueño, se atreviera
á mancillar su frente inmaculada,
de locura ó de amor en el exceso,
poniendo en ella un beso

con labios que humectó procaz ramera?
¿Quién, al mirar á la hija venerada,
aun siendo más infame que Aretino,
negar pudiera la virtud sagrada
y blasfemara del pudor divino?
¿Quién pudo blasfemar?... Á Elvira hermosa
un ósculo de amor tanto le aterra.
También la sensitiva el cáliz cierra
al rozarle fugaz la mariposa.
¡Qué noche tan amarga la inocente
pasó en su virgen lecho recordando
al mancebo galán, y su candente
beso de amor, que siente
en todas sus arterias palpitando!
Su carne, que á la vida despertaba,
le daba miedo atroz. Ella sentía
toda su sangre hervir en roja lava
y el hervidero aquel la estremecía,
y el mugidor incendio la abrasaba.
Contempló con terror que sus sentidos

revelaban deseos ignorados;
sintió estallar en sí fuerzas feroces,
y fuerzas y deseos comprimidos
algo pedían con terribles voces.
¡Aquel beso! ¡Aquel beso...! En cada arteria,
cual ciclópeo martillo golpeando,
despertaba el recuerdo en la materia;
y sin tregüa su boca el dulce fuego
del beso aquél estaba respirando.
Quiso rezar, y el rezo vacilante,
por falta de fervor y de sosiego,
se volvía de Dios hacia su amante.
Y al contemplar la Imagen de María
abrazada á la Cruz, deshecha en llanto,
y al ver de su Hijo amado la agonía,
la santa niña, con profundo espanto,
creyó hallar, por su fe grande y piadosa,
más cubierto de sangre el cruel madero,
más abiertas las llagas, más llorosa
á la Madre del Mártir verdadero.

VII.

Llegó la noche. La noche
cuyas horas, febrilmente,
contó el galán, impaciente
por conseguir su perdón.
Corrió á la calle en que vive
el imán de su albedrío,
y sintió en las venas frío
y miedo en el corazón.

El balcón estaba abierto
y la estancia iluminada.
Una voz se oye, cansada,
lenta y tristemente hablar.
Lenta y triste. Aquel acento,

por lo monótono arredra.
¡Agua que cae sobre piedra
con continuo golpear!

Á esta voz, en intervalos
muy desiguales, se unía
otra voz, de angustia impía,
débil eco de dolor.
Sonaba como un sollozo,
como un amargo lamento:
voz de amargura y tormento,
y al par, suspiro de amor.

En vano el galán se esfuerza,
y en ira y furor se abrasa,
por saber lo que allí pasa,
por lo que escucha y no ve.
¿Qué pasaba? Nada. Elvira
que luchar pretende en vano

con su dolor, y el anciano
que el libro de Kempis lee.

Dice el viejo que se debe
despreciar la humana hechura
para encontrar la ventura
en el seno del Señor....
Y, al par, la niña escuchaba
afanosa, delirante,
de los pasos de su amante
el conocido rumor.

Dice el viejo que si al alma
alguna cosa detiene,
ni á su libertad conviene,
ni á su Dios podrá llegar.
Y Elvira, oyendo los pasos
de su rondador, lloraba,
pues á sus pies, como esclava,

se quisiera prosternar.

—¡Cierra el balcón!—gritó el viejo
con un tremendo alarido:—
Algo ensordece tu oído
á la mística lección.—
Y Elvira, sobresaltada,
y sin mirar á la calle,
porque su pecho no estalle,
al anciano obedeció.

—¡Cierra el balcón!... Y tu alma
también cierra á los ruídos
mundanales. Los oídos
debes solamente abrir
á la voz sabia de Kempis,
que con divina elocuencia
pinta la verdad, la esencia
de lo que es el hombre vil.

¡Todo polvo! ¡Todo nada!
¡Tras de la flor, el gusano!
¡Tras de un afecto liviano
la eterna condenación!
¡Oh! ¡Ya sé que desvaída
has soñado en amoríos!
¡Ahuyenta esos desvaríos!
¡Mata, mata el corazón!

¿Qué sabes tú si el mancebo
que ames, en fuego se encienda
de lascivias, y pretenda
su apetito en ti saciar?
Vaso vil de sus antojos
quizá verá en tu hermosura,
y con fingida ternura
piense tu virtud manchar.

¿No ves las pobres doncellas

puras, cual tú, y engañadas?
¿No ves sus frentes selladas
con imborrable baldón?
Piensa en su llanto sin dique,
en su afrenta, en sus dolores,
en sus mundanos terrores,
en su eternal maldición.

Escucha bien, hija mía,
los consejos de mis labios:
busca afectos sin agravios,
amor que no tenga fin.
Amor tranquilo y suave
nacido entre la plegaria
y en la celda solitaria
de un bendecido confín.—

. . . .

Burlar pudo, al fin, Elvira
al tutor.... Con embeleso,

y por aliviar el peso,
agobiada de su cruz,
bajó y abrió la ventana....
¡La calle estaba vacía!
¡La reja, cual hielo fría!
¡Y todo el cielo sin luz!

VIII.

¿Cuál era el plan de los viejos,
el sabio plan que alentaba
los deseos del asceta,
del loco las esperanzas?
Hay misterios insondables
que á la razón anonadan,
y hechos que, por prodigiosos,
también la razón rechaza.
¿Cuál fué el plan? Nadie lo supo.
¿Qué hizo el tutor? No se alcanza.

Esa historia humanos labios
no han podido revelarla.
Dicen que el galán, lloroso
anduvo algunas semanas,
no cerrando los oídos
á calumnias y patrañas.
Dicen que un adusto viejo,
que es de inquisidores gala,
tuvo con él conferencias
que más que garfios desgarran.
Dicen que jamás la niña
leyó la espantosa carta
que tal vez dictó la astucia
y ennegreció la inconstancia.
Dicen que meses pasaron
entre dudas y entre lágrimas,
viniendo, al fin, el olvido
á sepultar la esperanza.
Dicen que el galán marchóse
á Cádiz, y que, en sus playas,

ve en las movedizas olas
los espejos de su alma.
Elvira, la triste Elvira,
nunca á su amante olvidaba:
es su tenaz pensamiento
hiedra á su mente agarrada.
¡Cuánto sufre! ¡Cuánto llora!
¡Qué sola y triste se halla!
Y al ver los viejos las penas
que la agobian y la matan,
—¿Es el mundo paraíso
como tú te lo forjabas?
—repetían. ¿No son sueños
el amor y la constancia?
¿No buscó en ti ¡el miserable!
deleites viles que infaman?
¿No eras tú, necia, la víctima
al deshonor preparada?—
Y la cándida paloma
á quien la tormenta arrastra.

—¡Es verdad!—contesta á todo.—
¡Es verdad, que me engañaba!
Es verdad que amor es sueño;
mas no soñar, ¡qué desgracia!—
Y en un momento de angustia,
ó de demencia, ó de rabia,
dijo al tutor:—Pues han muerto
mi ilusión, mi confianza,
todo lo que en mí vivía,
es bien que al sepulcro vaya.
Yo olvidar al mundo ansío.
Quiero en celda solitaria
sofocar los pensamientos
que me queman como llamas.
Quizás el santo recinto
y las místicas plegarias
logren calmar estas penas
y mitigar estas ansias.—
Y á los dos viejos tal gozo
causaron estas palabras,

que no vieron que una loca
era quien las pronunciaba....
Y el inquisidor asceta
dijo con voz muy opaca
al tutor:—¡Muy bien hicimos!
¡Para Dios! ¡Ella se salva!
—Sí,—replicó el otro viejo—
hicimos una obra santa.
¡Ah! la vemos verter llanto....
¿qué importa, si el llanto es agua?
¿Qué importa que el cuerpo sufra,
si, al sufrir, la gloria gana?
Su amante, llegando á esposo,
hijos de culpa engendrara.
¡Ay! Sí, matemos el árbol,
porque no broten las ramas:
Es cosecha del infierno
toda la familia humana,
pues por la culpa nacimos
y el pecar nos acompaña.

Ella morirá en el claustro
y extinta será una raza.
Obremos bien, noble amigo.
¡Que me sirva en la balanza
del juicio eterno esta obra,
por contrapeso á mis faltas!—

Y entró Elvira en un convento,
y á otro su hacienda entregada
fué por completo, y el diablo
riendo quedó á carcajadas.

IX.

Tumba ó cárcel de dolor,
santa morada escogida,
ó *in pace* donde la vida
se apaga sin un rumor;

altar de puro esplendor,
asilo, sagrado puerto,
ó árido y triste desierto
es el claustro, en que, cautivo,
palpita un corazón vivo
dentro del cuerpo de un muerto. (2)

Allí está Elvira contando
los siglos que un hora tiene,
porque el tiempo se detiene
para el que vive llorando.
Allí está Elvira soñando
en su pasado contento,
y es tan grande su tormento,
que imagina ser locura
la aterradora amargura
que embarga su pensamiento.

¡Elvira! Tus veinte abriles,
tu radiante juventud,

los encierra el ataud
de tus hábitos monjiles.
No más sueñes, ni caviles
en un imposible empeño:
te dieron fatal beleño;
te dormiste en el calvario;
y en él, con negro sudario,
has despertado del sueño.

Mártir, que tu cruda pena
siempre inútilmente lloras
y á Cristo profana imploras
porque quiebre tu cadena,
si el claustro tu alma no enfrena,
¿por qué no puedes romper
la prisión que ha de vencer
todo tu horrible sufrir,
privándote de sentir,
que es como dejar de ser?

Mas ¡ay! encuentro razón
á tan grande crueldad.
Quien vive sin voluntad,
que viva sin corazón.
Y siendo en esa prisión
la mujer estatua inerte,
fuera, en verdad, cosa fuerte
dar á su alma adormida
los encantos de la vida
en los brazos de la muerte.

¡Elvira! ¡Elvira, murieron
para siempre tus amores!
¡Ya el viento secó las flores
que ante tus ojos se abrieron!
En tinieblas se escondieron
tus deseos más queridos,
y si á tu celda los ruidos
llegan de dichas suaves
¡no los escuches! Ya sabes

que has de vivir sin sentidos.

¡No hay esperanza! La losa
sobre el cadáver se cierra.
Himno gigante es la tierra,
y atroz silencio la fosa.
En la celda tenebrosa
es la sonrisa gemido,
y el corazón dolorido,
que no calienta, un sol yerto,
si lucha por no estar muerto,
tiene que vivir dormido.

En esa mansión de duelo
y de silencio profundo
dá un eterno adiós al mundo
quien quiere alcanzar el cielo.
Y si, con demente anhelo,
el alma lanzarse quiere
á otra región que prefiere

su amor, ó su inteligencia,
oye cual mortal sentencia:
«¡Monja, desespera y muere!»

X.

¡Mañanas de abril y mayo,
dulces mañanas risueñas,
tan adornadas de flores,
tan generosas de esencias!
Ya no veréis las sonrisas
de aquella gentil doncella,
astro de luz, que la noche
llevóse envuelto en sus nieblas.
¡Mañanas de abril y mayo,
dulces mañanas risueñas!
¿Dentro del convento frío
vuestros céfiros alientan

con el himno de la vida,
que embriaga á Naturaleza?
¡No! Pasáis sobre los muertos;
los sepulcros os ahuyentan.
¡Murieron para ti, monja,
las auras de primavera!
¡Ay, golondrinas veloces
que con trinos y con quejas
llamáis á la dulce niña
que era vuestra compañera,
tejed el rústico nido
donde el sol sus rayos vierta;
que el hogar que ella alegraba
ya está convertido en huesa!
Para Elvira el sol no luce,
ni aves, ni flores encuentra;
las nieves de crudo invierno
dentro de su pecho lleva.
Es el color de sus hábitos
símbolo de su tristeza,

y se agita entre negruras
y las sombras la rodean.
Tan sólo la pobre Elvira
halla en su cárcel horrenda
un encanto que consuelo
á su atroz martirio presta.
Hay en el claustro otra monja
mucho más joven que ella,
inocente como linda,
tan pura como modesta.
La quiere con tal cariño,
tanto su acento la alegra,
que siente que sus dolores
se acallan cuando conversa
con la niña candorosa
junto á la fuente serena
que riega el sencillo huerto
que los cipreses sombrean.
Y no sé que ve la triste
Elvira en la monja bella,

ni sé que imán misterioso
sus almas puras acerca.
Y como da el infortunio
grande caudal de experiencia,
y en el rostro, no los años,
y sí el dolor, marca huellas,
Elvira parece madre
de Inés, y por ella vela
con ese interés sublime
que tienen las madres tiernas.
La hermosa Elvira, una tarde,
sentada en musgosa piedra
miraba á Inés que da al viento
las hojas blancas y bellas
de una humilde margarita,
flor que á amantes aconseja,
y así la habló con acento
que es suspiro de tristezas:

—¿En qué piensas, Inés?
—¡En nada!
—¿En nada...?
Perdona mi pregunta confiada;
pero al ver en tus manos de azucena
esa flor misteriosa deshojada,
juzgué que, recordando alguna pena
con el postrer fulgor del pensamiento,
pugnaba por volar tu alma serena
á través de los muros del convento.
—¿Tiene esta flor misterios?
—En el mundo
encierra, sí, misterio muy profundo.
Da de amor en sus pétalos medida
y es manantial fecundo
de temor ó esperanza apetecida.
—¿Qué me decís? Quisiera vuestro acento
entender y no puedo.
—¡Qué inocente!
—Elvira murmuró.—¿Tú no has amado?

—¡Amar! ¡Pues ya lo creo!—sonriente
la niña contestó....—Vive encerrado
dentro del corazón divino anhelo.
Con toda el alma á mi Jesús adoro,
idolatro á su Madre y amo al coro
de mártires y vírgenes del cielo.
—¡Oh, inocencia feliz! suspiró Elvira.
No te hablaba mi alma
de ese amor santo que oración inspira:
de otro afecto te hablé, menos sublime,
que no conquista la celeste palma,
pero que, en cambio, el corazón oprime,
al robarnos un hombre dicha y calma.
—¿Y eso es amor? Dejad que yo me asombre.
Á mí me han enseñado
que era pecado grave amar á un hombre.
—Perdóname ¡ay de mí! Yo he mancillado
la cándida inocencia que atesora
tu alma de virgen. ¡Niña, he derramado
mi niebla en los fulgores de tu aurora!

Perdóname por Dios, ángel divino,
si, en mi quebranto fiero,
te he mostrado que existe otro camino
para las almas que tu afán sincero.
—Perdonar ¿y por qué? ¡También yo quiero
á un hombre!
—¡Á un hombre...!
—¡Sí, á mi hermano!
No es pecado quererlo; si lo fuera,
si, con afán mundano,
su amor al de Jesús yo prefiriera.
Él es mi protector y mi familia:
huérfana me quedé desde la cuna;
él sólo me restó para consuelo
de mi triste fortuna,
y á los dos nos aguardan en el cielo
los brazos cariñosos
de nuestros buenos padres amorosos.
De él habréis oído hablar, porque en el mundo
de alto renombre goza,

por su mucha nobleza y gallardía;
el nombre tiene de don Luís Mendoza
el hermano que quiere el alma mía.—

XI.

Cual pasa sobre el náufrago aterido
la onda furiosa que la muerte lleva
en su agitado seno, y al abismo
le arrastra luego en convulsión frenética,
así pasó aquel nombre sobre el alma
de la infeliz Elvira, que, sin fuerzas,
hundirse le parece entre las olas
del mar amargo que en su pecho encierra.
¡Ay! no pudo llorar; gemir no pudo:
no exhaló ni un suspiro, ni una queja.
Hablar no puede; que á su voz sofoca
la angustia atroz que su garganta aprieta.
Inés siguió su relación sencilla,

y, como, por desgracia, la inocencia
es tan feroz y despiadada á veces,
en un puñal se convirtió su lengua.
¿Qué dijo á Elvira, que, exhalando un grito,
cayó á las plantas de la virgen bella,
extendiendo las manos suplicantes,
y, entre raudal de lágrimas acerbas,
demandando tenaz, entre sollozos,
su vida acabe con mortal sentencia?
Pretende Inés huir; furiosa Elvira
por su nevado traje la sujeta,
y—¡Tú me lo dirás! ¡Tú, que avivaste
del corazón las llagas encubiertas!
¿Díme, es verdad lo que dijiste ahora?
¿Otra mujer en absoluto impera
de don Luís en el alma? ¡Y yo en el claustro
llego á saber desdicha tan suprema!
¿Yo en el sepulcro he de sentir la vida?
¿Han de agitar los celos á una muerta?
¡Ay! ¿Goza otra mujer de su cariño?

¡Respóndeme por Dios, porque me hiela
tu silencio feroz, que me parece
más frio que el silencio de la huesa!—
Inés llena de espanto, —Sí,—responde,—
¡Todo es verdad!—y la inocente besa
la frente helada de la triste Elvira
que estatua del dolor yace por tierra.

XII.

Un mes pasó, y Elvira infortunada
ni en el sagrado templo á Dios eleva
fervorosa plegaria, ni un instante
en Él medita en la tranquila celda.
Su cuerpo está en el claustro, mas su alma
loca rebulle en la mundana esfera.
Sólo piensa en el hombre en quien adora,
sólo en su amor desesperada piensa.

Ni el áspero cilicio, ni el ayuno,
logran vencer su perdurable idea,
y—¡Está demente nuestra pobre hermana!—
dicen las monjas, al rogar por ella,
y—¡Loca estoy!—exclama la infelice
al contemplar su mísera existencia.
¡Oh, locura espantosa es la que nace
de un insensato amor que desespera!
¡Qué horrible es despertar en un sepulcro
ó de un convento en la aterida celda!
Elvira, que en la linfa de la fuente
de su rostro ha admirado la belleza;
Elvira, que en su amante desvarío,
hollar quisiera honor, fama, conciencia,
y, leona herida, rescatar pretende
su amor, aunque lo compre su vergüenza,
mira en el claustro dique infranqueable;
y vé en sus muros de insensible piedra
la losa dura que romper no puede
el muerto que en la tumba se despierta.

Á aquella tumba en su furor maldice;
de Dios y de sus ángeles blasfema,
y el sacro altar, ante sus turbios ojos,
un enhiesto patíbulo semeja.
¿Podré cortar los espantosos lazos
que á este mundo de sombras me sujetan?
—¿Podré romper los hierros de mi cárcel?
¿Podré volar á la envidiada esfera
en que vive mi amor, cielo dichoso
que ¡loca! yo perdí?—Y á su querella
el eco grita en el altar sagrado,
¡imposible! ¡sacrílega! Y las celdas,
y el huerto, el claustro, con airadas voces,
¡imposible! ¡sacrílega! contestan.
En negro calabozo, tinta en sangre,
por el azote y el dolor deshecha,
cubierta de cilicios, y el ayuno
devorando su carne, largas fechas
pasó la desdichada; pero ¡ay triste!
estos rigores su locura aumentan.

La fiebre del convento la consume.
La memoria cruel la desespera.

XIII.

Es cierto ¡loca está! Cuando las monjas
en el sombroso huerto se pasean,
Elvira al lado de la fuente clara
que alto ciprés con su ramaje besa,
sonriendo teje la nupcial corona
formada de azahares y violetas.
Á la fuente se mira, y con sus manos
se ciñe la guirnalda; y se recrea
al ver cómo en la linfa se retrata
su imagen pura y candorosa y bella.
Y así pasa las horas de la tarde
contemplando en las aguas su cabeza,
y algo le oculta el intranquilo espejo,
pues no ve ¡la infeliz! en su demencia

que la gentil guirnalda sólo ciñe
de un hábito mongil las tocas negras.
¡Oh, pobres flores, que esparcís aromas
en torno de la frente de una muerta!
Si pasa Inés ante sus yertos ojos,
Elvira silenciosa la contempla
con amante mirada, que se nubla
entre raudal de lágrimas acerbas.
Jamás, desde la tarde infortunada
en que la triste dolorosa cuenta
se dió de su desgracia, habló á la niña;
temió manchar su cándida inocencia;
pero es su amor tan grande y tan sublime
que día no pasó que Inés no viera
una guirnalda de olorosas flores
en los umbrales mismos de su celda.

XIV.

Don Luís Mendoza llegó
á Sevilla con su esposa,
y á poco el cielo les dió
un hijo ¡prenda amorosa
que más sus almas unió!

Pensó Mendoza en su hermana;
y, por fraternal cariño,
quiso que gozase ufana
de la dicha soberana
de recrearse en su niño.

—Vamos—dijo,—esposa bella,
al convento donde mora
Inés mi hermana.... porque ella

vea en ti ¡mi dulce estrella!
y en el niño ¡á nuestra aurora!

Y, risueños y amorosos,
á su infante engalanaron;
y, con semblantes gozosos
los dos amantes esposos
en el locutorio entraron.

Una reja helada y dura
que cubre un lienzo sombrío,
y muy ancha y muy segura,
aparta del mundo impío
la bendecida clausura.

Ante el cancel y ante el velo,
que ver un altar no deja,
el mundo.... ¡niebla y recelo!
Detrás del velo y la reja,
rotas las sombras... ¡el Cielo!

¡Fuera, el estridente son
de alegrías y dolores...!
¡Dentro, mística oración!
¡Fuera, fervientes clamores!
¡Dentro, silenciosa unción!

Los dos del claustro severo
aspiraron los aromas,
oyendo el rumor ligero
de los bandos de palomas
que pueblan el verde otero.

Todo el convento quería
ver, no al hermano de Inés,
sí á aquel niño que él traía,
y que pondrá en aquel día
de Jesús bajo los pies.

¿Todo el convento...? ¡Nó! Á una
monja nadie habló palabra.

¡Loca está la sin fortuna!
¡No es bien que una loca abra
su dolor junto á una cuna!

Llegaron á aquel lugar
sin velos en los semblantes,
con anhelos de mirar,
y con labios palpitantes
por reir y por besar.

¡Ramo de puros jazmines
marchitados por el hielo
de los místicos confines!
¡Bandada de serafines,
pero vestidos de duelo!

Inés saludó á su hermano
que le presentó á su esposa;
y trás del hierro tirano,
la madreselva y la rosa

se unieron en lazo ufano.

—¡Mira!—don Luís exclamó—
por oir el cielo mis quejas,
vé al ángel que me envió.—
Y en el torno lo metió
que estaba junto á la reja.

Fué rayo de luz divino
que la tiniebla rasgaba.
Ángel que en el claustro entraba
leve abriéndose camino
por el cancel que burlaba.

¡De encantos, qué suave exceso!
¡Qué algazara! ¡Y qué delicia!
¡Todas disputan un beso,
una voz, una caricia
del niño, que es su embeleso!

—¡Qué lindo!
—¡Qué hermoso es!
—¡Qué rubio!
—¡Cual él no hay dos!
—¡Qué manecitas!
—¡Qué pies!
—¡Parece el niño de Dios
que tiene en su celda Inés!

—¡Dejádmelo!
—¡Qué ternura!
—¡Y de sonreir no cesa!
—¿Quiere la madre abadesa
que le dé la confitura
que hice ayer para fray Mesa?

—¡Nó! Mi almendrado ha de ser.
—¡Yo un bizcocho!
—¡Yo un pestiño!
Y si pudiera comer

cuanto le quieren traer,
matan de seguro al niño.

Y entre risas y clamores,
le cuelgan escapularios
de brillantes resplandores,
y medallas y rosarios,
y cintas de mil colores.

Su puro afán satisfacen
aquellos vírgenes séres,
y en caricias se deshacen:
¡que son madres las mujeres
desde el momento en que nacen!

De pronto palideció
Sor Inés.... Una mirada
de angustia en don Luís clavó....
De éste la sangre se heló.
¡Vió á su Elvira idolatrada!

Con dolor y con sonrojos,
vió á su amor que aparecía
yerto.... en marchitos despojos....
y en él clavando los ojos
con mirada de agonía.

Ni un suspiro, ni un lamento,
ni una lágrima siquiera
revelaron un momento
los rigores del tormento
en su semblante de cera.

Le rasga fiero puñal
el pecho; pero sofoca,
fuerte, su angustia mortal.
¡No ha de escuchar su rival
ni un suspiro de su boca!

¡Ni un suspiro! Parecía
en su dolor abismada,

estatua del dolor, fría,
y en negro mármol plegada
su vestidura sombría.

Atroz silencio reinó.
De don Luís la casta esposa
algo horrible sospechó;
y con mirada afanosa
á Mendoza interrogó.

Éste, mudo y palpitante,
y ahogándose en un gemido,
contemplando está á su amante....
¡Cuán del claustro va distante
su pensamiento afligido!

Pugnando Inés por cortar
tal escena, murmuró:
—¡Quiero al niño presentar
á Jesús!—

Y Elvira—¡Nó!—
grita—¡Yo lo he de llevar!—

Y al niño cogió en sus brazos.
¡Á él! ¡Al hijo de Mendoza!
¡Al fruto de odiosos lazos!
¡Infeliz! ¡Cómo destroza
tan leve peso sus brazos!

—¡Cuál me miras! ¡inocente!
sin ver que, aunque mal me cuadre—
murmuró,—mi pecho siente
que yo debí ser tu madre
y tú de mis dichas fuente.

¡Cómo llegas hasta á mí
para hacerme comprender
las venturas que perdí!
¡Y, cómo logro saber
lo que es el hogar, por ti!

Y triste y pausadamente,
y amargo llanto vertiendo
del niño sobre la frente,
fué hacia el sacro altar subiendo
con un infierno en la mente.

Fué corto el trecho, y segura
pudo hasta el ara llevar
el peso que le tortura;
que en la calle de Amargura
se sintió Dios desmayar.

Puso el niño bajo el pie
de Jesús, y cuando ve
á las monjas prosternadas,
y repitiendo con fe
preces, de amor inflamadas,

ella, con tristes excesos
abrió llave á su quebranto,

y loca, en sus embelesos,
vertió una lluvia de llanto
entre un huracán de besos.

Abrazó al niño, y sin quejas,
aunque con el alma herida,
se fué acercando á las rejas,
y dijo:—¡Toma tu vida!
¡tú, que sin vida me dejas!

Don Luís al cancel llegó....
presa de angustia y de anhelo
su mano á Elvira rozó....
y Elvira se estremeció,
y dió un grito y cayó al suelo.

XV.

En las calladas horas de la noche,
cuando se puebla el claustro
de fantasmas obscuros y medrosos
y errantes fuegos fátuos;
cuando los mónstruos hórridos de piedra
se estiran en los arcos,
y animarse parecen las estatuas
de abadesas y santos;
cuando el templo se inunda de tinieblas,
y el Dios crucificado,
lleno de soledad y de silencio,
pavor infunde extraño;
cuando mueren las luces de las lámparas
que alumbran los retablos,
y resuenan sonidos misteriosos
en los sombríos ángulos;

cuando se oyen los silbos estridentes,
los agoreros cantos,
del murciélago, el buho y la lechuza,
allá en el campanario;
cuando todo es pavura, sombra, frío,
se vé que á largos pasos
un fantasma, con hábitos de monja,
cruza ligero el claustro.
¿Quién es? ¿Adónde vá? ¿De dónde viene?
preguntan espantados
los espectros, las sombras, las estatuas,
las monjas y los santos.

¡Es Elvira, es Elvira, que en la celda
siente estallar el corazón ahogado,
y sale de la celda, y corre, y sube
á la torre del alto campanario,
y asida á las ferradas celosías
oye del mundo los rumores vagos!

Enfrente á la torre descubren sus ojos
lujosa morada, y escucha que allí
resuenan cantares y músicas dulces
y danzas festivas y alegre bullir.
¡Tal vez en la casa del hombre que un día
de amor embriagado sus labios besó,
también los cantares resuenen alegres,
también del bullicio se escuche el rumor.
Las horas pasaron; se fueron contentos
galanes y damas.... la fiesta dió fin....
No hay vino en las copas, sí amor en los labios;
suspiros y besos escucha febril.
Entonces recuerda sus dichas perdidas,
contempla en el claustro terrible prisión,
y piensa en su amante que en vértigo ardiente
abraza á la hermosa que un hijo le dió.
Se vuelve iracunda y encuentra el convento
helado, espantoso, sin ecos, sin luz;
como un desengaño, como un desvarío;
cadena ó mortaja, prisión ó ataud.

La torre abandona, muriendo de angustia;
recorre cual larva los claustros veloz,
y mira rabiosa la imagen sombría
del Cristo que alzado está en un rincón.
Y al ver al Dios-Hombre—¿Qué inporta que viertas,
sacrílega—esclama,—tu sangre por mí,
si es más mi tormento, mayor mi agonía,
más largo el martirio que sufro por Ti?—
Y, á aquellas palabras, las monjas que duermen
el sueño incesante, con voz sepulcral
murmuran: «¡Maldita!». «¡Maldita!» repiten
el claustro, las tumbas, el huerto, el altar.

XVI.

¡Infeliz! En las crueles
noches del helado invierno,
cuando el huracán silbaba
del campanario en los huecos,

cuando azotaba la lluvia
sus muros toscos y negros,
y sin luna y sin estrellas
por el ancho firmamento
rodaban de obscuras nubes
aterradores ejércitos;
Elvira ¡la desdichada!
en el campanario enhiesto,
con la lluvia y con el llanto
mojando su traje negro,
sintiendo helarse de frío
la médula de los huesos,
cual suspiros de agonía
lanzaba quejas al viento,
quejas que notas hallaban
de ritmo extraño y tremendo.
¡Tristes cantares nacidos
de amargo amor al recuerdo,
cantados en un sepulcro
y por labios de un espectro,

¿adónde iréis, ¡desdichados!
que no causéis más que miedo?
Espántame ¡ay Dios! la idea
de pensar que aquellos ecos
se perdían en los aires
sin llegar nunca á su centro,
y que, en medio de la vida,
puede envolver el silencio
de la muerte unos clamores
de desesperado anhelo. (3)

XVII.

Las monjas que no sabían
que dentro de su convento
de martirio tan terrible
hubiese tan vivo ejemplo,
llenas de susto escuchaban
cada noche aquellos tétricos

sones, á los que pavura
prestaba el furioso cierzo.
En su ignorancia decían
que el espíritu maléfico
en la torre celebraba
aquelarres del infierno:
y aunque la madre abadesa,
por el general consejo,
puso en la torre endiablada
estampas con santos rezos,
reliquias y agua bendita,
jamás resultado dieron.
Y aún alguna monja dice
que vió, de terror muriendo,
vagar por el claustro obscuro
negro y fatídico espectro.
Y en Sevilla se murmura,
pero no sin gran misterio,
que en las Dueñas, por las noches,
se escuchan extraños ecos.

Y éstas y otras mil consejas
corren con tantos recelos,
que «*yo sé...*» ninguno dice,
y sí todos «*me dijeron...*»

XVIII.

Llegó la noche de júbilo
en que el sevillano pueblo
celebraba entre cantares
de Jesús el nacimiento,
y Elvira subió á la torre
cual nunca llanto vertiendo,
pues aflige al desdichado
ver los placeres ajenos.
Las monjas, sus compañeras,
convocadas en el templo,
entre cánticos alegres
y resonantes panderos,

al Niño-Dios festejaban,
y con fervoroso anhelo
ante el místico pesebre
rendían sus pensamientos.
¡Qué hermoso el altar se encuentra!
¡Cuánta luz! y ¡cuánto incienso!
¡Qué aromas los del tomillo!
¡Cuál brilla el laurel soberbio!
¡Qué bizarro Melchor baja
en un potro, como él negro,
por la senda que la fina
arena tiene del huerto!
¡Cuánto reluce la estrella
de talco! ¡Cuán placenteros
van los pastores tocando
sus rústicos instrumentos!
¡Qué bien se mueven las aspas
del molino! ¡y qué reflejos
da la luz en los cristales
del arroyo torrentero!

La primilla que Sor Gracia
disecó, ¡qué lucimiento
tiene, colgante de un hilo
sobre el cándido cordero
que Sor Fulgencia formara
de cartón y estambre grueso!
¡Pues y el Espíritu Santo
que bordara Sor Remedios!
¡Y el niño Jesús de talla!
Y el San José ¡qué portento!
¡Y qué gracia y qué ternura
tiene el semblante moreno
de la Virgen! ¡Y qué hermoso
su manto de terciopelo!
¡Qué alegres los villancicos
del venerable maestro
Fray Alonso! ¡Y cuál los canta
Sor Inés, con sus acentos
de alondra! ¡Cuán grato coro
celebra al Hijo del Cielo!

Desde la torre escuchaba
Elvira los dulces ecos,
pensando en su infancia alegre
y en su hogar de dichas lleno.
Ni un hogar sin alegrías,
sin músicas, sin festejos;
ni una calle sin guitarras,
ni un mesón sin bailoteo.
¡Ay! aquella dulce noche
de jubilosos estrépitos
pasa Elvira sola, y ¡sóla!
ella vierte llanto acerbo.
¡Ay! ¡si tuviera un esposo!
¡un hijo! ¡Qué placenteros
instantes y qué venturas
gozara bajo su techo!
¡Oh, qué horror! ¡Tanta agonía
le causan sus pensamientos,
que si está loca, en tal noche
puso á su locura término!

Cuando salieron las monjas,
al alba, del santo templo,
escucharon con asombro
y embargadas de hondo miedo
el tañir de una campana
que con son pausado y seco
en vez de tocar á gloria
doliente doblaba á muerto.
Y tras de cada tañido
interrumpen el silencio
suspiros, gritos, sollozos,
quejas amargas, lamentos...
¡Era un toque de agonía
sin medida y sin concierto!
Las monjas, aunque temblando,
obedientes al precepto
que pronunció la abadesa,
al campanarío subieron.
Y ¡oh visión aterradora!
¡Oh espectáculo tremendo!

De todas ante los ojos,
en los instantos postreros,
Elvira se encuentra; ciñe
un cordel su blanco cuello;
se revuelven espantables
sus ojos; licor sangriento
su boca escupe, y el rostro
tumefacto está y bermejo.
La abadesa lanza un grito,
y casi sin voz ni aliento,
entre el terror y el desmayo
de todo su monasterio:
—¡Hija!—exclama con dolor,—
¡por tu bien, sólo en Dios piensa!
que Él puede lavar tu ofensa
con la sangre de su amor.—
Y aterrada de pavura,
y el cordel desenlazando,
de la que estaba espirando
escuchó aquesta amargura.

—¡Madre! decid al infiel
que de una campana fría
tomó acentos mi agonía
porque llegasen á él...

¡Que fué mi amor y mi anhelo!
¡Y que al nublarse su luz,
yo ví sin brazos la Cruz
y sin ángeles el cielo!

Que cuando su amor perdí
quise conquistar la calma...
y que un martirio en el alma
tan espantoso sufrí...

que pensé en mi soledad,
y por mi suplicio interno,
no haber pena en el infierno
ni vida en la Eternidad.—

XIX.

La campana de las Dueñas
un año después sonó
como en la muerte de Elvira,
con espantable clamor.
¿El viento movió el badajo
ó el demonio lo impulsó?
No lo sé. Pero hay quien cuenta
que el riguroso tutor
de la triste monja ahorcada,
entre mortal conmoción,
y al par que el bronce tañía,
dijo con siniestra voz
á un anciano, prez y gala
de la Santa Inquisición:
—Contestadme, noble amigo:
si Elvira se condenó

por mi culpa ¿de qué sirven
mis años de devoción,
mis cilicios, mis ayunos,
mi castidad, mi fervor...?
Cortamos de raíz un árbol,
mas ¡ay de mí, si es tizón
que me abrase en el infierno
con fuego devorador!—
Y el anciano, prez y gala
de la Santa Inquisición,
que, junto al que muere, esgrime
la Imagen del Redentor,
que parece entre sus manos,
más que Cruz, puñal feroz,
exclamó con roncas voces:
—Obramos bien vos y yo.
Obramos bien. Si ella loca
se opuso á su salvación,
su pecado es sólo suyo.
Morid, pues, en calma vos.—

¿Murió en calma...? De sus ojos
siniestra lumbre brotó;
sus cabellos se erizaron,
y tras larga convulsión,
apartando el Crucifijo,
miró al viejo inquisidor,
y, dando una carcajada,
prorrumpió con turbio són:
—En la vida, penitencia;
agonizando, terror;
una ahorcada ante mi vista,
y un demonio, que sois vos.
¡Me he divertido si ahora
me echa al infierno el Señor!—



LA ÚLTIMA AVENTURA DE DON MIGUEL DE MAÑARA

Á CONCHA

Á tí, en quien logré encontrar
juntas belleza y virtud;
á tí, de mi amor altar,
gloria de mi juventud
y bendición de mi hogar,
tributo humilde quisiera
de mi cariño rendir,
dándote la flor primera
que recogí en la ribera
del claro Guadalquivir.
En la ribera en que un día
apareciste á mis ojos
cual ángel de la alegría,
al que postrado de hinojos
idolatró el alma mía.

Muchos años ya han pasado.
Si mi cuerpo ha envejecido
mi alma no se ha marchitado.
¡Lleno de sol está el nido
que hube para ti formado!

Penas y angustia cruel
fuerte las sufrí y sereno,
pues nunca, por tu amor fiel,
el ancho cáliz de hiel
estuvo para mí lleno.

Perdí á mi madre, y por ti
consuelo al dolor hallé.
Fuiste ¡oh, mujer! para mí
fortuna, si empobrecí,
firmeza, si desmayé.

Acepta, pues, bondadosa,
de mi mano cariñosa
esta flor pura y lozana.
Más mereces por hermosa,
por buena y por sevillana.



I.

En la famosa Sevilla
y en el Compás celebérrimo

de la Laguna, que pudo
al lago Estigio dar celos,
apretábanse en piara
por los años mil seiscientos,
bajo la guarda y tutela
de un truhán, padre y maestro
de vicios, las hembras todas
á quienes dá nombre el pueblo
de perdidas, por estarlo
á fuerza de tanto encuentro.
Hubo, por aquella época,
de este lugar no muy lejos,
un mesón ú hostelería
de inmarcesibles recuerdos.
Y no anduvo asaz muy torpe
el socarrón hostelero
al elegir por vecinas
á hembras de tan buen comercio,
si es verdad que *sine Bachus*
et Cerere friget Venus.

Jamás alcaldes y rondas
pasaron por aquel término
sin echar por la hostería
un escrupuloso ojeo,
y sin hallar, ojeando,
caza grande y de provecho,
pues son las alegres daifas
de lobatones (1) señuelo,
y tenaza de rufianes
y liga de barateros.
Siempre con daifas y coimas
viven en vínculo estrecho
con los murcios los robados,
con los tontos los perversos,
los inocentes chorlitos
con los alcotanes fieros.
Fué, pues, el mesón del diablo
pasaje de los infiernos,
lonja de las Celestinas,
confesionario de enredos,

gran tapete de barajas
y atarazana de entuertos.

Hay en aquella hostería,
de su entrada á corto trecho,
una puerta que conduce
á un vasto y limpio aposento.
Sobre su dintel se halla
un Crucifijo muy negro,
al que alumbran tres faroles
pendientes del alto techo,
y por la fe alimentados
del muy devoto hostelero
que antes no echara agua al vino
que aceite á los tres mecheros.
Se ven en aquella estancia
dos hombres de vario aspecto.
Frisa el uno en los cincuenta,
alto, delgado, moreno,

ojos saltones, muy larga
nariz de primilla, espeso
y retorcido mostacho
que cubre labio muy belfo.
En todo aquel personaje
algo se ve de siniestro,
y cuando suelta la risa,
más que gozo, causa miedo.
Es Gregüela, el de Mañara
inseparable escudero,
y en toda alcahuetería
muy respetable maestro.
Es el otro, maese Lope,
del mesón célebre dueño,
muy patizambo y rechoncho,
muy carilució y bermejo.
Alegres tratos entablan,
pues Lope, encorvando el cuerpo,
y apoyando sus nudillos
en la mesa:

—¡Por San Pedro!—
exclamó—¿Cuántos serán?
—Ocho ó nueve, por lo menos.
—¿Vendrá don Miguel?
—Lo afirmo.
—¡La flor de los caballeros
en mi casa! ¡Qué gran honra!
¡Qué triunfo! ¡Si esto es un sueño!
¿Beben mucho?
—Mucho beben.
—¿De lo caro?
—De lo bueno.
—¿Traigo naipes?
—Vengan naipes.
—¿Habrá faldas?
—¿Qué ós va en ello?
—Nada á fe, pues en mi oficio
soy como se debe: ciego.—
Y mientras Lope, ayudado
por dos ágiles mancebos

pone en la mesa manteles,
jarros, aceitunas, queso,
y pregona su gran triunfo,
y cuenta del caballero
Mañara las aventuras,
que son asombro del pueblo
sevillano, y á las nubes
alza su gentil denuedo,
su fortuna con las damas,
su bizarría en el juego,
su donaire y su largueza,
el tuno del escudero
nó descansa en hacer cata
de los vinos, mil defectos
poniéndoles, á medida
que verifica el trasiego
de los jarros al estómago,
siempre á estos lances dispuesto.
Por su desdicha, muy poco
tan dulce entretenimiento

duróle, pues la hostería
con regocijado estruendo
atronóse, y en la estancia
entraron diez caballeros.
Entre aquella turba alegre
descuella un noble mancebo,
gallardo por su apostura,
ilustre por sus abuelos,
por la fortuna adulado
y famoso por sus hechos.
Es aún joven. Viste traje
del más rico terciopelo,
y la cruz de Calatrava
ostenta en su hidalgo pecho.
Un cintillo de diamantes,
que luce el ancho sombrero,
forma con sus resplandores
nimbo fulguroso, espléndido,
á aquella cabeza altiva,
á aquel rostro siempre bello.

Es don Miguel de Mañara (2)
nombre vencedor del tiempo.
Los otros que le rodean
son sus fieles compañeros
en amores, en festines,
en desafíos y juegos.
Flor y nata de Sevilla
por sus nombres y sus deudos,
y por sus vicios azote
de hidalgos y de plebeyos,
pesadilla de los padres,
fantasmas de los conventos,
arrope de las viuditas,
de las casadas tropiezo,
arrimo de perdidosos,
gula de los usureros,
norte y guía de los malos
y perversión de los buenos.
Alrededor de la mesa
ocuparon los asientos,

de los barrigudos jarros
comenzando el bailoteo.
Y entre risas y donaires
y pullas al hostelero,
levantóse de la silla
don Santiago de Acebedo,
mozo tan galán y pródigo
como de instintos protervos,
y alzando un jarro de vino,
y demandando silencio,
exclamó:
—Señores, justo
es ya que todos brindemos
por la causa que nos guía
á este proceloso piélago
donde todo el que se embarca
sufre náuseas, por lo menos.
—Me tenéis con impaciencia—
dijo Mañara riendo,—
y debe ser causa grave,

buen motivo y gran pretexto
los que á este lugar nos guían,
cuando fuerzan á que entremos
en tugurios que son propios
de rufianes y escuderos
más que de hidalgas personas
que llevan los nombres nuestros.
—Pues la causa, ó el motivo,
ó la ocasión, no el pretexto,
sois vos....
—¿Qué decís?
—Lo dicho.
—Lo oigo, pero no lo entiendo.
—¿Queréis que os lo explique?
—¡Vaya,
si una explicación deseo!
—No puede ser más sencilla.
Las flores que dan al viento
sus esencias, sus perfumes,
cuando se abrasan al fuego

del sol, y marchitas caen
en tierra, y las barre el cierzo,
¿dónde van y dónde paran,
don Miguel, sino en el cieno?
—¿Y bien...?
—Esas hermosuras,
que al sol de los ojos vuestros
se marchitan cuando sopla
el aire de los desprecios,
y mustias y holladas caen
en el público concepto,
don Miguel, ¿dónde se paran
sino en algún pudridero?
—¿Y bien?
—Á éste sucio lago
del vicio quise traeros
por contemplar cómo viven
las rosas en el estiércol,
ó para ver á los ángeles
sonreir en el infierno.

Á este fin aquí venimos,
y cuando nos embriaguemos,
por si á alguien le tiembla el alma
de pena ó remordimiento,
á visitar los cubiles
de la Laguna saldremos.
Allí verán nuestros ojos
alguno de esos extremos
de orgullo ó virtud, que al verse
manchados se dan por muertos.—
Calló el orador bizarro.
y los otros aplaudiendo
sus frases, con grandes risas,
no vieron el torvo ceño
con que al concurso Mañara
altivo impuso silencio.
—Habéis pensado—exclamó,—
muy pobremente de mí,
y me ofende el verme aquí
por lo que aquí escuché yo.

Tedio me causa y enojos
que alguien haya sospechado
que de la mujer que he amado
pluguiese ver los sonrojos,

y que jovial ó sereno
pudiese un punto mirar
mujer ó rosa ó altar
metidos en fango ó cieno.

Dama por mí seducida,
al dejarla abandonada
quédase para enterrada,
mas nunca para perdida.

Sé en sus gracias adorar,
su fortaleza rendir,
y su virtud seducir,
mas no su nombre manchar.

Y no son preceptos vanos
los de los galantes fueros.
Las rinden los caballeros,
las infaman los villanos.

—Eso bien hablado está—
dijo Acebedo,—y os pido
perdón, pero.... convencido
no estoy....
—¿Por qué?
—Porque va
mucho trecho de decir
esto debe ser á ser....
En lances de honor, vencer
no es triunfar, es destruir.
Yo siempre juzgué, Mañara,
que hembra que sin honra queda
es como piedra que rueda
y en el abismo se para.
¿Se detiene á la mitad
de ese talud horroroso.....?
Pues con ella es Dios piadoso,
y más aún la sociedad;
y eso sólo se concilia
teniendo grande riqueza,

muy blasonada nobleza
y muy amable familia:
todo lo que es necesario
para ir en derechura
por la calle de Amargura
sin que se llegue al Calvario.
Yo soy humilde, y yo veo
que á la mujer que seduje
muy cerca de aquí la truje
al lograrse mi deseo.
¡Muy cerca de aquí! Afligida
primero, luego asustada,
y después desamparada,
y más tarde escarnecida,
por dolor, ó afán insano;
ó por falta de dinero,
va la pobre cual pandero
corriendo de mano en mano.
—En vos puesto está en razón
eso que decís, ¡pardiez!

mas.... sabedlo de una vez,
mi amor es.... ¡consagración!
  No se puede á otro entregar
mujer que se entregó á mí.
—¿Sois un dios?
                    —Para ellas, sí.
Un dios que las llega á dar
  con su olvido, ó su falsía,
crüel infierno, lucha incierta,
todo menos una puerta
de casa de mancebía.

  Calló don Miguel, y el otro,
quizás rabioso de oirlo,
iba á darle una respuesta
sin metáforas ni símbolos,
cuando le ahogó la palabra
el buen Gregüela, que quiso
no se enturbiasen afectos

que á él rentaban beneficios.
—Si mi señor me permite—
con voz hipócrita dijo,—
algo podré en este pleito
probar, á fuer de testigo.
—¡Habla!—exclamaron á una
los caballeros.—
—Yo sirvo
á don Miguel ha diez años;
y en los dos lustros no he visto
que mi señor cortejase
á hembras de humildes oficios,
ni á rezurcidas hidalgas,
sino á damas de gran viso.
Si eran casadas, quedaron
en holganza los maridos,
y se pusieron muy lucios
con la paz cobrando bríos.
Si eran solteras, los padres
hallaron yernos muy lindos,

pues hay muchos que prefieren
el buen rebusco al esquilmo.
Si eran viudas, sus difuntos
á darse por resentidos,
no pudieron querellarse
de lo que el diablo les dijo.
Y así, pues, en los diez años
que hace que á mi dueño sirvo,
nunca ví tragicomedias,
ni honras, sin honra, en peligro.
Que alguna dama llorona
buscó en un convento asilo;
que alguna que estaba enferma
con sus huesos dió en un nicho,
¿qué importa, si una halló el cielo
y otra reposo tranquilo...?
Pero ¿dar en lupanares
cuerpos de Courtray vestidos...?
¡Bobería...! En los amores
pasa lo que por mí mismo

vi en la milicia. Si en tierra
caen á miles heridos
los soldados, nadie para
mientes en ello. Sus gritos
no se escuchan. El combate
sigue al compás del tronido
de los cañones; y avanza
como tromba de exterminio
la veloz caballería,
jigote haciendo á los míseros
que mueren. Pero si un príncipe,
ó un general sufre un chirlo,
bien amparado y cubierto
se le aleja del peligro,
y se acaba la batalla
para que lo cure el físico.
Carne de cañón los pobres
en el marcial ejercicio;
carne de hospital las hembras
que no tienen padres ricos

y á amar se atreven.... Yo creo
que el cuento siempre es el mismo.
Vuestros amores no llegan
á dar nunca en estos sitios,
mas deben de estar poblados
por los arrumacos míos.
De madres á hijas y nietas,
se alarga el bellaco oficio
que nace de los antojos
que dan el calor ó el frío.
Pasemos á la Laguna,
si estáis de ello antojadizos,
mas sin miedo, que en mí el susto
es razón, y entraré altivo.
—Muy bien—exclamó Acebedo:—
Diste, Gregüela, en el hito,
y yo á tu opinión me ajusto,
y á tu experiencia me rindo.
De tus dichas rufianescas
quiero ver los desperdicios,

y pues don Miguel no osa
á mancillar sus vestidos
en esa infecta Laguna
en que hierve el lodo vivo,
á los dos nos acompañen
los que estén un poco chispos,
si es que al insigne Gregüela
nos cede Mañara invicto.
—Os le cedo. Id al demonio.—
Y con bulla y regocijo
dejaron los caballeros
de Baco el templo vacío.
Ya en la calle, de Mañara
despedíanse solícitos
cuando avanzar hacia ellos
vieron, con paso indeciso,
una mujer encubierta,
de misterioso atractivo.

Reinó un punto silencio y la tapada
dijo con flébil y apagada voz:
—Para mi madre enferma, caballeros,
¡una limosna por amor de Dios!

—Demandante á tales horas
y en tal lugar—exclamó
el solapado Gregüela,
que estaba de buen humor,—
me prueba, joven tapada,
que anduvo el oficio hoy
algo esquivo. ¡Consoláos!
Mejora sus horas Dios.
Y no pidáis por la vieja,
pues, juro á fe de varón,
que nunca una Celestina
de hambre en Sevilla murió.
Enseñad vuestro semblante,
que aquí hallaréis ¡voto á brios!
quien por mendiga os dé un cuarto

y por hermosa un doblón.
Y diciendo estas palabras
el manto la arrebató,
viéndose un rostro que trajo
á la noche luz del sol.
Trémula, la pobre niña
no pudo hablar de estupor,
y después por el espanto
que Gregüela le infundió
con su horrible carcajada
de demonio y de bufón.
Mas voluntad le dió el miedo
y fuerzas le dió el terror,
y el manto rompió en girones,
y despavorida huyó.
Corrió tras ella Gregüela,
y, con no igual intención,
don Miguel y sus amigos
corrieron tras de los dos.
Ciega y como corza herida

que de riscoso peñón
se lanza al abismo, huyendo
de la jauría feroz,
la pobre niña, en su fuga,
por el Compás se metió;
y Gregüela, provocando
la risa y la confusión
de Acebedo y de Mañara,
—¿Qué tal la moza?—gritó.
Desatentada corría
de uno en otro callejón,
y tras de ella, dando silbos
Gregüela, y tras de los dos
y en tropel, los caballeros,
y tras de ellos gran montón
de rufianes y de coimas,
promoviendo grita atroz.
Asomábanse á las puertas
á presenciar la función,
ya una daifa sin camisa

en los brazos de su amor,
ya una vieja con un murcio,
ya un rapazuelo chillón.
Cada ventana de risas
y gresca era surtidor,
y desatado torrente
de carne cada portón.
Y el cotarro del demonio
tanto y también se animó,
que de silbidos y voces,
carcajadas y fragor,
se alzó un estruendo que á toda
la gran Sevilla atronó.
Corría la pobre niña,
y corría de ella en pos
Gregüela, como si caza
á un ángel diese Artaroht.
Don Miguel, parado y solo
al final de un callejón,
contemplaba aquella caza

con vergüenza y con dolor.
Y veía á la doncella,
ya jadeante y sin voz,
correr hacia do él estaba,
y en su rostro, en su terror,
comprendía los espantos
de su virgen corazón.
Miraba tras la inocencia
derrumbarse el gran montón
de carne, que pretendía
ahogarla entre el hervidor
cieno de toda lujuria,
fuente de todo baldón.
Cayó á sus pies la doncella
y, en un sollozo, gimió:
—¡Caballero! ¡defendedme!
¡misericordia! ¡por Dios!—
La alzó Mañara del suelo,
en sus brazos la acogió,
y con cólera, que rayo

fué, como trueno la voz,
dijo:—¡Atrás! y ¡ay! del que ose
tocar lo que amparo yo.—
Caballeros, rufos, daifas,
ante el formidable son,
quedaron mudos, inmobles,
é inmóvil también quedó
Mañara, viendo en sus brazos
yerto, desmayado el sol.
Y contemplando á la niña
sintió tan gran cerrazón
de pecho, que de su boca
el alentar no salió.
Notó Acebedo en su amigo
súbita transformación,
y en su rostro, en su mirada,
su malicia adivinó
la tormenta que iba alzándose
dentro de su corazón.
Habló en secreto á Gregüela

y el rufián despareció.
La sierpe al tigre se unía
para burlar al león.
Volvió en sí la desmayada,
y al ver su sostén tembló,
y con vergüenza:—Sacadme
de aquí—dijo—¡por favor!—
Se alzó un murmullo siniestro
que á la niña estremeció;
mas don Miguel, desnudando
su acero fulminador,
con acento, que ninguno
con alma serena oyó,
dijo:—El que se acerque pida
al cielo la salvación.—
Y dando el brazo á la joven,
de aquel infierno salió,
encargando á sus amigos
que de él no fuesen en pos.
Llamóle Acebedo aparte

y en su oído murmuró:
—Don Miguel ¡á ella! y probadnos
que, puesto que un numen sois,
afrenta que vos labráis
se trueca en consagración.
—Piedad me inspira esta niña—
dijo don Miguel.
—¡Por Dios!
que si por pobre no os gusta,
por linda la quiero yo.
—¿Os atrevéis....?
—Á probaros
cuanto dije en el mesón.
—Yo la amparo.
—¡Vuestra ó mía!
—Si habláis en serio ¡ay de vos!

II.

La niña y el caballero
se alejaron del Compás,
la una con susto, y el otro
con vergüenza y con pesar.
Iban los dos en silencio,
y aquel silencio era tal,
que de los dos corazones
se escuchaba el golpear.
De una en otra callejuela
salieron al Arenal,
y á la ribera bajaron
lentamente y sin hablar.
Los dos iban en silencio;
ella al verse con quien va,
y él por no dejar salir
de su boca una fugaz

llama del fuego dulcísimo
en el que ardiéndose está.
Al fin hablaron. La niña,
con voz que arrulló al sonar,
dijo á Mañara:—¡Que el cielo
os premie tanta bondad!
Allí vivo, caballero.
Aquel es mi pobre hogar.—
Y á un casucho señalaba
viejo y negro, y que horror da
verle hundirse por dos flancos
del Betis en el caudal.
Casa lacustre, ó molino,
en ruinas é inutil ya,
siempre frío y siempre lleno
de miseria y de humedad,
que nido ¡tan triste! tiene
la alondra para cantar.
Aquel casucho Mañara
vió con angustia mortal,

naciendo en su noble pecho
la ternura y la piedad.
Y entonces, por vez primera
vió en la mujer algo más
que la terrena hermosura
que infunde lascivo afán:
vió á la flor, vió al ángel puro;
soñó con lo inmaterial,
y sintió ese amor sublime
que enjendra la caridad.
Silencioso, pensativo,
contemplando el virginal
rostro de la pobre niña,
quedóse; el manto echó atrás,
y quitándose el sombrero
murmuró:—Como señal
de que me habéis perdonado,
este bolsillo aceptad....
Llevádselo á vuestra madre,
pues pobre y enferma está.

No me desairéis, y al cielo
por un pecador rogad.—
Quiso hablar la hermosa niña,
mas don Miguel echó á andar,
por vez única sintiendo
inmensa felicidad.
Entró en su casa la niña,
y se vió entonces brotar
de la sombra, de la niebla,
ó del infierno quizás,
un bulto, un fantasma horrible,
hombre y serpiente á la par.
Era Gregüela. Su boca
se abrió con mueca infernal
y lanzó una carcajada
que atronó la inmensidad.

III.

Lleno de gozo por la gran victoria
que de su corazón ha conseguido,
entró Mañara en la ciudad que escribe
con lágrimas su historia.
Él mismo no concibe
como está vencedor, siendo vencido,
y como no triunfar puede ser gloria.
¡Él no cortar á un serafín las alas,
no marchitar la flor más hechicera,
poner en libertad á la paloma,
dejar subir al cielo el grato aroma
del amor...! Le parece una quimera.
Y al ángel protegió, guardó el incienso
y cuidó de la flor, y amparó al ave;
y siente gozo inmenso,
tanto más hondo cuanto más suave.

Las calles recorría. Ya en el cielo
despuntaba la aurora,
y de la noche desgarrando el velo
era del sol su lumbre precursora.
Las cruces de las torres fulguraban
en haces de oro, en el brumoso espacio.
Los fulgores de tonos cambiaban.
Por cimborrios, tejados y azoteas,
ráfagas temblorosas resbalaban,
de gualda y de topacio,
de nacarada rosa,
y luego de carmín, cuando las aves
le decían al sol ¡bendito seas!
en alegre plegaria cadenciosa.
¡Cuánto sol, al nacer, vió al caballero
fatigado, rendido, pesaroso,
tornar á su mansión, después que fiero,
á una infeliz mujer quitó el reposo,
siendo más que galán, ladrón artero!
¡Cuánto sol, al nacer, le vió, con fría,

vaga mirada, y descompuesto traje,
triste salir de bochornosa orgía
en que enlodó el blasón de su linaje!
Aquel naciente sol le vió con calma
dirigirse al hogar de sus mayores,
y dió el astro á sus ojos resplandores,
y la brisa perfumes á su alma.
Las calles recorría
el mancebo, embriagado de alegría.
Mas de pronto su frente obscurecióse.
Los pasos acortó; paró los ojos
en una antigua casa, y con enojos
su bello rostro de carmín tiñóse.
—¡Infeliz!— murmuró—¡Pobre Ana mía!—
Y aquel suspiro de dolor ó queja
enroscóse en los hierros de una reja,
duros como el olvido y la falsía.
Quedóse el caballero contemplando
la desierta ventana, y atraído
por misterioso afán, se fué acercando

á sus labradas rejas, apoyando
en los hierros el rostro dolorido.
Y en óptica ilusión vió la hechicera
sombra de la mujer á quien amara
aparecer detrás de la vidriera,
y con voz flébil, que gemidos era,
revelarle la fe que le jurara.
Entonces le asaltó rudo tormento,
violenta angustia, torcedor sin calma,
la memoria atronóle el pensamiento,
y con clava de cíclope en el alma
golpeóle el cruel remordimiento.
¿Qué vió el galán? ¡Ay Dios! Vió la amargura
de la que puso en él toda su vida,
de la que por su amor enloquecida,
con ciega confianza,
entrególe la flor de su hermosura,
y que ultrajada llora y afligida,
más por perder la fe que la esperanza,
por olvidada más que por impura.

Aquella reja, con su hierro frío,
le cuenta las angustias de la casa,
las tristezas, las dudas y el impío
fuego en que un alma de mujer se abrasa.
Vió las noches sin sueño, vió los días
sin luz del sol, cuajados de agonías;
vió al padre desolado
llorar por el honor que le han robado.
Y entonces escuchó con hondo miedo,
con estupor y angustia, el implacable
y crispador acento de Acebedo.
¡Sentencia pavorosa!
¡Un lupanar á la mujer culpable!
¡Un pudridero á la marchita rosa!
Y fuese de dolor, fuese de espanto,
tembló el galán, y en reprimidas quejas
bañó con gotas de abrasado llanto
los hierros fríos de las duras rejas.

Sosteniendo gran batalla
con invencibles recuerdos,
siempre apoyado en las rejas
testigo de sus contentos,
dichas trocadas en llanto
y en amarguras y en miedo,
no puso atención Mañara
en el despertar del pueblo.
Abriéronse los balcones,
después las puertas se abrieron,
y de escobas y de trapos
llegó el ruidoso meneo.
Charlaron bien las criadas
renegando de sus dueños;
y á palenques y tabernas
fuéronse los despenseros,
á oir misa, con graves pasos,
las quintañonas y viejos,
y á sus casas, muy mohinos,
amantes y calvatruenos.

Brotaron, de donde quiera,
curas y frailes obesos,
y de enjambre de chiquillos
fué la calle un hormiguero.
Animóse, poco á poco,
la ciudad con vagos ecos....
rumores, gritos, anuncios
de vida y de movimiento.
Sólo Mañara, insensible,
sigue apoyado en los hierros.
No ve más que los fantasmas
que surgen de sus recuerdos.
No le hieren tantos ojos
como en él se miran puestos,
ni le agravia la chacota
de rufianes y pilluelos.
Y estaba tan abismado
en tenaces pensamientos,
que no vió que ante las puertas
del hogar, en que está quieto,

llegaron sobre dos potros,
de polvo y sudor cubiertos,
un militar muy bizarro
y un muy cansado escudero.
El mozo con ligereza,
y con gran torpeza el viejo,
descabalgaron. Quedóse
mirando con duro ceño
el mozo al gentil Mañara,
mientras que el buen escudero,
tomando á los dos caballos
de las bridas, con muy lentos
pasos llegóse á las puertas,
que aporreó con estrépito.
Se acercó el mozo á Mañara,
y con sarcástico acento,
y en las espaldas tocándole,
le dijo, en tono burlesco:
—¿Qué hacéis, buen hombre, ahí fisgando?
—Hablaréis en cortesía,

que hidalgo soy por ser mía
esta cruz que estáis mirando.

—Repetiré la pregunta
con la mayor reverencia.
¿Ahí qué hace su excelencia?
—Pues bien claro se barrunta.

Estoy donde estoy. Y no hay ley
que se oponga á mi deseo,
pues la calle, según creo,
sólo tiene un dueño, el rey.

—¿Qué os parece?

¡Por Dios vivo!
para que más no batalle,
ya que amáis tanto esta calle,
¿podré saber el motivo?

—¿Quién sois para preguntarlo?
—¿Quién ha razón de saberlo?
—Mi nombre no he de esconderlo.
—Ni el mío puedo negarlo.

—Si el vuestro se me declara...?

—¡Con orgullo!
El mío es notorio.
—Yo soy don Pedro de Ossorio.
—Yo don Miguel de Mañara.
—Mucho de vos me han contado.
—Nada de vos he sabido.
—De aquí hace tiempo he partido.
—Yo siempre en Sevilla he estado.
—En ella estamos los dos,
y pues ya nos conocemos,
hablar despacio podremos:
más ahora, si os place á vos.
¿me diréis por qué aquí estáis?
—Meramente por capricho.
—¿Más no decís?
—Que lo dicho.
—Pues... ¡no es mucho!
Lo acertáis.
—Despacio hablaré con vos,
pues tengo prisa en entrar

aquí, que aqueste es mi hogar.
—Id con Dios.
Quedad con Dios.
Y el militar, nada ufano,
pensó:—¿Qué fantasma es éste?—
Y Mañara—¡Mala peste!—
murmuró:—¡de Ana es hermano!

IV.

Llegó Ossorio á su hogar en hora aciaga.
Á un galán insolente halló á su puerta,
y ni salió su hermana, ni su padre,
con tierno afán á festejar su vuelta.
Cruza el soldado pesaroso y mustio
corredores y estancias, y desierta
su casa le parece. En todas partes
halla igual soledad, igual tristeza.
Se une al silencio el frío, que en su pecho

como cuchillo cortador penetra.
Á un taciturno viejo que le guía
por su padre pregunta, y la respuesta
medroso aguarda. El servidor con eco
que parece salir de honda caverna:
—Enfermo está—le dice,—hace dos meses....
—Nada he sabido yo.
—Trabó su lengua
horrible mal.
—¡Oh, Dios!
—Todo su cuerpo
se ha convertido en insensible piedra.
—¡Padre adorado! Pero, di, mi hermana
¿por qué no sale, y tan terrible nueva
con su amor no mitiga? ¡Y enmudeces!
¿Por qué callas?
—Don Pedro...!
—¿Por qué tiemblas?
¿Qué te importa que juzgue, dolorido,
que la desafección causa la ausencia?

Mas ¿por qué de mi hermana me conduces
á la estancia, primero que yo vea
y abrace á mi buen padre? ¿De aposento
ha mudado tal vez?
—No; mas con ella
vuestro padre estará.
—Pues ¿no me has dicho...?
—En un sillón... ¡mirad cómo la vela!—
Quedó mudo el de Ossorio, y fijo, inmoble,
parado en los umbrales de la puerta,
que, al abrirse sin ruido, ante sus ojos
el cuadro más tristísimo presenta.
La luz del sol, que en líneas rutilantes
por las rendijas del balcón penetra,
decrece el resplandor de dos bujías,
que ya á su fin tocando chisporrean.
Y á la confusa claridad vió Ossorio
en un lecho una forma vaga, aérea,
forma de hada, de ángel; el contorno
suavísimo de Psiquis hechicera.

Sobre nívea almohada vió esparcida
profusa y ondulante cabellera
de oro resplandeciente; hermoso nimbo
que coronaba un rostro de azucena.
Pero marchito, sí... La pobre Ana
siente correr por sus exhaustas venas
un fuego corroedor que la aniquila.
Es flor: al sol amó, y al sol la seca.
Si los párpados abre, dos luceros
se miran titilar, y entre las nieblas
luego desaparecen, y dos lágrimas
caen encendidas de las dos estrellas.
—¡Ay, pobre hermana mía! ¡Pobre padre,
pobre padre, también!—con voz muy queda
Ossorio murmuró, viendo al anciano,
que en un ancho sillón ni un punto deja
de mirar á la joven, pareciéndole
que con los ojos la acaricia y besa.
No pudo el mozo refrenar la angustia
y entró en la habitación. Le vió la enferma

é incorporóse, rápida, lanzando
leve grito de júbilo y sorpresa.
El anciano pugnó por levantarse.
No pudo; pero el mozo se prosterna
ante sus plantas, y su cuello ciñe,
y con ósculos mil su frente sella.
Un eco, un grito gutural, discorde,
exhala el triste viejo; y da respuesta
á la efusión filial con un gangueo
confuso y crispador que el alma hiela.
Dice palabras, sí; pero palabras
de idioma singular, que no halla letras.
De la emoción repuesto, el buen soldado
acude á acariciar á la doncella,
y sentado en el borde de su lecho,
le habla, le mima, le interroga y besa.
—¿Qué tienes?
—Yo no sé. Me va faltando
poco á poco la vida...
—Si en la guerra,

pensando, padre, en ti, pensando en Ana,
los dos seres que endulzan mi existencia,
á la muerte vencí, ahora que llego
á mi adorado hogar ¿no he de vencerla?
Yo conozco á la muerte... De mis brazos
no arrancaros podrá.... Duelo y tristeza
agobian hoy la casa. ¡Habrá alegrías!
¿Decís, padre, que no? ¿También las niegas?
Para tu horrible mal habrá remedios...?
Sí, padre, los habrá. Para Ana bella
doctores hallaré. Tal vez con uno
se cure, por completo, su dolencia.
¡Buen médico es Amor!
¡Palabra horrible
que despertó el dolor y la vergüenza!
El viejo, con angustia inexplicable,
inclinó sobre el pecho la cabeza;
y de Ana el rostro de carmín tiñóse,
venciendo la amapola á la azucena.
Oíanse en el silencio el resoplido

abrasador con que el anciano alienta,
y el sollozar cortado de la niña
que en un raudal de lágrimas se anega.
—¿Qué es esto? ¡vive Dios!—gritó el soldado—
—¿Qué es esto que me aflige y me amedrenta?
¿La noble frente inclinas, padre mío...?
Y tú, hermana, ¿sollozas? y ahora ¿tiemblas?
¿Tu pálido semblante se enrojece?
¡Si la fiebre te abrasa! Habla, no temas.
Háblame, hermana mía. ¿No me escuchas?
Ábreme el alma y con mi afecto cuenta.
¿Has amado, es verdad? ¿No me respondes?
¿Es delito el amar? Joven y bella
se abrió tu alma al amor... Es ley divina...
La flor brota al llegar la primavera.
Amaste, sí... ¿Y el hombre afortunado,
á quien rendiste el alma, te desdeña?
¿No es verdad, no es verdad hermana mía,
que de tu enfermedad la historia es esta?
¡Pobre niña, que cree que tierra y cielo

le faltan si un galán su alma le cierra!
Y sería capaz aun de morirse
si en su socorro el militar no llega.
¿Que te olvidó? ¡pardiez! vaya en buen hora
el galancete ruín. Case con dueña
que le arañe y pellizque y encocore.
Al necio olvida y su desdén desprecia.
Muda el alma de afanes... Cuando un tiempo.
junto á tu esposo, con cariño mezcas
una cuna, en que un ángel te sonría,
si de esta enfermedad algo recuerdas,
ya verás, ya verás como te burlas
de ti misma, y mis frases consideras.
¡Rayo de Dios! ¿callada permaneces?
Y más corren tus lágrimas acerbas?
¡Vos, padre, también más afligido
ahora os mostráis?... ¿Por qué? que al fin lo sepa.
Vos no podéis hablar... ¡Habla tú, hermana!
¡Hablad, al fin! ¡Vuestro mutismo aterra!
¿Morir de amor?... ¡No! ¡Necio! ¡Si es mentira!

¡No matan, no, las amorosas penas!
¿Que te olvidó? Lloraras sus desdenes,
mas por completo el alma descubrieras...
Ese silencio atroz es del abismo,
y quiero hundirme entre la sombra espesa...
Dame tu mano, mírame en los ojos.
¡Alza la vista!... ¿Mi mirar te afrenta,
ó temes que tus ojos delatores
de liviandades y de infamias sean?—
El viejo, al escuchar estas palabras,
se removió en su asiento, y una mueca
espantosa de angustia dibujóse
en su rostro, amarillo cual la cera.
Moviéronse con vértigo sus labios,
entre saliva rebulló su lengua,
y con sus gritos, con aquellos ecos
guturales, discordes, algo impetra,
algo pide, pues claman, vibran, rugen,
y un solo instante de sonar no cesan.
—¿Qué me queréis decir—gritó el soldado—

con ese ronco ahullido de pantera?
¡Que la mate! ¿es verdad? Viejo caduco,
¿decís que no...? ¿Lloráis...? ¿Pedís clemencia?
¿Amparáis la deshonra...? ¿Que ella viva
y se borre el blasón de mi nobleza?
¿Eso pides...? Ya sé por qué los cielos
os convirtieron en helada piedra;
ya sé por qué, cual bien, os otorgaron
que no hallara palabras vuestra lengua.
—¡Padre! ¡Padre, adorado! ¡Hermano mío!
—El nombre del ladrón. ¡Pronto! ¡contesta!
—¡Has venido á matarme!
—¡El nombre, el nombre
del villano, ó tu muerte se acelera!—
El viejo, horrorizado, llora y grita,
quiere á su hija amparar ¡angustia inmensa!
no se puede mover; hablar no puede;
arde el volcán bajo la estatua yerta.
Ana suplica. El implacable Ossorio
la insulta siempre, y sin cesar la estrecha.

—¿No lo declaras, no? Pues bien, escucha.
Yo lo conozco, sí. Le hallé á las rejas
testigos de su dolo y su falsía...
Sin duda ignorará que estás enferma
y te esperaba.
—¡Oh Dios!
—Para llevarse
el último girón de tu pureza.
—Oh, no me engañes, no... ¿Que él me esperaba?—
Ana exclamó, de júbilo frenética.—
—Don Miguel de Mañara, así se nombra
el que enlodó el blasón de mi ascendencia.
—Y ¡me esperaba! ¡Ay Dios! ¡No me ha olvidado!
—Te delataste y lo delatas, necia.
¡Morirá! ¡morirá!—
Se irguió la joven,
en su hermano fijó mirada fiera,
y—¿Quién eres—gritó,—para quitarme
la vida que en su vida se concentra?
¿Quién eres tú? Mi culpa perdonada

por mi buen padre ha sido; y tiene enmienda,
pues él vuelve á mi amor, tú me lo has dicho.
El se siente afligido con mis penas.
—¡Las manchas del honor sólo con sangre
lavarse pueden!—
Delirante, ciega,
Ana saltó del lecho y á los brazos
fué del anciano á demandar defensa.
Á la niña infeliz el pobre viejo
con ardor acaricia; mientras ella,
ansiosa de piedad, mil y mil veces
la noble frente del anciano besa.
Y loca de alegría, de su amado
la hidalga condición pregona; y cuenta
con ternísima voz las esperanzas,
las ilusiones con que loca sueña.
Pedro, que pugna por romper los lazos
que le irritan y ofenden, grita, impreca,
y al verse desoído, y ya rabioso,
acude, con insania, á la violencia.

De Ana en los hombros, como férreos garfios,
pone las manos, con vigor la aprieta,
y ella gime y no cede, y en la lucha
la muerte de la niña se apodera.
El viejo dió un rugido pavoroso.
Los labios de su hija ya no besan,
ya no gime su voz, ya el calor tibio
de sus brazos su cuello no calienta.
Á la estatua la muerte se ceñía....
Pedro las separó. Cual masa yerta
Ana al suelo cayó. Los dos Ossorios
se miraron con cólera tremenda.
Después, dieron un grito indescriptible.
¡La desdichada niña estaba muerta!

V.

Atroces remordimientos,
loco orgullo, fuertes iras,
piedad y ternura inmensas,

fúlgido sol, nieblas frías
en el pecho de Mañara
se amontonan y se agitan.
Pensando en la triste Ossorio
y al par en la hermosa niña,
de quien, muy á pesar suyo,
se enamora y se esclaviza,
entró en su hogar, macilento
y rendido de fatiga
por luchar ¡ay! con las olas
de la duda en que se abisma.
Quedóse en su estancia solo.
Consigo mismo medita
en algo que le produce
pena, estupor, agonía.
La frente ceñuda y pálida
gotas de sudor destila,
y sus labios contraídos
imprecaciones vomitan.
Dios muéstrale al torpe mozo

su juventud corrompida,
dando la flor de su alma
nunca aromas, siempre espinas.
Satanás, al par, le inculca
que el placer es la alegría,
la mujer fuente de goces
y alegre festín la vida.
Dios le recuerda las lágrimas
que han costado sus lascivias;
y Satanás, el renombre
que le dieron sus conquistas.
Como pecador, las puertas
del cielo cerradas mira:
como cristiano, la gloria
se abre al alma arrepentida.
Como noble, de sus hechos
con repulsión abomina,
y como vicioso piensa
que causa asombro y envidia.
Recuerda á la triste Ana,

y se acongoja y suspira;
pero recuerda á su hermano
y de Ana el dolor olvida.
Sólo cruza por su mente,
con leve marcha indecisa,
una aparición suave
que ni le cansa ni irrita.
¡Caridad! dulce paloma
que en su duro pecho anida
como esas aves que buscan
del tigre la compañía.
En ella pensaba cuando
se presentó ante su vista
el truhanesco Gregüela
con cara muy compungida.
Ante los pies de su amo
prosternóse de rodillas,
é hizo tales aspavientos
que al fin produjeron risa.
Sospechó el galán Mañara

que el rufo mucho sabía
de la joven, pues su lengua
pugnaba por ser explícita,
y, reprimiendo el coraje
que dentro el pecho le hervía,
le dijo:
—De anoche quiero
que me des varias noticias.
Como escudero, faltaste
de mi lado.
—Yo temía....
—Bien. ¿Pero en dónde estuviste?
¡Guárdate de una mentira!
—No es mi pecado.
—Responde.
—Fuí tras vos.
—Lo suponía.
¿Nos seguiste?
—Yo pensaba....
—Que con tu oficio cumplías.

Muy bien, pero como eres,
más que escudero, estantigua,
maestro y doctor respetable
en toda alcahuetería,
supongo que sabrás todo
cuanto atañe á la mendiga.
—Y es verdad, porque he sabido
toda su historia.
—Habla aprisa.
—Entré, según mi costumbre,
á dar fuerza á mis rodillas,
en un figón endiablado,
que se encuentra de la ermita
de San Jorge á corto trecho,
y supe de buena tinta,
es decir, por una vieja,
archivo de ajenas vidas,
que esa moza tiene madre,
y *mater dolorosísima,*
pues por pobre y desdichada

vivió mal y ahora agoniza.
—¿Su nombre?
—¡Por Dios! su nombre
es casi una profecía;
que quien Caridad se nombra
ha de ser caritativa.
—¡Mal rufián!
—Aquella vieja,
portento de Celestinas,
que aun en su armazón de huesos
conserva la lengua lista,
me ha contado ¡bachillera!
la historia más peregrina....
—Cuéntala, pues.
—Vá de cuento;
y ¡pardiez! me causa risa,
pues esa historia es traslado
completo y fiel de la mía.
Un pícaro calvatrueno,
ó rufián perdonavidas,

hace diez y siete años
supo hallar hospedería
en el pecho candoroso
de la madre de la niña;
mas temió que el hospedaje,
siendo de balde, saldría
muy caro, si se arreglaban
cuentas por gentes de misa,
y pies puso en polvorosa:
sentó plaza en la milicia
y en Flandes olvidar supo
lo que dejara en Sevilla.
Ese malandrín soldado,
ó rufián perdonavidas,
se portó como Gregüela,
antes de servir á usía.
Poco después de su marcha,
contó la vieja maldita,
y si prosigue la historia
ya no es por cierto la mía,

que la hembra bien burlada
parió ¿y cómo nó? una chica,
que, al no conocer su padre,
tuvo la primera dicha.
La madre desconsolada,
que nunca al soldado olvida,
según dicen, fué tan viuda,
sin serlo, como Artemisa.
Mas aferróse á la honra,
después que la vió perdida,
y ha vivido y muere siendo
el rigor de las desdichas.
Amó á un murcio fazañoso,
á un pobre dió sus primicias,
parió sola, y en miseria
vivió con su humilde hija;
y silenciosa se muere
sin una mala sangría.
—¿Don Santiago de Acebedo
llegó á saber...?

—¿Dónde habita
la joven?
—Sí.
—¿Le dijiste...?
—Todo.
—¡Villano!
—Creía
que vos....
—¡Fruto de la horca,
pide á Luzbel que te asista!—
Salió el escudero atónito,
y en actitud reflexiva
quedóse Mañara, inmoble,
pensando.... ¿En qué pensaría...?

VI.

Como el náufrago que cerca
ve al fin la arenosa playa
cuando ya luchar no puede

con las olas que le tragan,
don Miguel ve con angustia
la gloria por él soñada,
cuando ya al cielo no puede
tender las marchitas alas.
Todo le cierra el camino
del bien y de la esperanza;
y por el abismo rueda,
y el infierno lo demanda.
Le oprimió el remordimiento,
derramó abundantes lágrimas;
tal vez quiso arrepentirse,
pero entonces, cual fantasma
infernal, surgió el hermano
de Ana, de la pobre Ana,
para irritarle su orgullo
y desesperarle el alma.

Si él se mostrase contrito,
ó si la enmienda buscara
y á Ana perdón implorase

su honra volviéndole intacta,
¿qué diría áquel Ossorio?
¿qué sus amigos pensaran?
¿quién nó, en Sevilla, creyera
ser miedo lo que era lástima?
El terrible ¿qué dirán...?
le conturba y le anonada,
y sorbe su pensamiento
y el corazón le ataraza.
Buscó á Acebedo y los otros
fanfarrones de la infamia,
y causándole vergüenza
que sus juicios sospecharan,
quiso ser más que había sido,
y de vicio hacer tal gala,
que aterrado su ángel bueno
por siempre al cielo volara.
Y preparó tal orgía
dentro de su propia casa,
que dió su voz el escándalo

á las lenguas de la fama.
Y de nobles sin nobleza
la envilecida canalla
acudió con tal exceso
y procedencia tan varia,
que allí tuvieron los vicios
procurador, trono y ara.
Allí los aduladores,
que comen de lo que estragan;
allí los que en toda mesa
se ven siempre, y con su charla
y chismes lo que devoran
cuotidianamente pagan.
Allí hermosas bailarinas,
allí alegres comediantas....
¡Los pecados capitales
en asamblea bizarra!
Ya se desborda la risa,
ya comienza la algazara,
y ya los vasos se chocan

y el mantel los vinos manchan.
Toda relación se rompe,
la conversación es cháchara,
y ninguno oye á ninguno
y todos á gritos hablan.
Sólo Mañara está absorto.
Piensa en Caridad y en Ana,
y vé con tedio la orgía
y su estrépito le enfada.
En sus sienes martillean
punzantes, candentes clavas,
y la fiebre le devora
el cuerpo, y la pena el alma.
Se alzó del asiento y mudo
atravesó aquella estancia,
y ansió respirar el aire,
porque se axfisia y se abrasa.

VII.

Negros nubarrones cubren
el adormecido cielo,
y en los espacios palpitan
rumores vagos, siniestros;
esas voces pavorosas
que en las ráfagas del viento
tal vez hablan un lenguaje
de espíritus y de espectros.
En ahumados farolillos
con vivaces chisporreos
arden luces que á retablos
alumbran, al par sirviendo
de faro á trasnochadores,
de testigos en sus duelos.
Don Miguel rápido avanza
entre las sombras envuelto,

en Ana puesta la mente
y la mano en el acero.
Vertiginoso, turbado
por los báquicos excesos,
devorado por la fiebre
que la sangre trueca en fuego,
marcha sin rumbo y sin guía,
tal vez de sí mismo huyendo.

Su mente perturbada
no coordina una idea;
en desigual pelea
víbrale el corazón.
En él Caridad gime,
y en él la pobre Ana
con voz de furia insana
le grita: «maldición.»
Y vé que allí en su pecho,
ardiendo de coraje,

venganzas á su ultraje
demandan sombras mil.
Mujeres desoladas....
Sus víctimas de amores....
Marchitas, secas flores
en el lozano Abril.
Sus pálidas mejillas,
por el dolor quemadas,
aparecen cuajadas
de gotas de sudor.
Y más, á cada instante
su marcha se acelera,
y toma su carrera
velocidad mayor.
Y entonces maldiciendo
de su feroz destino,
cual raudo torbellino,
con vértigo infernal,
se lanza en busca de *algo*
tal vez, sin forma y nombre.

¡Semeja más que un hombre
espíritu del mal!

Llegó á una calle, y sus pasos
lleno de inquietud refrena.
Quiere huir, y á aquella calle
le impulsa invisible fuerza.
Dando traspiés, cual beodo,
va de una acera á otra acera,
siempre fija la mirada
en los hierros de una reja.
Aquellos hierros despiden
fulguraciones siniestras,
y aquella luz le fascina
y al par que le atrae le aterra.
Aquella luz temblorosa
¿qué le indica? ¿qué le muestra?
¿Qué faro es aquel que arde
entre las densas tinieblas?

¿Por qué aquella luz le asombra?
¿Por qué aquel fuego le hiela?
Allí se dirije osado,
veloz á los hierros llega,
y ¡oh, qué cuadro tan horrible!
mudo de angustia, contempla.
Vestido vé un aposento
con fúnebres, negras telas,
y en medio, entre cuatro cirios
que lloran gotas de cera,
en largo, abierto ataud,
una mujer yace muerta.
¡No es un sueño! ¡No es delirio!
Es su victoria postrera.
—¡Ella! ¡Ay, Dios! ¡Ana!—
Y entonces
su loco orgullo recuerda
las frases con que á las burlas
de Acebedo dió respuesta.
«Las desvalidas mujeres

que honor y virtud le entregan
quédanse para enterradas;»
y Ana ¡infeliz! bien lo prueba.
Con la fiebre y con la angustia
y con la visión tremenda
no puede luchar, que á tanto
del hombre el valor no llega.
De aquel lugar huye, y quiere
recobrar su fortaleza,
pero ¡imposible...! su orgullo
voz ha dado á su conciencia,
y esta ¡horror! de su pasado
todo el panorama muestra.
No el Amor con tenues alas
acaricia á Psiquis bella:
es la Parca la que á un yerto
cadáver abraza y besa.

La muerte, siempre la muerte
va con él, y él va con ella.
Honor, virtud, alegrías,

ilusiones y belleza,
todo detrás de sus pasos
ajado y marchito queda....
La muerte.... La vé, sintiendo
cómo en su sér compenetra,
cómo el alma le vacía,
cómo el corazón le hiela....
Y el horrible pensamiento
tanto le turba y marea,
que, cegado y aturdido,
dando tumbos cayó en tierra.

Volvió en sí, y al salir de su desmayo
—¡Ay de mí!—murmuró lleno de afán.—
¡Mi amor es destrucción, como la lumbre
del rayo, que dá muerte al fulminar!
De ese ataud, levántate; Ana mía.
Oye la cita eterna de mi amor.
¡Ay de mí! que ya siento que la tumba
la has abierto en mi duro corazón.

Y era tan grande su vértigo,
y tan febril su pavor,
que de mónstruos se llenaba
su ardiente imaginación.
Ve brotar de las tinieblas,
con horrísono fragor,
espectros, larvas, fantásticas
hechuras de forma atroz,
pandemonium espantable
y aterradora visión
en la que el diablo ó las brujas
fueran tal vez lo mejor.
Lleva en sus alas el viento
lúgubre, mortuorio són,
y á cada instante que pasa
más su espanto acrecentó.
Oye los cánticos fúnebres
de esas salmodias que son
palabras que de la muerte
quizás el hombre aprendió.

Y allá muy lejos, muy lejos,
al sepulcral resplandor
de blandones y de cirios,
vé en muy larga procesión
negros fantasmas, cantando
con seca y helada voz
el terrible *Dies iræ*
que le aprieta el corazón.
Porque el canto pavoroso
toma sér, vida, calor;
no hay en él palabras, notas;
hay tiempo, lugar, acción
de ese juicio en que ninguno
oirá sin temblar á Dios.
Pegado á un muro, temblando
como nunca hombre tembló,
mira avanzar lentamente
la espantosa procesión.
Buscó con ansia una imagen
sagrada, y un Cristo halló;

y rezar quiso, y no pudo,
y más creció su emoción
viendo que, al mirar al Cristo,
de Cristo el llanto aumentó.
¿Eran espectros ó frailes?
¿Era verdad ó ficción?
Llamó al orgullo en su ayuda,
y, al recobrar su valor,
á uno de aquellos fantasmas
—¿Quién ha muerto?—preguntó.
Y cuál fué ¡cielos! su asombro
y su horrible confusión,
cuando del fraile ó la larva,
—*Miguel de Mañara*—oyó.
¡Imposible! Á uno por uno
y á toda la procesión
hizo la misma pregunta,
é igual sentencia escuchó.
¡Imposible! Él se palpaba,
preguntando, con horror,

si su cuerpo era su cuerpo
ó su sér una ilusión.
¡Imposible! Loco, ciego,
ciego y loco de terror,
se avalanzó al ataud;
con furia el negro crespón
que lo cubre, hizo pedazos,
y al suelo como él cayó,
cuando en la caja halló un muerto,
viendo con hondo estupor
que era ¡Miguel de Mañara!
el cadáver que miró.

VIII.

Volvió el galán á su casa
cuando el sol ya estaba en alto,
más que la cera amarillo,
y más triste que el pecado.

Uno de sus servidores,
por muy antiguo, muy franco,
barbotó al verle la cara:
—Venus se portó cual Baco.—
Y llevóle al aposento
del festín, donde el estrago
de la orgía repugnaba
á los ojos y al olfato.
Por doquiera se esparcían
relieves, botellas, platos,
y por doquiera formaba
el vino apestosos charcos.
Y ebrios, soñolientos, roncos,
con semblantes mustios, lacios,
ó rojizos y apopléticos,
los calvatruenos hidalgos
cantaban á grito herido,
hablaban con el espacio,
roncaban como marsoplas,
movíanse como sapos,

ó de tal modo libaban,
que esponjas eran sus labios.
Sólo Acebedo, en su silla,
firme, erguido, el espectáculo
asqueroso contemplaba
con desprecio, ira y cansancio.
Al anfitrión dirigióse
y con acento sarcástico:
—Vos, Mañara—le dijo,—sois prudente.
Da vuestro rostro indicios
de que ahorrásteis á Baco sacrificios
para brindar á Amor con sed ardiente.
Estar como están estos majaderos
es propio de rufianes.
Amorosos desmanes
honoran á los nobles caballeros.
É imagino ¡pardiez! que la doncella
á quien dísteis ayuda generosa,
convencido os habrá de que es tan bella
la del vergel cual la campestre rosa.

Y lo siento en verdad, pues yo quería
que la rosa campestre fuera mía.
—¡Oh, no me habléis así!
—¿Qué es lo que os pasa?
—El fuego de un volcán arde en mi frente
y el corazón me abrasa.
—¿Tanto amor os merece la mendiga?
—Vuestros ecos no son de voz amiga,
y yo no sé por qué. De mí reclama
tierna piedad; protejo su pureza,
mas no es de ella el acento que en mí clama,
ni el que rinde mi altiva fortaleza.
—Amigo, estáis demente.
—Tal vez. Pero recuerdo con pavura
esta noche cruel. ¡Dios solamente
sabe lo que hay de real en mi locura!
—Me vais loco á volver, pues yo no acierto
á comprender lenguaje tan no usado,
digno de un soñador ó un embriagado.
—Dormido hasta aquí estuve, y la traidora

maldad humana me creyó despierto,
pues lo estaba ¡ay de mí! para el pecado.
—¡Bravo lance por Dios! En sólo un hora
en vos se ha obrado singular mudanza.
—Es que en ella escuché la redentora
voz celestial que me abre la esperanza.
Y si os extraña el inaudito empeño
que muestro por hallar el bien perdido,
os diré que no importa haya nacido
mi bendecida redención de un sueño,
si el mal me encuentra para el mal dormido.
Y dejadme, por Dios, dejadme en calma.
Me trajo el nuevo sol nueva existencia.
Quiero que con mi alma
hable largo y á solas mi conciencia.
—¿Usar vos de un lenguaje que envidiara
un fraile capuchino?
Habréis, al fin, de confesar, Mañara,
que estáis loco de amor ó ebrio de vino.
—Ebrio, loco, dormido, lo que os cuadre,

pero escuchad mi voz, buen Acebedo:
yo os juro por la gloria de mi madre
que busco el bien y que á mi afán no cedo.
—¡Ola, amigos!—gritó con estruendosa
voz Acebedo.—¡Alzad! ¡abrid los ojos!
¡abrid bien los oídos!
porque es de ver y de escuchar la cosa
más rara y portentosa
que vieron y escucharon los nacidos!

Amoratóse el rostro de Mañara,
sus negros ojos despidieron rayos,
mano á su espada echó, mas reprimióse,
y al reprimirse se mordió los labios.
¡Sangre de ellos brotó...! Sangre quería
verter para vengar el torpe agravio.
¡Sangre! ¡Toda la sangre de Acebedo
ya no apagara su furor insano!
Dando bostezos, gritos, carcajadas,

unos con mil traspies, otros á saltos,
y en los semblantes repugnantes muecas,
en torno de Acebedo se juntaron
hidalgos, bailarinas, comediantas,
en grupo tan risible como trágico.
—Sí, amigos—proseguía el de Acebedo.—
aquesta conversión es un milagro.
Mañara se arrepiente de sus culpas
y un sermón de moral va á predicarnos.
Nos cede sus queridas y sus vinos....
Ya su escudero cumple mis mandatos;
y á mí, por más afecto, me encomienda
ser de un ángel sin alas el amparo.
¡Yo le protejeré! ¡Cuidad vosotros
de los bienes cedidos por el diablo
que sobre blanca nube asciende al cielo
para ser el asombro de los santos.—

Se alzó alegre, estruendosa gritería
de vítores, de risas y de aplausos,

pero un punto no más. La voz terrible
de Mañara vibró. Voz que dió espanto,
que los vapores disipó del vino
é hizo helarse las risas en los labios.
—Don Santiago Acebedo, yo en mi casa
os recibí creyendo érais hidalgo;
mas mi hogar, que consiente los viciosos,
no puede, nó, sufrir á los villanos.
¡De aquí salid! ¡Al punto, miserable!
¿Echáis mano al acero? ¡Nunca! Á palos
te haré arrojar. ¡Aquí mis servidores!
¡Echad fuera á ese rufo! ¡Yo lo mando!
—¡Don Miguel de Mañara, por valiente
siempre os tuve!—exclamó de ira temblando
Acebedo.—¡Esta afrenta pide sangre!
—¡Quiero toda la tuya!
—Yo os aguardo
frente á la ermita de San Jorge.
—¿Piensas
con esa cita adormecer mi brazo?

¡Allí te esperaré! Pero no sueñes,
ni aun muerto yo, manchar á la que amo....
¡Caridad, tuya! ¡Nó! ¡No del infierno
será la flor que para el cielo guardo!—
Marchábase Acebedo, y con él todos
los que por él allí se congregaron,
cuando en la puerta apareció un mancebo
de aire gentil, mas triste y enlutado.
Miró con rapidez á uno por uno,
y al ver á don Miguel, con graves pasos
á él acercóse y dijo:—Caballero,
soy don Pedro de Ossorio.
—¿Dónde y cuándo?—
le respondió Mañara.—
—Aquesta noche,
á las doce, en Tablada.
—Seré exacto.
¿Lleváis testigos?
—¿Para qué? Mi ultraje
ya en un sepulcro está bien ocultado.

IX.

Ya no turban á Mañara
los espectros que miró,
ni le importa que su orgullo
malogre su salvación.
En Ana, su pobre víctima,
ya no piensa con dolor,
ni de Ossorio la venganza
un instante le inquietó.
Tiene el alma toda llena
de aquel suavísimo amor
que cual celestial perfume
por su sér se difundió.
Amor casto, puro, tierno;
todo piedad y efusión,
y desinterés sublime,

todo luz, todo calor.
Aquella hermosa mendiga,
que entre la tiniebla vió,
alumbra su pensamiento
con la viva luz del sol.
Ya sólo de aquella niña
quiere ser el protector;
quiere cuidar de su honra
con paternal previsión.
¿Salvar á un ángel el diablo?
¿Luzbel ayudar á Dios?
¿Velar por la oveja el tigre
y el gusano por la flor?
¡Imposible! ¡Cómo entonces
se acuerda con turbación
de los dos lances de muerte
que insensato concertó!
¡Insensato, sí! Primero
cumplía á su obligación
dar amparo á la inocencia

que satisfacer su honor.
¡Si él muriera...! Abandonada,
perseguida.... ¡Oh, que visión
tan horrible ante sus ojos
rápidamente cruzó!
Vió á Caridad en los brazos
de Acebedo, en lucha atroz;
la vió sucumbir, miróla
después, allá, en el montón
de carne, que en la Laguna
se agita en cieno hervidor.
¡Ella en aquel pudridero!
¡Y avanza el tiempo veloz,
y está en la cercana noche
la gloria ó la perdición!
¿Á quién confiará su angustia?
¿Á quién pedirá favor?
¿Con qué amigos cuenta? El vicio
no engendra la estimación.
Si el diablo no ha de acorrerle,

¿quién puede ayudarle...? Dios.
En Dios pensó, atribulado,
y Dios su mente inspiró.
Momentos después causaba
júbilo y admiración
al Prior de San Francisco
ver al galán triunfador,
prosternado ante sus plantas,
demandarle protección
con lágrimas en los ojos
y quejidos en la voz.
—Levanta—le dijo el fraile.—
Día venturoso es hoy,
pues que torna el hijo pródigo
á la paterna mansión.
Levanta, y entre mis brazos
consolaré tu dolor.
—¡No os alegréis, padre mío!—
el caballero exclamó:—
que no véis á vuestras plantas

prosternado á un pecador,
sino á un triste, á un desdichado,
que vuestro amparo buscó.
Dentro de pocos instantes,
el que se rinde ante vos
se erguirá terrible, fiero,
como Lucifer se alzó,
para recibir la muerte,
ó darla sin compasión.
—¡Hijo! ¿Qué dices...?
—Me postro
ante el ministro de Dios,
nó para lavar mis culpas,
que no tienen redención,
sino para que halle un alma,
que va á perderse, favor.
¿Os extraña mi lenguaje?
¿Me véis falto de razón?
¿Oís con asombro que el fiero
galán, que ruinas sembró,

hoy se afane y hoy procure
por ajena salvación?
—¡Quién sabe si esa es la senda
que á la tuya abre el Señor...!
—Siento un fuego en que se arde
el alma, y el cuerpo nó.
Es mi amor, una infinita
ternísima compasión,
afán por el bien ajeno;
soy tiniebla y va en mí el sol.—
Contó Mañara al buen fraile,
que oye, atónito, su voz,
los lances de aquella noche
en que á la mendiga halló.
Contó sus internas luchas,
de Acebedo la traición,
el afán con que pretende
hollar la más pura flor;
dióle señas de la casa
de la niña, y relación

hízo de su triste historia,
y, angustiado, concluyó
por demandarle un refugio
que amparase su candor.
Si él viviera, él, por su mano
se la entregaría á Dios;
si él muriese.... ¡que la salve
la cristiana religión!
Sacó Mañara una cédula,
y dándosela al Prior,
le dijo:—Para su dote;
es mucho, mas rico soy.
¡Cuidad de ese ángel purísimo,
y que os lo premie el Señor!—
Y al despedirse del fraile,
dicen que éste murmuró:
—Alma de ángel y demonio,
llena de ira y compunción,
que deshonras y das muerte,
y al par das vida y honor:

¿Serás precita ó salvada?
¿Serás del diablo ó de Dios?

Y al par que del franciscano
convento el prócer salió,
entró el maldito Gregüela
de Acebedo en la mansión.
Gran rato pasaron juntos
y mucho hablaron los dos.
¿Qué tramaban? El infierno
lo sabe. Yo, en conclusión,
diré que aquel conciliábulo
de este modo terminó:
—Ten un coche prevenido.
—Muy bien.
--Ronda el caserón
con tus amigos.
—Entiendo.
—Y al que se acerque....

—Ya estoy,
lo acogotan.
—Tú entrarás
por la ventana; y si yo
le doy muerte ó él me mata,
que ella pague por los dos.—

X.

En la ruinosa fachada
del molino ó caserón,
por la luna iluminada,
movediza y recortada
como siniestra visión,
se vé, cambiando de hechura,
una fantasma horrorosa,
que crece andando en altura,
ó ya se ensancha y se engrosa,
ó ya es sólo mancha obscura.

Ya de sus informes trazos
surjen cabezas y brazos
de hidra tenebrosa y fiera,
ó ya se rompe en pedazos
que van marchando en hilera.

Marchan, con gran precaución,
como larvas de la noche,
y agrúpanse en confusión
junto á un misterioso coche
que hay cerca del caserón.

No fantasmas deben ser
los que así vienen y van....
Son hombres, y, á mi entender,
de los que uno evita ver
por su facha y su ademán.

Hombres son de hoscos visajes,
de extraños y astrosos trajes,
de encaracolados tufos;
honra y prez de los linajes
de los birlos y los rufos.

Sombras, coche, caserón,
mira con fija atención,
de San Jorge ante la ermita,
un embozado, á quien quita
la inquietud la turbación..

Cosas distintas espera,
pues si en sombras, coche y casa
fija la mirada artera,
luego al Arenal la pasa,
y después á la ribera.

Y no está solo: á su lado
con él vienen, con él van,
en grupo estrecho y cerrado,
seis hombres que el mudo afán
contemplan del embozado.

Uno de ellos dijo:—Ahí viene.—
Y otro exclamó:—Ya está aquí.—
Y el embozado:—Lo ví,
mas detenerlo conviene
mientras el coche esté allí.

—Soy Mañara.
—Yo, Acebedo.
—Mucha gente habéis traído.
—Honrarán vuestro denuedo.
—No sé para qué han venido,
sino á aliviaros del miedo.
—Aprendí en vuestro valor,
y vuestro valor no amengua....
—No hablar, reñir es mejor,
que en estos lances de honor
la espada sirve de lengua.
—Esos son preceptos sabios,
muy dignos de caballeros....
—Pues que callen ya los labios
y que salgan los aceros
á satisfacer agravios.
¡Defendeos!
—Atrás, pues.
—No quise usar de testigos
para veros á mis pies.

—Ni ahora quiero á mis amigos,
los quiero para después.
—Para que caven tu huesa.
—Para brindar por tu hermosa.
—No será nunca tu presa.
¡Nó! La muerte se desposa
contigo, y su mano es.... esa....
¡Ves qué fría! ¡Ves que helada!—
Y tan furiosa estocada
tiró Mañara á Acebedo,
que, en su pecho, su denuedo
no pudo impedir la entrada.
Se le vió retroceder,
un instante vacilar,
la mano al pecho llevar,
soltar el hierro y caer
de sangre en un rojo mar.
Entonces se oyó un silbido
estridente, pavoroso.
Dió el moribundo un rugido,

y murmuró:—¿No has oído,
Mañara?
—Qué, monstruo odioso?
¿Qué has escuchado ¡ay de mí!
para que en la muerte así
un eco te dé placer...?
¿Oyes quizá á Lucifer,
que te pregunta por mí?
—Por tí no me preguntó....
Por tu amor sí....
—¡Ruin alarde
de perverso...!
—¡Vencí yo...!
Á salvarla llegas tarde....
¡No la encontrarás! ¡Nó...! ¡Nó...!
—Pide á Dios no sea verdad
lo que dices.... pues si fuera
cierta tan feroz maldad,
ser tu verdugo pidiera
á Cristo en la eternidad.

Muere, infame, cual precito;
muere, cual villano ruín,
y en lo eterno, en lo infinito,
vil engendro de Caín,
¡sé maldito! ¡sé maldito...!

XI.

Pálida, triste, llorosa,
inmóvil como una estatua,
mira Caridad del Betis
correr las tranquilas aguas.
Y el resplandor de la luna,
que ilumina la ventana,
da al semblante de la joven
las refulgencias del nácar.
¡Ay, Caridad! Ve la linfa
que viene, que va, que pasa
y que nunca se regolfa

ni se detiene en su marcha.
En el río de la vida
van y vienen esperanzas,
y en el mar del desengaño
unas tras otras acaban.
¿Qué ilusión llena su mente?
¿Qué pensamiento le pasma
que á veces triste sonríe,
y á veces llanto derrama?
¿La niña en qué está pensando?
¿Qué es lo que le absorbe el alma?
¿Por qué está medrosa y quiere
del miedo ignorar la causa?
¡Ah! sus vanos pensamientos
la embelesan y la embriagan,
pero de ellos desconfía
y con valor los rechaza.
Y serena, pero triste,
mira la corriente mansa
del Betis, viendo sus linfas

que vienen, que van, que pasan.
Mas... los rayos de la luna
¿qué sombras fingen? ¿qué larvas
son aquellas que vé ahora
con atónita mirada?
¿Qué es aquello que le asusta?
¿Con qué intento, informes, vagas
sombras, cautelosamente,
están rondando su casa...?

. . . .

. . . .

La joven cerró los ojos
por no ver lo que le espanta.
¿Es un sueño? ¿Una quimera?
¿Un aterrador fantasma?

. . . .

. . . .

Al suelo vino; y al suelo
cayó desde la ventana
un hombre, lanzando ronca,

satánica carcajada.
—¡Socorro! ¡Favor!—gimió
la niña con hondo espanto.
—¡Mil truenos, no grites tanto!—
el hombre la respondió.—
Tu sino al fin te depara
rico y gentil caballero...
—¿Quién sois, quién?
—El escudero
de don Miguel de Mañara.
—¡Mañara! ¿pretende así
matarme entre fieros lazos?—
Gregüela en sus fuertes brazos
la estrechó con frenesí.
Por ella corrió un temblor
de la cabeza á los pies.
¡Temblaba como la mies
en manos del segador!
Y en la lucha desigual
la pobre niña espiraba,

y—¡Madre! ¡Madre!—gritaba,
presa de angustia mortal.

. . . .

Más Gregüela nada oyó.
De la niña desprendióse,
á la ventana acercóse
y un largo silbido dió.

. . . .

. . . .

. . . .

Al volver hacia su presa,
con depravada intención,
vió á la niña, de la luna
al rutilante fulgor,
en los brazos de una sombra,
que sombra le pareció
aquello que se crispaba
convulsivo en un rincón.
Avanzó osado, y la niña,
con frenético terror,

—¡Salvadme, madre, salvadme!—
una y mil veces gritó.
Y dando auxilio á la vida,
la muerte, en esta ocasión,
—Si avanzais un solo paso,—
con voz rugiente esclamó,—
daos por muerto.—Y un cuchillo,
de la luna al resplandor,
brilló en las manos convulsas
de la trágica visión.
Gregüela, helado de espanto,
al punto retrocedió
hasta la abierta ventana,
y al reflejar el fulgor
de la luna, en su semblante,
terrible grito escuchó.
Y la sombra fué á Gregüela.
Hablarle quiso, y su voz
sólo dijo:
—¡Eres su padre!—

Y luego en tierra cayó.

Gregüela, espantado, mudo,
recuerda en aquella voz
la historia de veinte años
de infamias y asolación.
Y entonces por vez primera
de sí mismo se afrentó,
y el llanto quiso á sus ojos,
saltar en raudo turbión.
Afrentóle su vileza,
su maldad le horrorizó.
¡Oh, insania! ¡El padre buscando
de su hija el deshonor!
¡Su hija! Y aquella palabra
resuena en su corazón
con ecos que nunca, nunca
que tal sonasen creyó.
—¡Su padre!—dijo.—¡Imposible!

Ó loco ó borracho estoy.
Y tú, mujer, ¿por qué mientes?
¿Por qué tal revelación
me haces en este momento
en que me maldice Dios?
¡Nó! ¡Mentira! Tú no eres
lo que dices. Mi razón
me engaña, como mis ojos.
No fuiste nunca mi amor.
Tú eres el fantasma vano
de aquella á quien amé yo,
y sin embargo tu acento
me ha atronado el corazón.
Esa niña.... ¡Miserable!
¿Es mi hija? Y... ¿por qué no?
Por piedad, dí que has mentido.
¡Habla! ¡Que escuche tu voz!
Pero si ha hablado el infierno,
¿quién ya acalla su clamor?
¡Mi hija! ¡Ella...! Y al mirarla

se me entra en el alma Dios
para hacerme comprender
que hay virtud y que hay honor.
¿Por qué, si tú eres mi hija,
no eres cieno como yo...?
¿Por qué, si yo soy tu padre,
siento de mí tal horror?
¡Ay! que ni aun el vicio mata
la luz de espléndido sol
que el cielo puso ¡oh desdicha!
en lo hondo del corazón.
Esa claridad alumbra
con vivísimo fulgor
todo mi pasado.... ¡Hija!
¡La tiniebla te engendró!—

XII.

Derramando acervo llanto,
el miserable Gregüela,
abraza, febril, el cuerpo
que un día su hechizo fuera.
Y en las postreras angustias
de la muerte, con inmensa
ternura, de la espirante
escuchó: —¡Tu vida enmienda!
¡Juan! ¡Caridad! ¡Hija mía!
¡Que la Virgen te proteja!—
Y voló su alma á los cielos,
dejando el cuerpo á la tierra.

. . . .

Caridad, aquel cadáver,
anegada en llanto, besa,
mientras inmóvil y absorto

á las dos mira Gregüela.
De repente, como á impulsos
de una convulsión magnética,
anhelante, sudoroso,
corre á la mezquina puerta
de la estancia, y con temblosas
manos el cerrojo aprieta.
Oye un rumor pavoroso;
pasos oye en la escalera,
y, horrible ahullido lanzando,
corre á Caridad; la estrecha
entre sus brazos, y el ¡mísero!
oprímela con tal fuerza
que quiere matarla, ó quiere
dentro del pecho esconderla.
—Y ¡perdóname, hija mía!—
exclama.—Traje á las hienas;
desperté al tigre, y no puedo
¡ay de mí! darte defensa.
¡Son muchos! ¡Son muchos! Oye....

Ya suben.... ¡Hija! ¡Se acercan!—
Y cruzaba el aposento
como selvática fiera
que vé, con furia, cercada
por cazadores su cueva.
Creció su horror, escuchando
á Mañara, tras las puertas,
que —¡Abre! ¡maldito!—gritaba.—
¡Abre! ¡que vengo por ella!—
Y Gregüela, de ira ciego,
decía:—¡Viciosa lepra!
¡Si es mi hija! ¡Si es mi hija!
¿Cómo queréis que os la venda?—

Y escucha el desventurado
clamores, ruegos, blafemias,
y el acento de Mañara,
que es lo que más le amedrenta.
—¡Vengo á salvarla!
—¡Mentira!

¿Vos salvarla?
—Oye, Gregüela;
oye ¡por piedad!
—¿Salvarla
el que sólo ruinas siembra...?
¡Os he servido diez años!
¡Conozco bien vuestras tretas!
¡Salvarla vos...! ¡Es mi hija!
¡Marchad, infame ralea!—

Y entre ruegos y amenazas,
imprecaciones y quejas,
ya la puerta se partía,
clavos saltando y fallevas.
Y entonces, transfigurándose
el semblante de Gregüela,
toma á la niña en sus brazos,
su frente virginal besa,
y corriendo á la ventana....

Lo que fué nadie lo acierta.
¡Oh! fué aquello horrible vértigo.

. . . .
. . . .
. . . .
. . . .

Mira las aguas serenas
del Betis, que en anchos círculos
tras de algo informe se cierran;
y después, tambaleándose,
corrió á la astillada puerta,
y al abrirla—¡Vengan todos!—
exclamó:—¡Vengan á verla!
¡Era mi hija! ¡mi hija!—
Y con rugir de pantera,
—¿Veníais á deshonrarla?—
grita á Mañara:—Pues ¡vedla!—
Y á la ventana arrastrándole,
un blanco objeto le muestra
que, como copo de espumas,

siguiendo va la marea.
—¡La ha seducido la Muerte!
¡Vedla—dice—vedla, vedla!—

XIII.

¡Soledad imponente y misteriosa!
La luna derramaba su fulgor.
El manso viento murmuraba leve
con vagarosa voz.

Allá, en Tablada, junto al claro río,
negra sombra, fantástica, se vé.
Congelado vapor, jirón de niebla,
vano espectro tal vez.

Algo espera sin duda, pues inquieto
con indecisos pasos viene y vá,
hasta que escucha de reloj lejano
doce golpes sonar.

Y, al extinguirse sus vibrantes ecos,
en Tablada se mira aparecer

otra sombra, que, rápida, camina
montada en un corcel.
Y los dos se encontraron, y ¡eran ellos!
El hermano de Ana, vengador,
y Miguel de Mañara, que una tumba
buscaba á su dolor.

—Puntual sois—dijo el hermano.—
Mañara exclamó:
—Á reñir,
y Dios sabe que morir
anhelo de vuestra mano.
—¡Á reñir!
—Ese es mi afán.—
Y brillaron dos espadas
como llamas que enlazadas
salen de hirviente volcán.
Cuando más la lid se aferra
Mañara un grito exhaló,

algo allá en el Betis vió
y cayó exánime en tierra.
Y Ossorio, tal vez creyendo
que estaba su honra vengada,
rápido huyó de Tablada
de su sino maldiciendo.
Y cuentan que al otro día
de nuevo á Flandes partió,
y que cual bueno murió
en aquella guerra impía.

XIV.

¿Es un rayo de luz, puro y fulgente,
del astro de la noche desprendido,
jirón de un arrebol desvanecido,
lo que tiembla del río en la corriente?
¿Es flor, acaso, del jardín del cielo,
que el ángel de los sueños trae en sus alas,

para prestar con su perfume y galas
suaves encantos al dormido suelo?

Tal vez es copo de nevada espuma,
crisálida que encierra alguna ondina;
es *algo* celestial lo que camina
de las aguas del río entre la bruma.

Es ángel, luz, capullo misterioso.
Es un sér virginal, es una estrella
caída en el Betis. ¡Caridad! ¡Es ella!
La humilde niña, el serafín hermoso.

Y parecen sus trenzas y su velo,
al flotar en las aguas cristalinas,
las alas de las raudas golondrinas
que besan á las ondas en su vuelo.

Y la luz que esplendente tornasola
del claro Betis la veloz corriente,
al reflejar sobre la blanca frente
de la niña, le ciñe una aureola.

Y las algas, desmayadas,
del hondo cauce salían
para hacer un canastillo
de ramas entretejidas,
donde cual suave capullo
de flor cándida y divina
descansaba el cuerpo virgen
de la inmaculada niña.
Las aguas llegan temblando,
y aquel cuerpo depositan
en el remanso más bello
que hay del río en las orillas.
Encontrado á su corriente
el aire, rápido riza
el agua, que al alejarse,
un momento detenida,
parece que para verla
retrocede fugitiva.

. . . .

. . . .

Mañara se alza del suelo.
La aparición le fascina.
Corre á ella, lanza un grito
y cae luego de rodillas.
Y pasaron muchas horas,
muchas horas ¡sin sentirlas!;
siempre Mañara llorando
con indecible fatiga;
siempre besando las plantas
de su amor y de su víctima.
Y le sorprende la aurora
en tan terrible agonía,
y así le mira la tarde,
y así la noche le mira.
Al levantarse del suelo
un cadáver parecía:
secos estaban sus ojos,
su cabeza encanecida.
Toma á la muerta en sus brazos
y á la ciudad se encamina;

y al verlo ¿cuál de los dos
es el cadáver? decían.

XIII.

Y pasó un mes, y otro luego,
y en Sevilla se notaba
que el diablo de ella faltaba
pues faltaba don Miguel.
Y las rezadoras viejas,
con su murmurar eterno,
decían que en el infierno
estaba oculto el doncel.

Mas un día, con asombro,
se le vió entrar en Sevilla,
y causó gran maravilla
lo que el vulgo en él notó.
Y fué que, al ver de San Jorge
la santa y humilde ermita,

con el ánima contrita
en ella, devoto, entró.

Y allí pasó muchas horas
sirviendo de extraño ejemplo;
que así estuviera en el templo
el endiablado galán.
Y vieron los sevillanos
que el mozo, al siguiente día,
sus riquezas consumía
levantando un Hospital.

. . . .

. . . .

¿Quién te libró del pecado?
El puro amor que sentiste,
y aquel entierro en que viste
hecho cenizas tu sér.
¡Amor y muerte en tu alma
hablaron con grave acento,
y Dios en tu pensamiento
hizo un sol resplandecer!

Y á su luz viste lo vano
de la humanal existencia,
y brotó de tu conciencia
la fuente de la verdad.
Y entonce hallaste en la muerte
la fiel compañera amiga
del hombre; la que mitiga
el dolor y la ansiedad.

¡Oh, muerte! Tú eres el dulce
ángel de paz y consuelo.
Tus alas tocan al cielo:
¡Por ellas se asciende á él!
¡Amor y muerte! Las fuerzas
más duras é incontrastables,
por modos inescrutables
te domeñaron, Miguel.

¡Mañara! ¡Feliz Mañara!
Si por amar delinquiste,
también por amor supiste
tabla hallar de salvación.

Amor incendió tu alma,
pero amor santo, sublime;
amor que lava y redime
el humano corazón.

Amor todo sacrificio,
todo abnegación bendita,
todo humildad infinita,
todo paz y todo luz.
Amor que su dulce fuego
del Dios del amor recibe....
¡Amor qne suspenso vive
en los brazos de su Cruz!

¡Oh, Mañara! En ese templo,
de santidad maravilla,
que, para prez de Sevilla,
quisiste á Dios consagrar,
halló el pobre honrado asilo,
y, de tu nombre en abono,
al Arte dieron un trono
Murillo y Valdés Leal.

Y del alcázar que al triste
desvalido fabricaste,
tú sólo te reservaste
un reducido confín:
un huerto donde tu mano
de ocho rosales cuidaba.
¡Hondo misterio encerraba
aquel humilde jardín!

Rosales que, cuando al soplo
del céfiro se mecían,
para Mañara tenían
ecos de vago dolor....
Cada rosal recordaba,
tristemente á su memoria,
amarga y llorada historia
de algún pecado de amor.

Y todas, todas las noches,
cuando con pena en el alma,
con no reprimido llanto

las suaves flores regaba,
en los espacios se oían,
canciones, rumor de alas....
Y en los rayos de la luna
ocho arcángeles bajaban
sobre los ocho rosales
que plantó el feliz Mañara.
¡Y eran ellas, si! Sus víctimas,
que, por enjugar sus lágrimas,
decían: «Dios te perdona»
y luego al cielo tornaban.

Han transcurrido dos siglos,
y aun los rosales se encuentran
cubiertos de hermosas flores
en la verde primavera.
Y cuando en la noche fría
el ánima á Dios entrega
algún anciano que muere
en «La Caridad,» resuenan

murmullos, batir de alas
por los aires.... y ¡son ellas
que bajan, quizás, por rosas
y almas, en cambio, se llevan!



NOTAS

EL TOQUE DE AGONIA

—(Pág. 19) ¡Aire, sol, cantos, aromas,
á él causáis tedio y horror!

Muy negro parecerá el retrato, pero era mucho más negro el original.

Todavía, después de treinta y tantos años, recuerdo con disgusto á una señora, amiga de mi familia. Padecía de la cruel enfermedad á que hago alusión en esta tradición sevillana.

Era la señora, á quien me refiero, alta y delgadísima.

Parecía un esqueleto.

Sus ojos eran grandes, negros y fríos, como el carbón de piedra.

Su boca marchita, de largos y descarnados dientes, amarillos y sucios, por absoluta falta de limpieza, exhalaba aliento hediondo.

En aquel aliento estaba siempre suspendida una plegaria, que volaba á Dios, pero que hubiera hecho retroceder á los hombres.

Sus manos de muerta, jamás habían acariciado las mejillas de un niño, ni quizas, habían curado las llagas de un enfermo, pero las yemas de los dedos habíanse encallecido á fuerza de repasar las cuentas del rosario.

Aquella mujer no tenía nada de femenino.

Á su lado una vestal hubiera parecido una bacante.

Su castidad, su pureza, su virginidad de alma y de cuerpo, eran inmanentes, inmarcesibles.

Aquella mujer á haberse casado, hubiera concebido como Júpiter.

Odiaba á la Naturaleza.

Yo creo que este odio profundo nacía de verla crear incesantemente.

Y en la generación encontraba aquella mujer un enorme pecado, y una repugnante asquerosidad.

Adoraba en Dios. Sólo en El.

El amor al hombre lo juzgaba como una aberración.

Dafnis y Cloe, Hero y Leandro, Romeo y Julieta, Isabel y Marsilla, eran para ella séres inverosímiles, irritantes.

Fuera de Dios nada debía de ser amado.

Pero... ¿cuál era su Dios?

Sin duda, Jehová.

Amando á Jehová le profesaba invencible miedo.

Temía no salvarse.

¡Y era una santa!

Pero su virtud era estéril, fría, congeladora.

De aquella mujer huían los niños.

Y ella se veía siempre perseguida por el demonio.

Para ahuyentarle, los cilicios, el ayuno, el rezo, el macerarse la carne que no tenía, y pensar sin tregua en los eternales suplicios del infierno.

Era la monomaniaca, una santa. Lo repito.

Estará sin duda en el Cielo.

Pero tengo la seguridad de que en la mansión de los justos, habrá evitado la compañía de María de Magdalo y Franco de Sena.

Entre las monomanías efectivas, figuran: La monomania religiosa caracterizada por una perversión ó exaltación patológica del sentimiento religioso. Cuando á esta exaltación se unen sentimientos exagerados de orgullo, alucinaciones, etc., y los enfermos se consideran profetas ó mesías, su delirio toma el nombre de teomanía.

Los teomaníacos pueden vivir años enteros con su delirio, y en esto difieren de los enajenados paralíticos, cuyo delirio suele ofrecer al principio el caracter de teomanía. La forma triste de la monomanía religiosa, pertenece á la lipemanía. El delirio mixto y ascético, impulsa quizás á cometer los actos más violentos é insensatos. —*Diccionario Enciclopédico Hispano-Americano.*

—(Pág. 53) palpita un corazón vivo
dentro del cuerpo de un muerto.

Líbreme Dios de que esta tradición sevillana pueda ser juzgada, por algún mal intencionado, como protesta á la vida monástica. No. Si Elvira desespera, Inés y todas sus compañeras bendicen y aman.

Elvira no nació para el claustro. Esto es todo.

Mis dos viejos, el tutor y el inquisidor, son dos hombres de bien. Creen hacer una buena obra.

Pudiera á todos los personajes de esta tradición poner sus verdaderos nombres.

Los conocí, viví algún tiempo con ellos.

Eran muy buenos, y, sin embargo.... ¡me espantaron!

—(Pág. 88) unos clamores
de desesperado anhelo.

Conserva la tradición alguna de las canciones que la triste y desesperada monja entonaba. He aquí uno de sus cantares que nos recuerda, por su estructura, aquellos

inarmónicos versos que el célebre autor de *Nõtre Dame de París* pone en boca de Quasimodo:

"Mi tutor me metió monja
sólo por gozar mi dote;
me metieron entre rejas
me vistieron de anascote
con este duro sayal.
. . . .
¡Cuánto mejor estuviera
en mi casa con mi esposo,
pariera y criara hijos
con regalo y con reposo."

LA ÚLTIMA AVENTURA DE DON MIGUEL DE MAÑARA

1–(Pág. 107) lobatones

Lobatón: *Germania.* El ladrón que hurta ovejas y carneros.

2–(Pág. 113) Es don Miguel de Mañara

En la *Breve relación de la muerte, vida y virtudes del venerable caballero D. Miguel Mañara Vicentelo de Leca,* reimpresa en Sevilla en 1874 se lee, como advertencia ó prólogo lo siguiente:

"Siendo muy raros los ejemplares que hoy existen de las dos ediciones que en los años de 1680 y de 1732 se impri-

mieron en esta Ciudad de la *Muerte, vida y virtudes del venerable caballero Don Miguel Mañara Vicentelo de Leca*, fundador del Hospital de la Santa Caridad de Sevilla, escrita por el Padre Maestro Juan de Cárdenas, de la Compañía de Jesús, única relación fiel, verdadera y comprobada con el testimonio de varios de sus contemporáneos, la Hermandad, vista la repetición con que escritores y poetas, siguiendo una tradición, aunque popular, errónea, pintan la juventud de este ilustre sevillano, honra de su patria y ejemplo de caridad ardientísima, de una manera más poética que real, y procurando evitar que la opinión se extravíe, acordó en Cabildo celebrado el 12 de Abril de 1874 dar comisión al Sr. D. Miguel de Carvajal y Mendieta, su Hermano Mayor, para que lleve á término esta nueva y tercera edición que, respetando su origen y el espíritu de aquel tiempo, se imprime en un todo literalmente conforme con las dos anteriores."

Confieso, ingenuamente, que de esta advertencia me toca no pequeña parte. Cuando se publicó ya andaba en manos sevillanas mi "*Don Miguel de Mañara*", leyenda que tuvo la bondad de premiarme la Real Academia de Buenas Letras de esta Ciudad; y ya también había sido aplaudida en el teatro de San Fernando aquellos "*Rosales de Mañara*" que en Madrid, en el teatro de la Zarzuela, fueron silbados estrepitosamente.

Sin embargo de la dicha piadosísima advertencia volví en 1875 á reimprimir mi leyenda "*Don Miguel de Mañara*", y la anoté en esta forma:

Mucho es lo que se ha hablado de este célebre personaje. He aquí la que el P. Cárdenas, cita como única aventura:

"Estando en Sevilla, dice el citado escritor, le enviaron de fuera un regalo de unos jamones, y porque el portador no traía los despachos acostumbrados para la satis-

facción de los derechos reales, detuviéronselos en la Aduana. Fueron á darle noticias de que se los habían descaminado. Estava todavía tocado de la vanidad, y embraveciòse porque no le tenían las atenciones que su persona merecía. Salió de casa irritado de cólera para dar á entender á los Ministros la descortesía que se usaba con él, y para quitarles la presa de las manos, fiado en la autoridad de su persona. Pocos pasos había dado en la calle, cuando le asistió el Señor con una grande luz en su entendimiento y le pareció que le decían interiormente: "¿A donde vas con toda esa soberbia, siendo un poco de polvo y ceniza?"

En cambio el ilustre escritor francés, D. Antonio de Latour, dice:

"La jeunesse de Miguel de Mañara fut orageuse; mais les historiens de sa vie, si pieusement minutieux pour tout ce qui concerne ses bonnes œuvres, ce qui s'explique de soi-méme et par les monuments que ses vertus ont laissés aprés lui, gardent un silence presque complet sur les égarements de ses jeunes années."

Y en otro sitio, después de contar las aventuras fantásticas, con las que le adorna la tradición, dice:

"Toutes ces menaces de la divine misericorde ont un trait commum. Partout c'est la mort qui est en scéne, c'est la mort qui avertit le pécheur. Toutes ces visions se ressemblent en ce point, et, dans leur forte couleur, elles préparent aux pages énergiques inspirées, plus tard á Mañara par la grande image de la mort. Que faut-il penser de ces visions en elles mémes? question vaine, car, á supposer méme qu'on n' y vit que des songes évoqués par le remords, et pendant un sommeil orageux dans l'áme du pécheur intérieurement averti, faudrait-il pourcela écarter de ces drames fantastiques la supréme misesicorde et y méconnaitre le doigt de Dieu?

"Quoi qu'il en soit, Miguel de Mañara était sorti de sa maí-

son encore un libertin, il y rentra non encore un saint, mais déjá un honnete homme selon Dieu. A dater de ce moment, son nom cesse d'étre mélé, aux récits scandaleux qui courent la ville et contristent les ámes pienses. Il ne sortit de cette paix qui se fit tout á coup autour de sa demeure que pour se marier."

Y el mismo Mañara, con la humildad de un santo, exclama en su piadoso *Discurso de la verdad:*

"Durante más de treinta años he servido á Babilonia y sus vicios, y he bebido en la copa de sus deleites."

La tradición ha tomado, quizás erróneamente, vicios y virtudes, ha creado un tipo poético, pero tal vez ha contribuído á descarriar la pública opinión sobre el carácter y vida del Santo fundador de la Caridad; pero perdonemos á la tradición, porque ella, lejos de amenguar el valor de Mañara, lo ha realzado poderosamente, que tanto vale la hermosa cortesana Magdalena, llorando á los pies de Cristo, arrepentida, que Marta virtuosa recibiendo en su casa al Divino Maestro. El pueblo de Sevilla no olvidará jamás la calle del Ataud, donde supone vió don Miguel su propio entierro, pero tampoco dejará de arrodillarse junto á la tumba del caballero, esclavo de los pobres y ejemplo de ardiente caridad. ¡Cómo oponerse á la tradición! ¡Cómo oponerse á que el vulgo cuente las hazañas del aventurero, y al par adore y rece al que creo debe ser santo. Yo debo confesar, que sólo he escrito con placer las páginas que publican sus virtudes."

Y ahora, corregida y aumentada, vuelvo á dar al público la tradición que no podía faltar en esta obra.

¿He hecho mal?

Tendré, si se quiere, viciada la conciencia; pero es lo cierto que no me remuerde por adornar al santo fundador del Hospital de la Caridad con aventuras que no serán

suyas indudablemente, pero que en manera alguna pueden menoscabar su nombre.

Y he de ser totalmente franco: entre sentir amores ó rabia por el decomiso de unos jamones, yo, en honor del ilustre sevillano, aténgome á lo primero.

¿Quién no prefiere á los jamones, las jamonas?

No quiero ahondar en el asunto. Podría defender mi obcecación con citas del mismo PADRE CÁRDENAS y con el *Discurso de la verdad* pero no creo que ésto sea ahora pertinente.

Un eximio escritor hispalense, amigo mío, el Sr. D. Joaquín Hazañas y la Rua, dice en su admirable estudio sobre el "*Génesis y desarrollo de la leyenda de D. Juan Tenorio*".

"Dumas desposeyó á D. Juan del apellido Tenorio que de acuerdo con la tradición le habían dado todos los escritores, y amalgamando algo de su carácter con el falso y fantaseado recuerdo del venerable D. Miguel Mañara: escribió una obra extraña, atropellando la historia y manchando la memoria de aquel varón insigne en virtudes, tarea en que ya no extraños, sino naturales, le han ayudado, cuidándose poco de distinguir la leyenda tradicional verdadera, de la falsa conseja.

Y más adelante, refiriéndose al autor desconocido de "*Don Juan Tenorio, leyenda tradicional*" impreso en Sevilla sin año, pero seguramente entre 1850 y 1860 por un impresor de romances, dice el Sr. Hazañas: "D. Juan después del convite, es llevado por el Comendador á la ciudad de los muertos, donde contempla á todas sus víctimas. Vuelve á la tierra, hace testamento, lega sus bienes al Hospital de la Caridad de Sevilla—eterna y no disculpable manía de unir dos vidas tan opuestas como las de Mañara y Tenorio—y retirándose al monasterio de Yuste, toma el nombre de "Juan de la Penitencia."

No tengo yo que hacerla por el pecado de confundir á D. Miguel con D. Juan en el prólogo que puse á mi

"*D. Miguel de Mañara*" en 1873, y que volví á publicar en 1875, se pueden leer estos versos:

El vulgo anhelando ver
mil aventuras extrañas,
y fantásticas hazañas
de valor y de poder,
quiso, con afán notorio,
sólo en un hombre encerrar
todo escándalo, y crear
un nombre: Don Juan Tenorio.
Y el vulgo, en esta ocasión,
forjó á la historia eslabones
para unir mil tradiciones
sólo en una tradición.
Pero su indiscreto afán
á la duda abrió la puerta,
y hay persona que no acierta
quién es Mañara ó Don Juan.
No sé cómo en tal empeño
y confusión hay quien ande
siendo Mañara tan grande
y Tenorio tan pequeño.
Éste, mito ó realidad,
nada dejó tras su huella;
tiene aquél su historia bella
escrita en *La Caridad.*

El mismo Sr. Hazañas, que, indudablemente, ha sido el más celoso y constante defensor de la impecabilidad del venerable fundador del Hospital de la Caridad, de Sevilla, escribía en *El Porvenir*, con motivo de la publicación de "*Menudencias épicas*":

"Una leyenda forjada por los *cultos*, no por el pueblo, ha hecho de aquel modelo de virtudes que se llamó don

Miguel Mañara, un segundo Tenorio, atribuyéndole una porción de hechos que, cierto no menguarían su fama de santidad, si los hubiese cometido, pues su ejemplarísima vida habría bastado á borrarlos, pero que no pueden atribuírsele á creer al P. Cárdenas su biógrafo y contemporáneo, y los antecedentes de su causa de beatificación.

"Han confundido unos á Mañara, con el legendario Tenorio, como hizo Dumas; otros acaso, como opina un amigo mío, con Vázquez de Leca, por lo parecido de este apellido con el de Vicentelo de Leca, que llevó en segundo lugar el insigne restaurador de la Caridad; pero todos han desfigurado el personaje y han arrojado manchas sobre su venerable memoria."

Repito que si supiera, en conciencia, que con mis pobres versos causaba ó podía causar el más leve detrimento á la fama del gran sevillano, veces mil los hubiera arrojado al fuego y no se hubiera ciertamente perdido mucho.

No sé si esta tradición será forjada por los *cultos*. Pero yo de labios del pueblo la oí, y en el pueblo vive, y el pueblo la repetirá.

En cuanto á la confusión que entre los sevillanos Tenorio, Mañara y Vázquez de Leca observa el erudito escritor Sr. Hazañas, tengo mi opinión, humilde por ser mía, y que apunto con timidez.

¿Será por *La imagen de la Muerte* por lo que el vulgo y los poetas, más que el vulgo, confunden á estos tres personajes?

Tenorio ve su entierro, Vázquez de Leca un esqueleto en la mujer que deseaba, y Mañara en su mocedad, antes que se hubiera recogido á vida ajustada, le sucedió que "yendo una noche por la calle que llaman del Ataud, en esta ciudad de Sevilla, sintió que le dieron un golpe en el cerebro, tan recio, que lo derribó en tierra, y al mismo punto oyó una voz que dijo: "Traigan el ataud, que

ya está muerto." Levantóse turbado y fuera de sí, con que no se atrevió á proseguir su camino, y volvió atrás, y después supo que en la casa adonde iba estaban aguardándole para matarle; con que reconoció que el golpe había sido de la mano de Dios, y que el aviso había sido del Cielo, y uno y otro ordenádolo la Providencia Divina para librarlo de la muerte que infaliblemente le aguardaba."

(*Breve relación de la muerte, vida y virtudes del venerable caballero D. Miguel Mañara, por el* P. JUAN DE CÁRDENAS).

Y, permítame el ya tantas veces, justamente citado señor Hazañas, que, para que este libro mío tenga algo bueno, copie lo que de estos entierros fantásticos dice en su excelente folleto "*Génesis y desarrollo de la leyenda de D. Juan Tenorio*," trabajo premiado por el Ateneo y Sociedad de Excursiones de Sevilla, en el Certamen de 1893.

"Esta tradición del caballero que ve su entierro, no es tampoco nueva en nuestra literatura, y algún día escribiremos de ella tan largo cuanto su mucho interés requiere. Ya en el siglo XVI, en 1570, imprimía en Salamanca Antonio de Torquemada, su *Jardín de flores curiosas*, joya de nuestra literatura, en la que se cuenta entre varias historias la siguiente:

"Y de estas es una la que sucedio á un caballero en nuestra España, que por ser en infamia y perjuicio suyo, y de un monasterio de religiosas, no dire el nombre dél, ni tampoco del pueblo donde acontecio, y fue, que este caballero, siendo muy rico y muy principal, trataba amores con una monja la cual para poderse ver con él, le dijo que hiziese unas llaves conformes á las que tenian las puertas de la iglesia, y que ella tambien haria de manera que por un torno que habia para el servicio de la Sacristía, y otras cosas, pudiese salir donde

ambos podrian cumplir ilicitos y abominables deseos; él caballero, muy contento de lo que estaba ordenado, hizo hacer dos llaves, una para una puerta que estaba en un portal grande de la iglesia y otra para la puerta de mesma iglesia; y porque el monasterio estaba algo lexos del pueblo, él se fue al medio de una noche que hazia muy escura, en un caballo, sin llevar ninguna compañia, porque se negocio fuese mas secreto, y dexando arrendado el caballo en cierta parte conveniente, se fue al monasterio, y en habriendo la primera puerta vio que la de la iglesia estaba abierta, y que dentro había una gran claridad de hachas y velas encendidas, y que sonaban vozes como de personas que estaban cantando y haciendo el officio de defuncto: él se espanto, y se llego á ver lo que era, y mirando á todas partes vio la iglesia llena de frailes y clerigos, que eran los que estaban cantando aquellas obsequias, y en medio de sí tenian un tumulo muy alto cubierto de luto y al rededor dél estaba muy gran cantidad de cera que ardia, y asi mesmo los frailes y clerigos, y otras personas que con ellos estaban, tenian en las manos sus velas encendidas; y de lo que mayor espanto recibio fué de que no conocia á ninguno, y despues de haber estado un buen rato mirando, llegose cerca de unos de los clerigos y preguntole que quien era aquel defuncto por quien se hacian aquellas honras, y el clerigo le respondío que se habia muerto un caballero que se llamaba...., nombrando el mesmo nombre que el tenía. y que le estaban haciendo el entierro; el caballero se río, respondiendole: Ese caballero vivo es, y asi vos os engañaís; el clerigo le torno á decir: Mas engañado estais vos, porque cierto, el es muerto, y esta aqui para sepultarse; y el torno á su canto. El caballero, muy confuso de lo que le habia dicho se llego á otro, al qual hizo la mesma pregunta y le respondio lo mesmo affirmandole tan de veras que le

hizo quedar muy espantado, y sin esperar mas se salio de la iglesia, y cabalgado en su caballo se comenzo á volver para su casa, y no ovo dado la vuelta cuando dos mastines, muy grandes y muy negros, le comenzaron á acompañar uno de una parte y otro de la otra y por mucho que hizo y los amenazo con la espada no quisieron partirse de él hasta que llego á su puerta, á donde se apeo, y entro dentro: y saliendo sus criados y servidores que le estaban esperando se maravillaron de verle venir tan demudado y la color tan perdida; entendiendo que le habia acaecido alguna cosa, se lo preguntaron, persuadiendole con gran insistencia que se lo dixesse. El caballero se lo fue contando todo particularmente, hasta entrar en su camara donde, acabando de decir todo lo que avia pasado, entraron los dos mastínes negros, y dando salto en él le hizieron pedazos y le quitaron la vida, sin que pudiese ser socorrido, y assí salío verdad lo de las obsequias que en vida le estaban haziendo."

"En el siglo siguiente, en 1658, Cristóbal Lozano en su obra "*Los Monjes de Guadalupe, Soledades de la vida y desengaño del mundo*" inserta la popular leyenda del estudiante cordobés Lisardo, que, después de una vida accidentada llena de tropiezos y dificultades, tiene que salir huyendo y se refugió en Salamanca, cursando Leyes en su famosa Universidad. En aquella ciudad entra en amoríos con Teodora, próxima á profesar en un convento y una noche al salir de casa de su amada recibe un aviso de la Providencia que le dice: *Lisardo, aquí han de matar á un hombre, repara en lo que haces y mira cómo vives*, que sobrecoge al mancebo mas no le hace cambiar de vida.

"Después de haber pasado Teodora de su casa al convento, convienen los amantes en que una noche entrará Lisardo en la celda de la religiosa y al dirigirse el estudiante hacia el convento la noche convenida, siente confuso

tropel de gente, oye que dicen: *Lisardo es, matadle* y que repiten todos: *muera, muera;* al tiempo que una voz lastimera exclamaba *¡ay que me han muerto!* Sale del escondite donde al sentir ruido se refugiara, tropieza con el cadáver pero loco sigue, encuentra un entierro y penetra tras él la iglesia del convento; pregunta á los cantores quién es el muerto, y escucha: *Este es Lisardo el estudiante, Lisardo el de Córdoba, que vos conoceis como vos mismo.* Y el mancebo se palpa y se cree vivo, y oye al mismo tiempo, el doble de las campanas y los cánticos funerales y cae sin sentido en tierra.

"Un autor anónimo puso en dos interesantísimos romances vulgares, que más tarde insertó Durán en su romancero, esta curiosa historia, y allí, como en el libro citado de donde está tomada, se supone contado por el mismo Lisardo, quien en el romance describe así su segunda visión:

Y ví pasar en dos líneas
Un grande acompañamiento
De eclesiásticos que iban
Puesto de sobrepelices,
Con sus hachas encendidas,
Con su cruz y manga negra,
Delante y no conocía
Yo á ninguno, con ir tantos
De facciones tan distintas.
Ví á la postre que llevaban
Entre cuatro, ¡qué fatiga!
A un difunto en un pavés
O féretro, y cubierto iba
Con una bayeta negra.

Y ya una vez en la iglesia del Monasterio dice:

Con recato y cortesía
Le pregunté al más cercano

De los cantores que había,
Que quién era aquel difunto
Y dió un suspiro y decía
Es Lisardo el estudiante.

Este mismo Lisardo presenta en esta leyenda otros muchos puntos de semejanza con Tenorio; pero narración genuinamente española, nos dice más adelante, que esos acompañantes del entierro y esos cantores del funeral son almas del Purgatorio, que, ayudadas y asistidas por las oraciones y limosnas del estudiante han venido á corresponderle, rogando á Dios porque está su alma en duda de salvación, y Lisardo se arrepiente de su vida pecadora, reparte su caudal y se retira á hacer penitencia, como D. Gil el protagonista de "*El Esclavo del Demonio*" de Mira de Mescua, y tantos otros héroes de los que nos presenta nuestra rica literatura, y acaba su vida en el Monasterio de Guadalupe. También este tipo de Lisardo el estudiante aparece con variantes en *El Estudiante de Salamanca* de Espronceda y en *El Capitán Montoya* del mismo Zorrilla.

En el teatro español aparece esta tradición del hombre vivo que ve su entierro, con el gran Lope de Vega, en su comedia *El vaso de elección, San Pablo*, que inédita hasta nuestros días, acaba de ser publicada en el tomo III de las obras del gran dramático, monumento que bajo la dirección del Sr. Menéndez Pelayo está levantando la Real Academia Española al *Fénix de los ingenios castellanos.*"



ERRATAS

DICE	LÉASE
Pág. 16.—Verso 5.	
monómano religioso:	asceta monomaniaco:
Pág. 37.—Verso 7.	
virtud, deber, amor, conciencia, ¡todo!	virtud, deber, honor, conciencia, ¡todo!
Pág. 47.—Verso 2.	
agobiada de su cruz	agobiador de su cruz
Pág. 68.—Verso 5.	
¿Podré cortar los espantosos lazos	—¿Podré cortar los espantosos lazos
Pág. 68.—Verso 7.	
—Podré romper los hierros de mi cárcel?	¿Podré romper los hierros de mi cárcel?
Pág. 73.—Verso 10.	
que pueblan el verde otero.	que pueblan el sacro otero.
Pág. 76.—Verso 12.	
—¡Yo un pestiño!	—¡Yo un pestiño!—
Pág. 80.—Versa 17.	
lo que es el hogar, por tí.	lo que es el hogar, por tí.—
Pág. 82.—Verso 8.	
¡tú, que sin vida me dejas!	¡tú, que sin vida me dejas.—
Pág. 121.—Verso 10.	
de casa de mancebía.	de casa de mancebía.—
Pág. 128.—Verso 1.	
y por hermosa un doblón.	y por hermosa un doblón.—

Pag. 130.—Verso 9.	
tanto y también se animó,	tanto y tan bien se animó,
Pág. 147.—Verso 11.	
—¿Qué os parece? ¡Por Dios vivo!	¿Qué os parece? —¡Por Dios vivo!
Pág. 152.—Verso 8.	
Es flor: al sol amó y al sol la seca.	Es flor: al sol amó, y el sol la seca.
Pág. 152.—Verso 10.	
se miran titilar, y entre las nieblas	se ven resplandecer y entre las nieblas
Pág. 154.—Verso 9.	
Para tu horrible mal habrá remedios....?	Para tu horrible mal habrá remedios.
Pág. 154.—Verso 13.	
¡Buen médico es Amor!	¡Buen médico es Amor!—
Pág. 170.—Verso 1.	
—¿Dónde habita la joven? —Si. —¿Le dijiste....?	—¿Dónde habita la jóven? Si —Le dijiste....?
Pág. 190.—Verso 9.	
que vieron y escucharon los nacidos!	que vieron y escucharon los nacidos!—

TRADICIONES SEVILLANAS

Esta obra se publica bajo la protección del Excmo. Ayuntamiento de Sevilla.

Sevilla 1897.—Tip. de Francisco de P. Díaz, Gavidia 6

CANO Y CUETO

TRADICIONES SEVILLANAS

VIII.

EL ABISMO

TOMO PRIMERO

DIBUJOS DE SALVADOR CLEMENTE

ADMINISTRACIÓN

FERNANDO FÉ
arrera de S. Jerónimo, 2

VICTORIANO SUÁREZ
Preciados, 48

MADRID

AL SR. D. JOSÉ BERMÚDEZ REINA,

Y Á LOS SRES.

D. José de Vargas Machuca, D. Miguel Corona, don Joaquín Campos Palacios, D. Manuel Héctor Abreu, don Rafael Fernández-Grilo, D. Emilio Jimeno de Ramón, D. José Enrique Roncales †, D. Pedro de Celis Moreno, D. José María Ternero, D. Trinidad del Rey, D. José López de Rueda, D. Agripino Povedano †, D. José Luís Arredondo, D. Manuel Valenzuela †, D. Francisco Ambrosio del Campo, D. Manuel Hoyuela, D. Rafael Herrera Robles, D. Javier Lasso de la Vega, D. José Morales Roldán y D. Miguel Merino, en testimonio de gratitud,

EL AUTOR.

EL ABISMO

On commence par être dupe,
On finit par être fripon.
Mad. Deshoulieres.

Á MI HIJO

Eres mi orgullo, mi consuelo, mi esperanza. Pensando en tí, cuando eras muy niño, escribí este libro, pero no te hace falta, gracias á Dios, su enseñanza. Eres modelo de pundonor y caballerosidad. Tú sabes que para ser virtuoso es preciso ser fuerte; y que la falta de carácter, la debilidad, la anemia de alma, son fuentes de desventura.

Eres muy bueno y Dios te protejerá.

PRÓLOGO



I.

Pobre estancia; débil luz;
lecho ruín; una mujer
que, al morir, todo su sér
pone en brazos de una Cruz

que oprime con gran fervor;
y del triste lecho al lado,
joven y apuesto soldado
sumido en hondo sopor.

¡Muerte y sueño! ¡Sombra y frío!
Y ya en la tiniebla hundida

la cadena de una vida,
que se rompe en lo vacío.

La mujer la Cruz oprime;
la besa, llanto derrama,
y, mirando al mozo, exclama:
—¡Oh, Jesùs, en mí reprime
el gemir que me sofoca!
¡Fortalece mi albedrío!
¡Haz que del secreto impío
no exhale un eco mi boca!

¡Ay, si llego á hablar! Si cedo
al deber, qué atroz sufrir
cuando él me escuche decir
con dolor, vergüenza y miedo,
y frente á la Eternidad,
donde todo engaño expira,
que fué piedad la mentira
que ocultó amarga verdad.

¿Hacerle tal confesión...?
¿Podré convertir mi acento

en implacable tormento
de ese pobre corazón?
¡No! ¡no! La voz maternal
no ha de vibrar en su oido
con el crispante sonido
que hace al herir el puñal.
Penas, rencores, agravios,
callaré, aunque mal me cuadre;
que sólo puede una madre
tener besos en los labios.
¡Callaré! No en mi agonía
oiré, entre horrible delirio,
los gritos de su martirio,
ni veré que, en lucha impía,
atendiendo á sus enojos,
de su alma me destierra,
y que, al morir, no me cierra
con tierna piedad los ojos.
¡Callaré! ¡Qué frenesí!
¿Qué pretendo con callar?

Si llega el sepulcro á hablar,
¿qué vas á pensar de mí?

Y si la duda en tí prende
y exacerba tu egoismo,
¿quién, entonces, de tí mismo
me disculpa y me defiende?

¿Quién, cuando vaya rodando
tu agitado pensamiento
por las tinieblas que el viento
de la duda irá cerrando,

te dirá que te adoré
mucho más que te ofendí;
que tu sér no presentí;
que engaño mi culpa fué?

¡Ah, Paolo, mi hijo, mi vida!
¡Debo decírtelo todo!
Mas.... ¿he de manchar con lodo
mis besos de despedida?

¡No! ¡Dadme fuerzas, Señor!
Dadme aliento, y que mi mano

trocar pueda en humo vano
las cenizas de mi honor.
¡Todo al fuego! Destruidas
quedarán tristes historias,
y en el olvido memorias
de ilusiones fementidas.

. . . .

Lanzóse del lecho. Al ruido
el soldado despertose,
y, al ver á su madre, alzóse
de temor sobrecogido.
La mujer, forcejeando
con Paolo, mudo de pena,
llegó á una ruín alhacena
que abrió afanosa y temblando;
y sacó un cofre pequeño,
y lo estrechó tan sin calma,
que pareció que en el alma
era esconderlo su empeño.
Él quiso el cofre arrancar;

ella agarrotó sus brazos;
él pretendió aquellos lazos
romper; ella ansió gritar;
  él, en lágrimas deshecho,
suplicaba; ella no oía;
ir hacia el fuego quería;
él la empujaba hacia el lecho;
  mas, en atroz convulsión,
cayó ella en tierra, apretando
el cofrecillo y gritando:
—¡Hijo del alma! ¡perdón!
  Quedóse rígida, inerte;
y él, con vértigo infernal,
arrancó el cofre fatal
de los brazos de la Muerte.

II

¡Con qué crispada mano
el cofrecillo abrió! Marchitas flores
sin color, sin aroma, aparecieron.
Late entre polvo pavoroso arcano.
Las contempló con pena y con sonrojos,
las cogió con furor, y, hechas mil trizas,
sobre el helado seno de la muerta
cayeron revolando los despojos.
Toda quedó cubierta
de flores que ya son leves cenizas.
¡Ay, el cofre! ¡En qué espacio tan pequeño
yacen extintos placenteros años!
¡Qué sepulcro tan breve á tanto sueño!
Ilusiones, venturas, desengaños,
todo allí el tiempo unió. ¡Todo! Y de suerte
que la secreta historia de una vida

con misteriosa voz cuenta la Muerte.
¡Oh, terribles instantes! Si metía
dentro del cofre la convulsa mano,
y con anhelo insano
y torpe atrevimiento, decidía
leer las abiertas cartas que miraba,
con terror y ansiedad, cartas traidoras
en que todo el pasado se animaba,
cartas de sus anhelos tentadoras,
¡qué lleno de dolor y angustia fiera,
qué lleno de sonrojos,
la sierpe de la infamia traicionera
le entraría en el alma por los ojos!
¿Aquel maldito afan no merecía
castigo tan atroz? Filial respeto
obliga al hijo honrado, áun en su mengüa,
á conservar incólume el secreto
que su madre guardó. ¡Ay, si demente
daba á aquellos papeles voz y lengüa,
tal vez cieno escupieran á su frente!

—¡Madre! ¡madre!—gritó.—Mira la lucha
tenaz que embarga el pensamiento mío.
Yo ante tu cuerpo frío
¿puedo dudar de tí? ¡Madre adorada,
mi amargo acento escucha!—

. . . .

Y levantóse rápido, cayendo
al lado de la muerta, de rodillas,
su yerta faz dejándola bañada
con el llanto que inunda sus mejillas.
Y lanzando sollozos y alaridos,
presa de angustia loca,
la besaba con besos de gemidos,
y olvidaba sus dudas, sus agravios,
cuando una seca flor rozó su boca
y el polvo frio le abrasó los labios.
—¡Impetró mi perdón! Toda su vida
reconcentró, al morir, para impedirme
que tocara á esa caja maldecida—
gritó con voz de rabia y de lamento.

—¡Quiero arrojarla al fuego! ¡Voy á hundirme
en el volcán terrible que ella guarda!
¡Flores, cintas, papeles...! ¡no sois humo!
¡No sois humo! ¡Ay, de mí! ¡Crudo tormento!
Quiero ¡infeliz! que mi cerebro arda
en el fuego horroroso que presumo
que ahí late oculto con traidor intento.
Voz implacable, con afán, me grita
que entre sombras y engaños he vivido.
¡Yo anhelo la verdad, aunque maldita
me aterre con su voz hecha rujido!—

III

Y trémulo y palpitante
dejó á la muerta en el lecho,
encima volcando el cofre
que guarda tristes secretos.
Cayeron cartas y cintas,

en montón, sobre los lienzos,
que, por cubrir á un cadáver,
semejan fúnebres velos.
La luz, que á espaldas de Paolo
lanza oscilantes reflejos,
dibuja dos sombras negras
en el tabique frontero.
La una rígida, medrosa,
muy larga y sin movimiento,
y en la tétrica postura
que tiene el descanso eterno.
La otra, á sus pies, alargándose
y deprimiéndose luego
y sin tregua variando
de informes trazos siniestros.
¡Sombra terrible! Parece
aborto de los infiernos:
un monstruo lleno de vida
sentado á los pies de un muerto.
Allí, en espacio muy breve,

se ven horrores diversos.
La muerte con su reposo,
la vida con sus anhelos.
Junto á un martirio que acaba,
el nacer de otro tormento.
Un lecho, que los amores
hollaron con dulces juegos,
en ataud convertido
y de un sudario cubierto.
Unas flores ya marchitas,
cintas que ya son de duelos,
cartas quc causaron gozos
y ahora causan llanto y miedo....
Una madre ya sin alma,
un hijo ya sin consuelo;
en una sombra la nieve,
en la otra sombra el incendio;
horribles larvas brotando
de los eternales sueños,
y un vivo que está sin calma

ambicionando el silencio
de la Eternidad, do nunca
resuenan lúgubres ecos
de deshonra. El triste Paolo,
lloroso y airado y trémulo,
leía con hiel en la lengua
y brasas los ojos hechos,
¡infeliz! aquellas cartas
trocadas en libro abierto
de historias, que nunca un hijo
llega á repetir sereno.

«Á tí, genovesa mía,
(el pobre mozo leía),
»á tí, mi único tesoro,
»á tí, mi única alegría,
»imán de mi amor... ¡te adoro!

»Te adoro. Juntos los dos
»la vida hemos de cruzar,
»porque yo iré de tí en pos,
»como el río va á la mar,

»y como el alma va á Dios.
»Tú eres mi vida y mi calma.
«Tú el sol de mi juventud.
»Tú mi anhelo. Tú la palma
»que espera con inquietud
»por toda gloria mi alma.
»Te adoré cuando te ví,
»y tan ciego te adoré,
»que toda el alma te dí;
»y pues ya es tuya, no sé
»qué va á ser de mí sin tí.»—
Esto, con rubor, leía
el soldado, y arrugaba
la carta, y al par decía:
—¡Qué dulcemente la amaba!
ó ¡qué bien se lo fingía!—
Y siguió leyendo:
«Altar
»eres tú, mi alma su incienso;
»Te escribo sobre la mar....

»y más que la mar, inmenso
»es el amor de tu

Alvar.»

. . . .

¡Alvár! Su nombre. En sus letras
toma vida el mudo espectro
que le abruma, que le embarga
el alma y el pensamiento.
¡Alvar! Es un nombre, un ritmo
vaga nota, leve acento,
huella perdida en la arena,
de un sér humano recuerdo.
¿Quién sería...? ¿Fiel y noble
no mintió en sus juramentos,
ú ocultó traidor y astuto
entre la miel el veneno?
¿Le amó su madre...? Su rostro
tiñóse en color bermejo,
pues halló crudas respuestas
estos renglones leyendo.

«Alvar, me pides mi honor,
»único bien que poseo.
«¡Tén piedad! No con rigor
»tu juvenil devaneo
»cenizas haga el amor
»en la hoguera del deseo.
»Yo en tí creo;
»mas tus afanes, Alvar,
»me amedrentan, pues no sé
»cual se puede conservar
»la estimación sin la fé,
»ni cómo se puede amar
»á quien sin honra se cree.
»¿Yo ¡ay! podré
»causarte penas ó enojos?
«¿Yo á tí, dulce ídolo mío?
»Á tus plantas y de hinojos
»te he entregado mi albedrío,
»mas de amor no hagas sonrojos
»ni de pasión desvarío.»

¡Desdichada!—exclamó Paolo.—
¡Cuál le amaste! ¡Con qué ruegos
pediste al que te rendía
no te robara el sosiego!
¡Cómo adivino tus llantos,
tus plegarias, tus desvelos,
y contemplar el peligro,
y al par amarlo y temerlo!
¿Fué inútil todo...? ¡Ay, Dios santo!
mi sér me lo está diciendo.
¡Alvar!... Ese nombre zumba
en mí con horrible estrépito.
¡Me ensordece! ¡Ay, ese nombre
luz es rayo, voz es trueno!
¡Ay, madre, que no pudiste
soñar, en los placenteros
instantes en que estas letras
grabaste, con pulso incierto,
que un hijo con llanto y susto
las leyera con el tiempo.

Pero esta carta... ¡qué loco!
¿Por qué yo de tí me quejo?
¡Si eres pura! ¡Si suplicas
por tu honor! Si todo el cielo
de tu corazón se adora
en tus candorosos miedos.
Antes las dudas me ahogaban,
ahora las verdades temo.
¡Ay, de mí, que ya ha salido
de este cofre, antro siniestro,
la sierpe que ha de morderme
eternamente en el pecho!
¡Alvar! ¡Humo, sombra, niebla;
y humo y sombra, horror y peso.
¡Cuál me aterra oir al fantasma
hablarme desde tan lejos!

»Sí; la flor de tu pureza
»fué por mi anhelo cogida,
»pero al verte á mí rendida
»cobró mi amor fortaleza.

»Y, pues siempre te he de amar,
»y tuyo solo he de ser,
»no envenenes el placer
»con importuno llorar.

»No amargues los embelesos
»de mi pasión con enojos,
»poniendo llanto en tus ojos
»y acerba hiel en tus besos.

»No la dicha haga pedazos
»el temor, ni en tu delirio
»formes potro de martirio
»de la opresión de tus brazos.»
Y Paolo, lleno de angustia,
muy fuerte se oprime el seno,
cual si el corazón sintiera
que se le salta deshecho.
Ruedan abundantes lágrimas
por su semblante, que hielo
semeja, y luego se muda
en carmín y en vivo fuego.

Su madre... ¡ay sí! ¡desdichado!
¡Qué terribles pensamientos
le asaltan de aquel cadáver
al ver el helado seno!
¡Cómo entonces reconstruye
la historia de los momentos
del deshonor! Vé á su madre
clemencia en vano pidiendo,
virtud y honor pregonando
para animar sus esfuerzos.
Y él, Alvar, aprisionándola
entre sus brazos; con besos
dementando sus sentidos;
y apelando al llanto, al ruego,
á la invencible amenaza
de ausencia y de olvido eternos;
y ella turbada, demente,
los ojos turbios y secos
los labios, hundida en sombras,
llena de esperanza y miedo,

y cada vez en la lucha
más débil; y entre lamentos,
y entre angustias y sollozos,
y á Dios y al mundo temiendo,
mirando risas de triunfo
y estertores de deseos.
¡Ay, también él cae vencido
ante el fantasma tremendo!
¡Alvar...! No es un nombre vano.
Aquel formidable espectro,
si estimación no le ruega,
sabe imponerle respeto.
¿Fué su padre...? ¡Cómo pudo
dudar! ¡Qué agravio tan fiero
supone esta horrible duda
al nacer de un vencimiento!
Las insensatas sospechas
estas letras destruyeron:

»Á ser madre voy, Alvar.
»Cese tu inclemente olvido.
»No sin honra me abandones.
»¡Dame paz, nombre á tu hijo!
»Ve que estoy desamparada;
»que por tu amor he perdido
»familia, hogar; que no tengo
»calma, consuelo ni auxilio.
»No porque pobre me mires
»me hagas desprecios indignos;
»no porque de mí triunfaste,
»desdén me muestres ni hastío.
»Piensa que para vencerme
»arma hiciste del cariño,
»ante mis plantas jurando
»ser eternamente mío.
»No sueñes que tu fortuna
»ni tu renombre codicio;
»que no me movió á adorarte
»sino el verte á mí sumiso.

«Recuerda el mar de mi patria:
»recuerda el vergel florido
»en el que rompen las olas
»con ecos de amantes ritmos.
»De la pobre genovesa,
»que te adora con delirio,
»ten piedad. Ya de su rostro
»el jazmín está marchito,
»pues lluvia acerba es el llanto;
»malos vientos los suspiros.
»¡Sola! ¡Sola estoy! ¡Clemencia,
»misericordia te pido
»no para mí! ¡Padre eres!
»¡Ten compasión de tu hijo!
»Yo, como rendida esclava,
»siempre estaré á tu servicio;
»no de tu hogar seré dueña;
»siempre humilde en su recinto,
»creeré que el pan que me entregues
»es merced de tu albedrío.

»Pero al sér que en mí palpita,
»que es mi tristeza y mi hechizo,
«que, aun estando en mis entrañas,
»le escucho lanzar gemidos,
»dale tu amparo y tu nombre:
»que con tierno regocijo
»él te beso y él te abrace;
»que él viva feliz, tranquilo.
»No debe llorar vergüenzas
»quien culpas no ha cometido.»

—¡Oh, madre! ¡madre del alma!—
exclamó Paolo, deshecho
de dolor, y de la muerta
los pies cubriendo de besos.
—¡Pobre mártir, yo te adoro!
¡Yo tus suplicios venero!
¡Yo tus flaquezas olvido!
¡Yo mis dudas aborrezco!

¡Ay, qué amargura me causa
adivinar tus tormentos!
¡Cuántos días entre llanto!
¡Y cuántas noches sin sueño!
¡Qué ansiedades! ¡Qué temores!
¡Qué esperanzas sin cimientos!
¡Qué juventud tan marchita!
Y todo... porque en tu seno
yo latía, y tú, aun sin verme,
me amabas con amor ciego.
¡Madre mía! ¡Madre mía!
¡Háblame desde los cielos,
y cuéntame tus dolores
para que viva con ellos!—
Y, entre sollozos ahogados,
el infeliz leyó aquesto:

«Ya la esperanza perdí,
»y ya comienzo á creer

»que sólo juguete fuí
»del deseo, y que el placer,
»no el amor, buscaste en mí.
»¿Fué tu cariño ficción?
»¿Fué mentido tu jurar...?
»¡Qué horrible transformación
»en tu sér se ha obrado, Alvar,
»para ser mi perdición!
»Recuerda la dulce historia
»de mi amor puro y eterno.
»Tú hiciste mi honor escoria.
»Tú me hablaste de la gloria
»para hundirme en el infierno.
»¿Qué mal te hice yo? ¿Qué daño
»por mi causa padeciste?
»¿Qué mudanza, dí, qué engaño
»ni qué traición en mí viste?
»¿Merecí tal desengaño?
»Y este inocente, ¿qué ha hecho
»contra tí? ¿Por qué le niegas

»un rincón bajo tu techo?
»¿Por qué al ludibrio le entregas?
»¿Tienes para esto derecho?

»¡Ángel mio!—Si le vieses,
»tal vez te compadecieses
»de su suerte inmerecida,
»y tal vez tu alma le abrieses,
»dándole amor y á mí vida.

»Ni verle has querido... ¡Vén!
»¡Vén, Alvar! No huyas así
»de tu hijo. ¡Piedad ten
»del pobre niño, que en tí
»verá su Dios, su sostén!

»Si la dicha solicitas
»vén, que él te cubra de besos,
»te tienda sus manecitas
»y te llene de embelesos
»con sus caricias benditas.

»Tú no sabes la emoción
»que despierta su reir

»¡qué encanto al verle dormir!
»¡qué cerrarse el corazón
»al escucharle gemir!
»¡Vén, Alvar! Yo tu fortuna
»no quiero; mas no te asombre
»mi terquedad importuna....
»El niño, Alvar, por tu nombre
»está llorando en su cuna.»

Y á Paolo el dolor ahogaba.
¡Ay, madre,—exclamó gimiendo:—
si con sangre de mis venas
pudiera prestarte aliento,
cuántas cosas te diría
entre lágrimas y besos!—
De repente luz siniestra
brilló de sus ojos negros,
y lanzó de su garganta
grito de encono y desprecio.
Arrugaba entre sus manos

un escrito muy pequeño,
que agigantando una culpa
prestaba á una infamia cuerpo.

»Te juré ardiente pasión.
»Del deseo la inquietud
»abrasó mi corazón.
»¡Cosas de la juventud!
»¡Delirios de la razón!
»Mi insensato amor deploro,
»pues perjuicios te ha causado,
»por los que perdón te imploro.
»La juventud ha pasado
»y ya sus demencias lloro.
»Insigne locura fué
»prometer con frenesí
»alma, amor, eterna fé.
»Yá cuerdo, cumplir no sé
»lo que loco prometí.
»Mucho debo á mi apellido,

»mucho á mi linaje honrado,
»y debo dar al olvido
»todo lo mal que haya obrado
»cuando estuve enloquecido.

»No me escribas más. Yo haré
»por resarcirte del daño
»que ¡insensato! te causé.
»No juzgues que es desengaño
»mal que de locura fué.

»No me escribas. Lo reclama
»mi opinión, mi buena fama,
»la paz de mi honrado hogar.
»Yo mi nombre, ante un altar,
»he dado á una ilustre dama.

»¡Ten calma! Con el dolor
»y el llanto nada resuelves
»en pro tuyo. ¡Ten valor!
»Te da el consejo mejor
»tu devoto

»Alvar de Yelves.»

¡Infame!—gritó Paolo.—
¡Ladrón ruin! ¡Mal caballero!
Por el oro te vendiste,
dejando en mi cuna cieno.
¡Ni una frase de ternura
para ella! ¡Ni un recuerdo
para mí! Si tú vivieses....
¡qué júbilo tan inmenso!
Aquí grabaste tu nombre,
tu nombre, que yo aborrezco.
Las deudas que son negadas
merecen gran escarmiento.
¿Tú mi padre...? ¡No! ¡Mentira!
¡Tu sangre impura no llevo!
¡Ah! por haberme engendrado
sólo rencores te debo.
¡Miserable! ¡Si vivieras!...
¡Ay de tí! ó ¡ay del engendro
de tus amores malditos
y tu ambición de logrero!

¡Madre, madre idolatrada!
¡Duerme en paz! ¡Duerme! ¡Yo velo!
Vé cual recojo estas mustias
flores que cubren tu seno...
¡Quién sabe si estas cenizas
se convertirán en fuego!
¡Duerme en paz, pobre extranjera!
¡Duerme en paz tu último sueño!
¡Oh, mártir! ¡Oh, madre mía!
¡Venganza atroz te prometo!—

PRIMERA PARTE

EN EL MAR



I

Zarparon, en son de guerra,
de las costas sicilianas
muchas naves españolas
con muchas naves de Holanda.
Los barcos que rige Ruytter,
y los que Don Juan de Austria
mandar no quiso, olvidando
lo que su nombre reclama,

siguen igual derrotero
y una misma estela ensanchan.
Van unidos y parecen
sobre el mar suelta bandada
de alciones que vuelan rápidos
por presagiar la borrasca.
Marchan con rumbo á Mesina,
porque anhelan en sus playas
con la voz de cien cañones
gritar al francés monarca
que la intriga es peligrosa,
que la soberbia es muy cara
y que la lepra ambiciosa
sólo con sangre se calma.
Van los barcos holandeses
con gran pompa y muchas flámulas,
van las naves españolas
como en conserva y sin galas.
Ondea muy orgulloso
el pabellón de la Holanda,

muy humilde el de Castilla
sobre las olas resbala.
¡Pobres naves! Van rellenas
de tristezas de la patria,
y amarguras y dolores
son penosísima carga.
No ya Pinzones las rigen,
no Bazanes las comandan,
no Cortés las presta aliento,
si las desprecian los Austrias.
¡Qué lejos están los días
en que sobre el mar volaban
en busca de nuevos mundos
para regalo de España!
¡Pobres naves! Ahora surcan
las embravecidas aguas,
sufriendo el terrible agobio
de los males de la patria.
Un rey que será un imbécil,
una reina muy ingrata,

una nobleza sin honra,
unos soldados sin pagas,
unos frailes, ó energúmenos,
que en nombre de Cristo abrasan,
hambre y robo en las campiñas,
en las ciudades holganza,
en campo y ciudad miseria,
desastre en toda batalla,
en todos los pechos odios,
sombras en todas las almas,
forman el terrible peso
de aquellas naves hispanas,
y por eso van sin pompa
tras de los buques de Holanda.

II

Un bergantín, muy velero,
con seis cañones por banda,
que conduce Alvar de Yelves

y que «El Milano» se llama,
altivo rompe la línea
que forman las dos escuadras,
y vuela sobre las olas,
de viento su lona hinchada.
Ruytter lo mira gozoso,
y al ver su rápida marcha,
su casco airoso y ligero,
su arboladura gallarda,
¡Gran nave!—dice.—¡Plugiese
que al cuerpo igualase el alma!
—Sí—le contesta un piloto
que va en la nave almiranta:—
Ese buque es «El Milano,»
Don Alvar Yelves lo manda;
y Yelves siempre ha vencido
en combates y en borrascas.
—¿Venció siempre?

—Siempre.

—El Cielo

no enturbie su estrella clara.
Pero... ¡mirad!
El gran Ruytter
con el dedo señalaba
al astro rey, que moría
entre sudarios de grana.
Pilotos y marineros,
capitanes, hombres de armas,
todos en el horizonte
detuvieron sus miradas.
Del sol en torno, y muy lentas,
las nubes se arrebolaban,
y en su disco amontonándose
negruzcas y amoratadas,
le iban cortando pedazos
de fuego, y dándole extraña,
terrible forma... ¡Era un féretro
que en el mar se sepultaba!
—¡Un atahud!—exclamaron.
—Ved—dijo Ruytter con calma.

Sobre el ataud de fuego,
siniestramente destaca
el negro perfil del buque
que don Alvar Yelves manda.

III

Era «El Milano» la nave
de mejor porte y más gala
que dieron los astilleros
de las costas guipuzcoanas.
Y como alción perseguido,
cuando el velamen largaba,
doblaba la singladura
á las galeras más rápidas.
Era el bergantín velero,
con seis cañones por banda,
joya en el puerto y asombro
en el mar y en la batalla.
Jamás exhaló un gemido

de sus cuadernas de haya,
cuando derrocados montes
de olas su casco apretaban.
¡Oh, qué gentil se veía
vogar en las noches plácidas,
cuando rielaba la luna
en las adormidas aguas!
¡Qué hermoso, cuando su altivo
mastelero señalaba,
como dedo de gigante,
luceros y estrellas varias!
¡Qué bordado de fulgores!
¡Qué vestidò de escarlata
se reflejaba en las ondas
cuando el sol del mar se alzaba!
Si fué alción raudo en los mares,
fué ágil tigre en las batallas.
¡Con qué rugidos de muerte
sus seis cañones tronaban!
¡Cuál de su espolón de hierro

hizo destructora garra!
¡Qué furioso en la embestida!
¡Qué fugaz en la virada!
Desde la quilla hasta el tope,
y desde el bauprés al asta
de bandera, aquella nave
obedece á la mirada,
al gesto del gran marino
que la equipa y la comanda;
porque, en el cuerpo del buque,
de Yelves se infiltró el alma.

¡Experto y bravo marino!
Tuvo gloriosa enseñanza
al lado de capitanes
que ha eternizado la fama.
Muchas veces fué á las Indias;
veces mil rindió á piratas;
fueron tantas sus empresas

como fueron sus hazañas.
Cuando en Sevilla, tranquilo,
rico y dichoso, gozaba
de paz, estalló la guerra
contra la soberbia Francia.
En medio de las tristuras
de la empobrecida patria,
entre las espesas sombras
que al Rey niño circundaban,
entre las viles intrigas
de la Córte, entre la insania
general, hubo un recuerdo
para Yelves. Las hazañas
de su juventud, con voces
de entusiasmo y de esperanza,
en Palacio, en el Consejo,
en estrados y antecámaras,
por todos y en todas partes,
desde el templo hasta la tasca,
se repitieron, ganando

en bulto con la distancia
Era preciso á la flota.
que contra el francés se armaba,
mandar hombres que no diesen
á Ruytter bochorno ó rabia.
Yelves recibió una cédula.
por regia mano firmada,
dándole un mando en la flota
que ha de unirse á la de Holanda.
Yelves aceptó con júbilo
el real despacho. La calma
del hogar, el tibio ambiente
de una paz nunca turbada,
al ver transcurrir los años
sin inquietud ni mudanza.
su cerebro entumecían.
su duro cuerpo atrofiaban.
Él recordaba, con pena,
el mar, las naves gallardas,
el clamor del abordaje,

el rugir de la borrasca.
Él respiraba las brisas
del Guadalquivir con ansia,
si el flujo de la marea
salobre aroma llevaba.
Sentía, cual buen marino,
la inconcebible nostalgia
del peligro, de las olas,
de la extensión no cerrada.
¡El mar! ¡El mando de un buque
de seis cañones por banda,
puertas por donde la Muerte
saldrá entre fuego y metralla!
¡Oh qué placer! ¡Cómo goza
en soñar cosas bizarras!
¡Cual se engríe de que Ruytter,
marino de ínclita fama,
pueda contemplar los triunfos
de su nave capitana!
Mas no sólo afán de gloria

le enorgullece y le embriaga;
otro afán en él palpita,
otra ansiedad le arrebata.
Tiene un hijo, gentil mozo
en quien adora. Á las armas
su noble sangre le obliga,
su ilustre nombre le arrastra.
Y anhela ser su maestro,
su escudo al par. Que combata
quiere á su lado; que juntos
vitoreen á su España,
y que el capitán y el padre
después de triunfal batalla,
puedan ceñir al bisoño
de victoriosas guirnaldas.
El mozo es noble, mas tiene
débil, enfermiza el alma;
va donde le llevan, nunca
su propio esfuerzo le manda.
La vida de la milicia

le está haciendo mucha falta,
pues el trabajo endurece
y el patrio entusiasmo sana.
Estos anhelos del padre
mucho á la esposa anonadan;
que en la guerra las mujeres
ven la muerte, no la fama.
Llantos, súplicas, gemidos,
á don Alvar no quebrantan;
que él toma resoluciones
de firmezas soberanas.
Si al mancebo aflije el llanto
de la madre, le entusiasman
las voces con que el marino
á la gloria le abre el alma.
De su madre escucha el ruego,
le desvelan sus plegarias,
pero el marino le acosa
con consejos y demandas.
Fué inútil el llanto acerbo

de la madre. Nunca lágrimas
de mujer hicieron mella
en Yelves. Las vió cual agua.
Hijo y padre, al fin, marcharon.
Van en muy dulce compaña
en el bergantín velero,
de seis cañones por banda,
que al gran Ruytter embelesa
y que «El Milano» se llama.

IV

Era el hijo de Yelves un mancebo
en quien sus dones prodigó natura.
Fué poderoso cebo
de afanes amorosos la hermosura
de aquél galán, tan rubio como Febo.
¡Cuánta jóven su paz miró turbada,
y turbados sus sueños inocentes,

y empapó en llanto los virgíneos tules
por encontrar la límpida mirada
de aquellos ojos, como el cielo azules,
y tal vez, como el cielo indiferentes!
¡Cuánto insomnio produjo su rizada
cabellera, su tez alabastrina,
su frente augusta, su pequeña boca,
que á dulces besos sin cesar provoca
y donde el beso en palpitar se obstina.
Alto y erguido, como esbelta palma,
de gallardo y gracioso contoneo....
¡Cómo robó la calma
á las pobres vencidas del deseo!
Y él no supo jamás que eran sus ojos
motivo y ocasión de fiero estrago.
¿Él pudiera escuchar, en calma, enojos
ó resistir impávido al halago?
Él lleno de candor y de dulzura,
él, que guardaba intacto ese cariño,
todo efusión é ingénita ternura,

en que rebosa el corazón del niño,
¡amor sublime que tan poco dura!
Él sumiso, inocente, confiado,
al escuchar de amor tierna querella
y ver llanto brotar, ¡cuán apiadado,
por devolver la paz á la doncella
se hubiera á su capricho esclavizado!
Fué en la niñez encanto y alegría
de su hogar; y riente,
los placenteros juegos suspendía.
Era su bien mayor ser obediente.
Al verlo de su madre en el regazo
pasar las horas, con suprema calma,
alguien creyó que le infiltraba el alma
la tierna madre con su estrecho abrazo.
Alguien creyó que con el puro aliento
de la mujer, que, cual divino aroma,
el niño respiraba,
que con el suave arrullo de paloma,
que extático escuchaba,

que con la blanda paz en que vivía
y la eterna molicie que gozaba,
su voz no alcanzaría
enérgica expresión, ni altivo acento,
y que tarde, quizás, despertaría
deslumbrado de luz su pensamiento.
¡Qué bien lo imaginó! Fué la corriente
de su existencia siempre regolfada,
cual ansiando volver hacia su fuente.
Larga fué de su vida la alborada;
y el mancebo gentil, que almas rendía,
de niño el alma y el candor tenía.
Corrió el tiempo. Llegó la primavera
de la vida, la edad de los amores,
la edad en que despiertan los sentidos;
y brilló el sol, el sol que abre las flores.
y hace alejar las aves de los nidos.
Diego sintió en el alma el embeleso
de divinal aparición. Su frente
rozaron leves, invisibles alas.

Sintió en sus labios el ardor de un beso
que su sangre incendió. Miró arrobado
de la natura las sublimes galas,
y, Lázaro á la vida despertado,
el sol hirviente calentó sus venas,
oyó fascinadoras harmonías,
respiró brisas de perfume llenas,
contempló entre supremas alegrías
el cielo azul, sin nubes el espacio,
y, nuevo Adan, cual todos hemos sido,
creyó que el orbe inmenso era un palacio
para el placer del hombre construído.
¡Y él se lanzó á vivir! Respiró ansioso
el viento del oasis. Le aturdía
el fragor incesante y estruendoso
del torrente hervidor de su alegría.
Fúlgida luz prestaba á toda idea.
La ilusión que fugaz se deshacía
otra ilusión más férvida acercaba.
Flujo y reflujo de eternal marea,

que nunca dique ni arenal hallaba
ni en rompientes de roca se partía.
¡Él se lanzó á vivir! Su alma de niño
adoró en todo; y, de entusiasmo lleno,
ni vió en el lago azul fondo de cieno
ni asechanza ó perfidia en el cariño.
Adoró en todo. Y con la fe sencilla
que tiene la inocencia candorosa,
con alma generosa
concedió á todo soberano nombre.
En cada hembra una deidad miraba;
un heroe ó semidios en cada hombre:
y tanto resplandor lo deslumbraba.
¡Él se lanzó á vivir! La vida entera
le recogió en sus brazos; mas Dios quiso
poner en el umbral del paraíso
á la serpiente, astuta y traicionera.
Y la vió sin temblar... Pero ¿qué digo?
¿Pudiera él sospechar de la serpiente,
en la beldad de boca sonriente,

ó en el abrazo estrecho del amigo?
¿Cómo, de luz purísima inundado,
llenos de sol los ojos, ver podría
sombras de muerte de la vida al lado?
Si la tiniebla ante su paso huía,
¿cómo sentirse en nieblas encerrado?
¡Él no lo sospechó! Mas sintió un día
hiel en los labios, peso en la conciencia,
en el alma dolor, llanto en los ojos,
y se vió frente á frente
de la meta fatal de la experiencia
y cubierto de zarzas y de abrojos
el camino que anduvo sonriente.
Bajo la sombra fría,
pudo un momento descansar y en calma
pudo ver que la sangre que vertía
era eficaz sangría
para aliviar la congestión del alma.
¡Diego, escucha la voz de la experiencia,
su rígido consejo, no el arrullo

de la hada juvenil que tu conciencia
ensordece con gárrulo murmullo!
¡No la escuches! Su voz es muy suave,
sus formas leves, su presencia airosa,
pero ¡ay, Diego! ¿quién sabe
si al correr de los años la hechicera
hada se trueque en ménada furiosa
y su arrullo en chillido de mejera?
En tu cuerpo, tan rico en hermosura,
¡quién infundir pudiera
alma fuerte y altiva y valerosa,
un alma que no fuera
parecida á la cera en la blandura!
Aquel gentil mancebo
á quien sus dones prodigó natura
bello como Antinoo, rubio cual Febo,
aquel mozo gallardo de presencia,
de noble corazón, de heroico brío,
de escrupulosa y rígida conciencia
lleva en el alma aterrador vacío.

La voluntad en él era embrionaria,
¡cual no nacida aún! ¿Cuerpo tan duro
no tener alma enérgica...? Del muro
del castillo feudal dura es la piedra...
Corre el tiempo veloz; la parietaria
la socava, las garras de la hiedra
la rodean, la hienden, en pedazos
la rompen, y después con el quietismo
capcioso del agobio de sus brazos,
la separa del muro y, suspendida
sobre el antro, con rauda sacudida
la precipita el viento en el abismo.
Allí, ya entre la sombra, se ennegrece.
El légamo la cubre y la maleza;
llega el invierno, y si el arroyo crece,
el torrente la arrastra en su braveza,
y entre guijas, por fin, desaparece.

V

Vuela fugaz «El Milano»
sobre las ondas bravías
que el sol, al morir, de rojos
brillantes fulgores pinta.
Sobre el castillo de popa
Yelves está en compañía
de los nobles oficiales
que en el bergantín militan.
En rededor de una mesa,
entre charla, broma y risa,
en grandes vasos de peltre
el siracusano liban.
Muy pronto vendrá la noche,
detrás de la noche el día,
y tal vez de entre la bruma
la Muerte se alzará erguida.

Es justo que unos instantes
concedan á la alegría,
ya que el viento entre las olas
tumbas va abriendo infinitas.
Justo es que el vino produzca
placenteras harmonías,
pues pronto vendrá el silencio
que nunca, nunca termina.

Á Yelves sirve un soldado,
con atenciones solícitas,
soldado que, por el porte,
ser servido merecía.
Es alto, erguido, moreno,
de ancha frente, nariz fina,
de ojos negros, negras noches
en que relámpagos brillan.
Siempre al servir al buen Yelves
baja el soldado la vista,

mas la alza luego, y muy fijo
más le observa que le mira.
Aquella mirada es siempre
tenaz y siempre distinta:
ya destella viva lumbre,
ya se ve en nieblas hundida,
ya entre sombras centellea,
ya como un rayo fulmina.
Ya se anubla entre dos lágrimas,
que no surcan las mejillas,
que á los párpados se asoma,
y al corazón se retiran;
ya semeja ruego humilde,
ya voz de cólera altiva.
Nadie en él atención pone.
¿Quién es él porque sea digna
su persona de atenderse?
Es un número en las filas
del ejército; un soldado,
máquina de estrago y ruína;

un sér que el rancho que come
ha de pagar con la vida.
Se llama Pablo. Y de Pablo
no más se alarga la firma.
De su patria, de sus padres,
de su hogar, de su familia,
de su amada, de su historia,
nadie puede dar noticias.
Parece que nada de esto
llegó á alcanzar. Cual sombría
fantasma vive. Es tiniebla,
quizá de tinieblas hija.
Un soldado trianero
dice que nació en Sevilla
y que se alistó con Yelves
justamente el mismo día
en que de Yelves el hijo
tuvo empleo en la marina.
Que al capitán plugo el mozo
por su porte y bizarría;

que le tomó á su servicio
al marchar contra Mesina;
que aunque es joven el soldado,
pues sólo en los treinta frisa,
ya ha combatido en Holanda,
en Portugal y en las Indias.
Que él muchas veces lo ha visto
vagar por las cercanías
de un cementerio, y que nadie
lo halló en tasca ó mancebía.
Que aquella fantasma triste
se trueca en rabiosa hidra,
con el olor de la pólvora
y el crujir de las cuchillas.
Que aquel hombre es un vampiro
á quien la sangre reanima;
que es valiente en el combate;
que es implacable en la huída.
Que tal se le vió en Holanda,
en Portugal y en las Indias,

y que así habrán de mirarlo
los que el bergantín equipan.
Esto dice el trianero,
como testigo de vista,
y las gentes de «El Milano»
creen lo que así se atestigua.
Quede por cierto que el mozo
vive entre sombras é iras,
que sed de sangre le acosa,
y que en la batalla impía
busca con ansia la muerte
que por amada le esquiva.
Le vieron en ocasiones
vagar por las cercanías
de un cementerio, en la alegre,
regocijada Sevilla,
y un mozo que en semejante
ciudad buscà compañía
tan triste, de cierto tiene
muerta el alma, ó tan partida

por el dolor, que un refugio
de las tumbas solicita.
Mucho place al noble Yelves
de Pablo la bizarría;
mas nunca notó el anciano
que cuando el soldado mira
á don Diego, al dulce hijo
imán de sus alegrías,
en sus intensas miradas
reluce el odio ó la envidia;
que jamás cruza una frase
con don Diego, pues la evita;
que si sus cuerpos se rozan,
de Pablo el cuerpo se crispa.
Don Diego no está en la alegre
reunión: la disciplina
marcial le ha dado otras órdenes
y cumple con la consigna.
Yelves y sus oficiales,
después de pasar revista

á asuntos á los que sólo
el vino diera alegría,
después de hablar de la Reina
Regente, del jesuíta
Nithard, de don Juan de Austria,
de los bochornos é intrigas
que son lepra de la Corte,
y de la nación polilla;
después de estudiar las guerras
que á la pobre patria esquilman,
y denostar el orgullo
y la ambición desmedida
del Rey de Francia, que quiere
ser protector de Mesina;
después que de aquella empresa
se prometen maravillas,
y que celebran á Ruytter
y de Duquesne abominan;
todos recuerdan á Italia,
que aquel mar suave acaricia.

¡Italia! ¡Cómo este nombre
en todo labio palpita!
¡Y cuántas dulces memorias
en toda mente se avivan!
¿Qué español, si fué soldado,
oyó con alma tranquila
el nombre de aquella tierra
en sangre española tinta?
Todos hablaban con voces
entusiastas, conmovidas,
de aquella Italia que besan
las olas que alzarse miran.
Allá, detrás de la bruma,
en blando sueño adormida,
se alza la encantada tierra
del amor y las delicias.
Todos, al hablar de Italia,
evocan lances, intrigas,
aventuras y saraos,
desafíos y conquistas.

Yelves, á quien, por ser viejo,
tal conversación anima
y que pretende, cual todos
los viejos, causar envidia
á los mozos con memorias
de pasadas lozanías,
Yelves enciende la hoguera
con recuerdos de lascivias,
é historias de galanteos,
y relatos de falsías.
Y si el teniente pregona
de Nápoles maravillas,
y el alférez cuenta el chasco
que le dió una florentina;
si uno de las milanesas
los encantos preconiza,
y otro alaba la hermosura
de las romanas altivas,
Yelves tacha toda historia
de vulgar ó de mezquina,

y quiere que no haya hembras
cual las que Génova cría.
El soldado que le sirve
oye con honda fatiga
hablar de Génova. ¡Un rayo
fugaz vibró en sus pupilas!
Ya todos los oficiales,
por adulación indigna,
por diversión ó por mofa,
al viejo Yelves suplican
que cuente historia que pueda
merecer más que las dichas...
—Si mi hijo llega...
—¿Á don Diego
no habeis dado la consigna..?
—¡Es cierto! Escuchadme. Pablo;
¡que está mi copa vacía!—
Llenó Pablo hasta la gola
el vaso que le aproxima
su capitán. No en su mano

temblaba el jarro. Caía
el licor pausadamente:
con la pausa con que iban
rodando dos gruesas lágrimas
del mozo por las mejillas.
Ya el astro rey se había hundido
entre las olas altivas;
y ya al Héspero la noche
de negro crespón cubría.
Ya la farola de popa
con rojo fulgor rutila,
y al tope del mastelero
tibio lucero se fija.
Sobre el mar, desparramadas,
muchas luminarias brillan
y como estrellas errantes
van sobre el mar fugitivas.
Son las luces de los barcos
que bogan hacia Mesina.
La farola de «El Milano»

esparce fúlgidas tintas
sobre el castillo de popa,
bordando de rojas líneas
palos, jarcias, cuanto en negro
se destaca ó se perfila.
¡Hermosa estaba la noche!
¡La mar en quietud dormida!
¡El cielo muy estrellado!
¡Muy perfumada la brisa!
Era una noche muy propia
para, en dulce compañía,
evocar fantasmas bellos
de lejanas alegrías.
Mojó en el vino los labios
el viejo y, con voz tranquila,
así comenzó la historia
que escuchar todos ansían:

—Su jardín daba á la mar
y las olas lo batían,
y las mareas salían
con festones de azahar.

En frente de aquel jardín,
y de la costa alejado
una milla, estaba anclado
mi velero bergantín.

De día, siempre mis ojos,
siguiendo las leves ondas,
deteníanse en las frondas
do anidaban mis antojos,

y, absorto, mirando aquella
casa, que el vergel ceñía,
veces mil me repetía
en voz baja: «¡Allí está ella!»

Y, en amante frenesí,
horas pasaba mirando
casa y vergel, murmurando:
«¡Si estará pensando en mí!»

Ella, á mi cariño fiel,
decía con voz suave,
que contemplando mi nave
repetía: «¡Allí está él!»
Y, que en dulce desvarío,
horas pasaba mirando
mar y buque, murmurando:
«¡Si pensará en mí...! ¡Dios mío!»
Su padre era un mercader,
viudo, rico, viejo, honrado,
muy querido y respetado
por su virtud y poder.
Tuve que dar mil rodeos
para hablar con su hija hermosa,
pues el anciano era cosa
que odiaba los galanteos;
de tal suerte que oí contar
que atendiendo, receloso,
á su quietud, noble esposo
iba presto á su hija á dar.

Me asustó tal confesión;
mas tuve en mí confianza,
é hice brillar la esperanza
dentro de mi corazón.

Sí; yo, al hablarla, logré
turbar su calma inocente;
yo infundí en su pecho ardiente
tal ilusión y tal fe,

que ella me quiso probar
que su amor no tendría fin,
abriéndome aquel jardín
que estaba á orillas del mar.

Y al tender su negro velo
la noche, alegre, dichoso,
de la escala, presuroso,
saltaba en un barquichuelo;

y, con rumbo á su jardín,
¡qué bien el remo empuñaba!
¡Qué rápido me alejaba
del anclado bergantín!

Ya en su vergel, sin temores,
se deslizaban las horas
entre auras embriagadoras
y cantos de ruiseñores.

Allí, en mágico embeleso,
la alzaba en mi pecho un trono;
allí, con dulce abandono,
me regaló el primer beso.

Allí sentí la tibieza
de su aliento perfumado,
como incienso evaporado
del cáliz de su pureza...

Allí sus vírgenes galas
admiré, pensando en Dios,
que un angel entre los dos
puso con abiertas alas.

En ilusión seductora,
eran las horas momentos:
siempre nuestros juramentos
de amor cortaba la aurora.

Y por no brillar dos soles,
el de mi amor se ocultaba
cuando el del cielo se alzaba,
por celoso, entre arreboles.

Yo quedaba en pie, y mirando
alejarse su hermosura,
é iba entrando en noche obscura
al par que el sol se iba alzando.

Y, cuando en mi barca, al fin,
con pena el remo empuñaba,
¡qué lentamente bogaba
con rumbo á mi bergantín!

¡La amé!—
Calló el capitán
y el vaso de vino alzó.
—Madre, ¡te amó!—murmuró
Pablo, temblando de afán.

—La amé con pasión febril.
Negarlo fuera impostura.
Sí; la amé con la locura

que da la edad juvenil.
  Y, ¿quién no amarla podría,
si, porque era su persona
retrato de la Madona,
la llamaba «¡virgen mía!»
  Ya, á poco, llamarla así
no pude: las puras galas
y las blanquísimas alas
del ángel, loco rompí.
  Las rompí sobre este mar,
bajo su azul firmamento,
entre el gemir de este viento,
y de esa ola al golpear.
  Para llegar á tal fin...—
Pablo tembló.
                —La robé
y á Sevilla la llevé
en mi propio bergantín.—
  Pablo se irguió.
                —¡Fué preciso!

El mercader ¡por mi nombre!
iba á entregar á otro hombre
mi terrenal paraíso.

Al ver á su hija robada,
y su nombre deshonrado,
murió y, por desesperado,
la dejó desheredada.

¡Con qué aflicción, con qué pena
lloraba aquella paloma!
¡Cómo al verse sin aroma
se marchitó la azucena!

No me he esplicado el furor,
el vértigo, la locura,
que me hizo hundir en obscura
noche al astro de mi amor.

Fué un delirio, fué un mareo,
fué que su llanto excitaba,
fué que su aliento infiltraba
en mí rabioso deseo.

Fué, que, para el vil ultraje,

en aquella impura lidia,
la ola me dió su perfidia
y el vendaval su coraje.—

Pablo á su daga echó mano.
—¡Que más no diga, Dios mío!—
barbotó. Y en sudor frío
bañóse el acero insano.

—¡Buen lance!—exclamó el teniente.—
¿Y qué hicisteis de la dama?—
Pablo sintió que una llama
de infierno quemó su frente.

—Ya en Sevilla, mi proeza
me dió tedio y pesadumbre.
Iba á verla, por costumbre,
cada vez con más tibieza.

Y, al verla, consideraba
que aquella mujer hermosa
era carga más penosa
cuanto más tiempo pasaba.

No hay pérdida sin desquite.

En todo audaz devaneo
primero abrasa el deseo
luego en nieve se derrite.

Entra el cansancio después;
toda caricia da agravios;
huye el beso de los labios
quien antes besó los pies.

Luego, tedio y saciedad.
Luego, agobios del hastío.
Y luego, sentir el frío
del placer sin novedad.

Y, entre la muerta pasión,
ver con medrosa querella
que muy pronto á Psiquis bella
va á hacer falta un comadrón.—

Toda la oficialidad
aplaudió la bufonada
con una gran carcajada
que zumbó en la inmensidad.

Pablo, de sudor bañado,

convulso se retorcía,
y ya su daga oprimía,
ya la soltaba aterrado.
—¡Oh, madre, dame valor,—
murmuraba sin cesar,
—que vengarse no es matar;
vengarse es causar dolor!
Deja que sature el alma
de rabia, de odios, de hiel.
¡Yo quiero ser muy cruel
y no hay crueldad sin calma!
—La genovesa adorada,
Psiquis de mi lindo cuento,
pidió, por darme tormento,
del comadrón la llegada.
Tomé por impertinencia
que inmortal quisiera hacer
el nombre del mercader
que la dejó sin herencia;
y, entrándome miedo ruín

al rostro del comadrón,
me alejé sin dilación
del sevillano confín.—

Brilló como una aureola
de llamas. Pablo su acero
levantaba airado, fiero,
y la luz de la farola

en el hierro damasquino
se quebró con tal fulgor,
que destelló el resplandor
de un relámpago.

—¡Echa vino!—

Yelves grito:—¡Vino quiero!—
En aquel terrible instante
Pablo mudo, jadeante,
guardaba el mortal acero.

—¿Estás sordo?...—

Cogió Pablo
el jarro, mas tan convulso,
que, con vacilante pulso

vertió el licor.
—¡Voto al diablo!—
exclamó, con voz de trueno,
Yelves, ciego de coraje:
—¿No ves tu vino en mi traje?
—¿No ves en mi alma tu cieno!—
murmuró Pablo.
—¡Truhán!
¡Haz que al rebenque no acuda!
¡Límpiame pronto! Sin duda,
ebrios tus ojos están.
—Eso muy bien podrá ser,—
dijo el teniente.—El menguado
quizá se habrá emborrachado
de contemplarnos beber.—
Pablo, un cendal muy bermejo,
sacó del pecho y, confuso
y tembloroso, lo puso
sobre el corazón del viejo.
Y aquel cendal parecía

sangre que se derramaba
de herida que desgarraba,
no mano, garra de arpía.
—¡Basta ya! Vete á dormir.
Señores, con gran sosiego
dormid todos. ¡Ah, os lo ruego!
Que Diego no llegue á oir,
puesto que mucho interesa
á mi nombre, paz y gloria,
nada de la linda historia
de mi Psiquis genovesa.—

VI

Sobre el castillo de popa,
mirando alejarse á todos,
quedó el infelice Pablo,
en sus desdichas absorto.
De pie, inmóvil y de espaldas

al farol, que con su rojo
fulgor le borda de líneas
encendidas los contornos,
semeja espectro terrible,
ó más bien genio ó demonio
del mar, que impulsa á «El Milano»
hacia invisibles escollos.
Mudo, transido de pena,
entre brumas y entre agobios,
suspiros le ahogan el alma,
le ciega el llanto los ojos.
Las manos se lleva al pecho
y se lo oprime, pues roto
quiere el corazón saltársele,
en su palpitar furioso.
Siente en la cabeza ruídos
de martillazos ciclópeos,
y los oídos le zumban
con el mugir de los hornos.
En voz baja se repite

con terquedad de beodo,
la amarga historia que oyera
entre angustias y entre asombros.
Oye cual su padre cuenta
gran infamia, sin rebozo,
y oye la atroz carcajada
que aplaude ruínes bochornos.
¡Ah, la sangre á sus megillas
salta en torrente furioso,
y de hervideros de sangre
siente el tremendo sofoco!
Bajo ese azul firmamento,
sobre este mar proceloso,
de esas olas al embate,
de este viento entre los soplos
á una virgen, con perfidia
y furor se hundió en el lodo.
¡Qué historia tan bién contada
entre risas y entre mosto,
con frases de enamorado

y bufonadas de loco!
¡Qué bien pintados deliquios!
¡Qué bien fingidos arrobos!
¡Qué bien descritas las horas
del cansancio y del enojo!
¡Qué temor de ver al hijo
fruto amargo del oprobio!
¡Qué repugnancia á sus besos!
¡Qué indiferencia á su lloro!
Dos hijos van en la nave
de aquel raptor fazañoso,
y del uno se recata
y no sospecha del otro.
¡Cuál pretende ser espejo
de virtud y de decoro
ante Diego, y cuál se engríe
ante Pablo de sus dolos!
Para un hijo amor inmenso.
¿Qué puede ofrecer al otro,
si ya al presentir su vida

lo sentenció al abandono?
Pablo, al pensar en tan crudos
contrastes, losa de plomo
sintió en el alma, y sin fuerzas
rompió en amargos sollozos.
Llevó el viento sus suspiros
quizá de Génova al golfo.
Allá, detrás de la bruma,
se alzará el vergel hermoso
en que su adorada madre
vivió entre flores y gozos.
Aún allí, de dichas llena,
al lado de noble esposo
viviría... ¡Y qué ruin muerte
tuvo! ¡Y él cuantos sonrojos!
¡Oh, qué tristes pensamientos
le afligen! ¡Qué horrendo potro
le destroza! ¡Qué martirios
le dan recuerdos odiosos!
Miró al cielo, al mar; con ira

miró á la nave... y al fondo
de la crujía una sombra
apareció. Al tembloroso
relumbrar de un farolillo
tomó formas y contornos.
¡Era don Diego! ¡Era el hijo
legítimo, el venturoso!
Y... ¡vá á dormir! No en su sueño
verá los fantasmas hórridos
de mujeres deshonradas,
ni de amadores capciosos.
Besos sentirá en los labios.
Verá el apacible rostro
de su madre, y con delicia
á aquel marino famoso,
ansiando para su escudo
ganar prez, timbres heróicos.
En el zumo de la envidia
se empaparon sus enconos,
y la hiel quemó sus labios

y secó el fuego sus ojos.
—¡Miserable! eres la oveja
perseguida por el lobo,
murmuró:—¡Duerme tranquilo!
¡No podrás dormir muy pronto!
Si yo me alisté ¡oh, menguados!
en Sevilla con vosotros;
si sirvo á quien aborrezco
y no doy muerte á quien odio,
¿no veis que mis rabias crecen
con los martirios que escondo?
¡Diego, te sigo los pasos!
Ya tu condición conozco.
Sé que eres cera, yo hierro;
tú bondad, yo astucia y dolo.

. . . .

. . . .

Ahora pudiera en tu pecho
hundir mi daga rabioso;
pudiera hacer que tu padre

viera tu adorado tronco
hallar tumba en estas olas
que muertos recogen sólo.
Mas... ¿tú morir...? ¡Ruin venganza!
Venganza que dura poco,
ni merece tan gran nombre,
ni es digna de tan gran odio.
El vengador, no del tigre
toma el furor; del raposo
la astucia aprende. La cólera
es ciega y mata. El encono
medita, razona, observa,
¡sabe esperar! Si yo afronto
tu mirada, es porque espero
y la venganza sazono.
No con puñal he de herirte,
sí con zumos ponzoñosos
que dejan vivir... ¡Qué vida
te aguarda, insensato mozo!
¡Ah, mañana en la pelea,

más que tu padre, medroso
tendré el corazón. Mi cuerpo
será tu escudo, tu apoyo;
que, aunque aborrezco tu vida,
para morir es muy pronto.
¡Pobre Abel, duerme tranquilo!
¡Caín defiende tu reposo!
¡Brumas, vientos, negras olas,
llenad mi cerebro loco
de sombras y de perfidias,
de amarguras y de enojos!
Y tú, ¡oh Muerte, cuyos pasos
se oyen del mar en el fondo,
no me arrebates la doble
presa que han hecho mis odios!
¡Madre adorada, no olvida
sus juramentos Paolo!
¡Pobre Abel, duerme tranquilo!
¡Caín defiende tu reposo!—

VII

El sol muy alto brillaba.
Recia la brisa soplaba.
La onda su manto espumoso
muy rápida desdoblaba
con hervidor rumoroso.
Azul el cielo; pintado
de azul el mar; el ambiente
de acre aroma saturado;
el golfo muy serenado,
y la brisa muy caliente.
Con próspero navegar,
el siempre inquieto elemento
se vé á «El Milano» cruzar,
metiendo el pecho en el mar
y las alas en el viento.
Sólo «El Milano» acompaña

á las naves holandesas.
El rumbo, por suerte estraña,
entre las nieblas espesas
perdieron las naos de España.

La noche y el maestral
les torcieron el camino;
y Ruytter, cual buen marino,
á obra que empieza tan mal
presagia muy ruin destino.

Pero avanza. El pabellón
de Francia quiere abatir.
Sus naos, en esta ocasión,
para triunfar pocas son,
más son muchas para huir.

¡No ha de huir! Fuerte y sereno,
de noble entusiasmo lleno,
sobre la ola movediza,
aguarda á que ronco trueno
dé la señal de la liza.

¡No ha de huir! Conoce el mar

al Almirante holandés,
y sabe que se ha de alzar
de Ruytter bajo los pies
como tumba ó como altar.

¡No ha de huir! Si tal pensara,
con cólera la mar fiera
su torpe intento burlara,
y las olas congelara
y las brisas adurmiera.

¡Huir! ¿Quién soñó tal ultraje?
Ya de la extensión remota,
tras del férvido oleaje,
enorme bandada brota
de aves de blanco plumaje.

Van de su vuelo orgullosas,
y al par que cambian de hechuras,
asemejan poderosas
alas las arboladuras
de las naves belicosas.

Una, dos, veinte, cuarenta...

Cada vez Ruytter contando
va más naves, y se aumenta
la suma, pues va brotando
de cielo y mar palamenta.

De Duquesn la armada es.
¡Toda allí! ¡Fuerte y gallarda!
¡Revoltoso mesinés,
qué bien tus traiciones guarda
la soberbia del francés!

¡Cuánto brulote y galera!
¡Cuánto arrogante navío!
¡Cuán altiva y cuán ligera
va surcando el mar bravío
la gran escuadra guerrera!

¡Y cómo brillan al sol
los sedosos pabellones!
Bajo cada estanterol,
¡cuál relucen los cañones
con fulgurante arrebol!

¡Cómo las gentes se agitan!

¡Cuál los aceros flamean!
¡Cómo en el eter palpitan
las roncas voces que gritan
y los hierros que golpean!

¡El francés! clamó «El Milano»
con el rugir del cañón,
y fué el atronante son
del golfo siracusano
retumbando en la extensión.

Sobre la mar azulada
voló el guerrero estampido.
La brisa quedó asordada.
La Muerte fué despertada
al estridente rüido.

A la esperada señal
la almiranta respondió
con grito de guerra igual;
y para lucha mortal
Ruytter sus naves formó.

El francés estaba aún lejos.

Las dos armadas largando
van todos sus aparejos,
y van de las naos brotando
voces, sonidos, reflejos.
El cañón que se cargaba,
el hacha que relucía,
la vela que se largaba,
la cadena que crugía,
el clarín que resonaba,
y el correr de los soldados,
y el remar de los forzados,
y el bullír de los grumetes
que se ven desparramados
por las cofas y juanetes,
todo vida y luz derrama,
todo bulle y toda clama,
y el conjunto brillador
es de fuerza y de valor
magnífico panorama.
Las escuadras arrogantes

se avistaron. Sus brulotes
y sus navíos pujantes
semejan grupos gigantes
de furiosos cachalotes.

De aquesos montruos del mar
tienen las naos el furor.
Con más rabia han de luchar,
pues las va el hombre á impulsar
y al hombre impulsa el rencor.

En paralelas formaron
la escuadras, frente á frente.
Y las mechas humearon
y los cañones tronaron
con voz de cólera hirviente.

Sobre la mar ondulante
salta el hierro contra el pino,
y entre vapor blanquecino
y entre rimbombe atronante
se abre la muerte camino.

Sobre el casco, en la batalla,

como maza en leve escudo,
topa el hierro, el pino estalla,
convirtiendo el golpe rudo
la astillas en metralla,

la ancha brecha en un torrente
por donde el mar se derrumba,
y la catarata hirviente
en antro, y el antro en tumba,
la tumba en abismo ingente.

Como aludes desprendidos,
jarcias, mástiles partidos,
caen con rimbombe que asorda,
y van los restos tendidos
sobre la mar y la borda.

El terror se desparrama.
El extrago crece y cunde.
La naos se anega y se inflama,
y entre el torrente y la llama
al par que vuela se hunde.

En aquel atroz momento

todo es miedo y confusión,
todo clamor y lamento.
¡Cual cierran el corazón
el mar, el humo y el viento!

En el combate inhumano
¡cuál la gente palpitante
mira con terror, no vano,
el abismo ¡tan cercano!
y la playa ¡tan distante!

Ya el combate es general.
Ya en la espantosa pelea
todo es furia y todo mal.
Ola, viento, humo, metal,
ruge, asalta, hunde, golpea.

Tras de espesos nubarrones
de humo, se veía el celaje;
y sus lívidos crespones
se partían en girones
sobre el inquieto oleaje.

El sol su luz bendecida

ya niega á la lucha fuerte
para que el hombre no acierte
entre el fulgor de la vida,
dar implacable la muerte.

Llegó la noche. El espanto
cundió entre sus sombras fieras...
con ellas creció el quebranto,
y en el viento se oyó el canto
de euménides y mejeras.

Pero ¡ay, que noche no había!
El fuego el mar alumbraba,
pues tanto brulote ardía
que la extensión parecía
ser toda encendida lava.

Las materias resinosas,
hechas fuego, iban flotando
sobre las olas furiosas,
é iban sus crestas chocando
con llamas vertiginosas.

Todo rojo: el oleaje,

el mar, el cielo... Á Dios plugo
que aquel tremendo coraje,
que aquel furor, del verdugo
vistiera el sangriento traje.

Era atroz aquel luchar.
Era espantoso mirar
cuál se busca, al combatir,
los cuchillos para herir
y las olas para ahogar.

Cómo el que á la mar caía,
si un enemigo encontraba,
á salvarse no atendía;
y cuán, rabioso, anhelaba
juntar con él su agonía.

Duquesn triunfa. El fiero ultraje
que hace á la armada holandesa
ciega á Ruytter de coraje.
Ya por terminar la empresa
da la señal de abordaje.

Y la furia creció. Creció la rabia
y el afán de matar. Á los siniestros
fulgores de brulotes encendidos
y naves estallando, el más tremendo
panorama surgió. Sobre las ondas
en fervorosa espuma corre el fuego
con chirrido espantoso. Los abismos,
que las llamas no alcanzan, aun más negros
se ven aparecer, y aun más profundos,
y aun de peligros y de horror más llenos.
Por todas partes mástiles y cofas,
jarcias y tablazón, míseros restos
de rotas naves que la mar golpea
partiendo sus informes esqueletos.
¡Todo era atroz! Con delirante angustia
hombres heridos, mutilados, ciegos,
se ven nadar y demandar auxilios,
á las plegarias la blasfemia uniendo.
¡Cuál gritaban! ¡Con qué ansiedad suprema
asían de una tabla! y ¡con qué esfuerzo

contra amigos queridos, contra hermanos,
con loca rabia defendían el leño!
¡Cuán impasibles, por salvar la vida,
miraban cómo el mar iba sorbiendo,
allí, á su lado, á los que en roncos gritos
demandaban socorro, y cuán coléricos
con sus pies rechazaban al cadáver
que empujaba la mar contra el madero,
recelando que el tronco inanimado
tuviera vida y con la vida peso!
Y la lucha era entonces formidable.
Las galeras de Holanda á barlovento
contra el francés bogaban. Sus costados
volcanes parecían por el fuego,
nubarrones cargados de centellas
sobre el mar impulsados por el viento.
Y allí, entre el humo, entre el rimbombe horrísono
del tronar del cañón, y entre el incendio,
siniestros los cañones flameaban,
y gritaban enjambres de guerreros.

Y el humo, el ruido, el resplandor, la llama,
daba á los hombres pavoroso aspecto;
fantasmas parecían y demonios,
abortos del abismo ó del infierno.
Allí la nave hispana, allí «El Milano»
salta sobre las olas. El velero
bergantín, ante todos, semejaba
tigre en la rabia, pájaro en el vuelo.
Late en el buque el corazón de Yelves;
pero el viejo marino ¡con qué miedo
dicta mandatos de exterminio y luto,
puestos los ojos, sin cesar, en Diego!
En Diego ¡en aquel hijo idolatrado!
que es su bien, su esperanza, su consuelo;
en Diego, que, á la luz de las hogueras,
triste aparece, pero siempre bello.
¡Cómo Yelves lo mira! ¡Cuál le aterra
ver la mar convertirse en cementerio!
Absorto en su temor y en su cariño,
no mira el capitán que otro mancebo

de Diego no se aparta. Al lado suyo
Pablo está como sombra de su cuerpo.
En su mirada ¡arcano impenetrable!
fulgura, con feroz relampagueo,
pavorosa alegría, ansiedad loca,
cruel esperanza, angustiador recelo.
Al ver Yelves llegar la ocasión cruda
del abordaje y al mirar á Diego,
su corazón de padre desfallece
y agarra el triste la bocina trémulo.
¡Va á tocar retirada! El gran marino
piensa en la fuga con vergüenza y tedio.
Otra bocina resonó clamando
con pavoroso y estentóreo estruendo.
Con sus lúgubre sones, detenía
del triste padre el bochornoso intento,
al relatar con ecos lamentosos
que al Almirante el enemigo hierro
las piernas le había roto, y que metido
en un barril de harina, con denuedo,

con heroico valor, pide á la muerte
corone de laurel su último sueño.
Yelves quedó aterrado. Aquel sublime,
magnánimo valor, le presta ejemplo,
y ya quiere luchar, pero pretende
salvar al hijo del peligro horrendo.
Y entonces le ilumina una esperanza.
Manda picar un bote; llama á Diego;
padre, le abraza; capitán le ordena
marchar á la almiranta. El pobre viejo
presiente ó sueña que el navío de Ruytter
ha de alejarse de la lucha presto.
Un esquife se bota. En él se lanzan
Diego y porción de intrépidos remeros,
y Pablo, por la escala se desliza,
ganando ansioso en la barquilla asiento.
Partió el bajel cual rápida saeta.
Partió también el bergantín velero.
Yelves, ya sin agobios en el alma,
manda el combate con terrible acento.

El esquife perdióse entre la niebla.
El bergantín apareció entre el fuego.

VIII

Bogaba, entre las nieblas, el esquife.
Rápido atravesaba el mar inmenso,
su dura palamenta golpeando
de rotas naves la esparsión de restos.
Ni un grito ni una frase. Resonaban
á compás el furioso golpeteo
de los remos que entraban en las olas
y el mugiente alentar de los remeros.
Ya fuera de la línea de combate
vieron los de la lancha el más tremendo
espectáculo. Un buque destrozado,
como bajío informe y gigantesco
hundíase en el mar. Se abrió un abismo,
tragó la enorme masa, y en concéntricos

círculos agitóse el oleaje,
quedando de hombres y despojos lleno.
Diego se alzó convulso, horrorizado.
Escucha con terror gritos, lamentos,
voces mil de «¡socorro!», y ve entre sombras,
y sobre el agua, multitud de espectros
terribles, que la sangre le congelan,
y á sus ojos arrancan llanto acerbo.
¡Son náufragos! Sus voces repercuten
con estridor horrísono; el infierno
selló sus rostros con la horrible mueca
del espanto y la angustia; y en sus cuerpos
todo parece brazos que se agitan:
miriada de tentáculos quiméricos.
Diego gritó: —¡Piedad! ¡piedad!
—¡Socorro!
¡Misericordia! —demandaron ellos.

. . . .

. . . .

. . . .

. . . .

Los náufragos, sus fuerzas redoblaban
para ganar el bote: y los remeros
los cráneos de los míseros hendían
con golpes, sin cesar; algunos de ellos
de los remos se asían con locura,
y exhaustos de piedad los marineros,
entonces los hundían bajo el agua;
trepaban, bajo al agua, por los remos;
y, al salir, ó las manos les partía
hacha implacable, ó su sostén ligero
soltábanles al mar. ¡Terrible cuadro!
Ya la tripulación, falta de aliento,
no pudo resistir. Garras de tigre,
ventosas de moluscos, dientes fieros
de cachalote, en constrictura y fuerza
comparación no hallaron ni remedo,
al ansia y al vigor con que los náufragos,
al fin, las bordas de la lancha asieron.
Resonó un alarido indefinible.

No pudo el bote sostener el peso,
y náufragos, remeros, Pablo, Yelves,
todos dentro del mar desparecieron.
¡Oh, momento terrible! Se vió á Pablo
del abismo surgir, firme, sereno,
y cual buen nadador casi desnudo,
y de su calma y de sus fuerzas dueño.
Se alzó sobre la onda, como un monstruo
hijo del mar, y con convulso anhelo
miró á su alrededor y su mirada
se hundió también en el abismo inquieto.
¡Lo que buscaba apareció! ¡Qué júbilo,
qué placer infernal le oprimió viendo
brotar del oleaje, amoratada,
lívida, la cabeza de don Diego!
Allí estaba el hermano aborrecido,
el hijo amado, el seductor mancebo,
y en sus azules ojos ¡qué de espanto!
¡Cuán lacios y horrorosos sus cabellos!
¡Qué imágen del terror y de la angustia

aquel garzón tan atildado y bello!
¡Y no sabe nadar! Loco se agita,
se alza y se hunde, y, de terror más pleno,
torna á reaparecer, y gritar quiere
y la onda amarga le engurgita el eco.
Allí, á su lado está, y al lado suyo
flota también un roto mastelero,
¡tabla de salvación! ¡Cómo podría
darle la vida que le está pidiendo
con ojos que la muerte desencaja
y que le agranda el angustioso miedo!
—¡Ah, si Yelves lo viera! Ya se hunde
otra vez. ¡Está abajo! ¡Sufre el peso
terrible de la mar! Siente el vacío
del abismo insondable! ¡Qué violentos
martirios sentirá bajo las olas!
¡No reaparece! ¡Ah, sí! Grito tremendo
su garganta ha lanzado. ¿Tú, socorro...?
¡Abel! ¿de quién lo esperas? ¡Caín protervo
te mira padecer, y es la alegría

que por primera vez le embriaga el pecho!
¡Tú, ya vas á morir! ¿Morir?... ¡Tan pronto!
¡Nó! ¡vén! ¡Vestido estás! ¡Así tu cuerpo
no ha de rozar al mío; así mi mano
no sentirá el horror á tu pellejo.—
Pablo con rabia, con empuje fuerte,
le asió de la casaca por el cuello.
—¡Oh, cómo pesa el odio,—murmuraba
al exánime Diego sosteniendo!
¡Oh, cómo pesa el odio! y bravamente
nadaba hacia el rompido mastelero!
Cerca estaban ya dél. Les cortó el paso
informe masa, colosal espectro,
mole infernal, embravecido monstruo
que raudo corre entre el soplar del cierzo.
Era «El Milano.» ¡El bergantin de Yelves!
que, roto, informe, mutilado, negro,
cruza como un fantasma los abismos
y se desliza sobre el ancho piélago.
Su castillo de popa, hecho pedazos,

colgaba sobre el mar, y con estrépito
marchaba desprendiendo los cañones,
y grandes vigas y torcidos hierros.
Con estridor horrible, el maderamen
crujía, simulando los lamentos
de monstrüo colosal. Á sangre olía
y su estela de sangre iba tiñendo.
Y, de la popa, sobre el gran despojo,
pavoroso se alzaba y gigantesco
fantasma de dolor, sombra espantable
del roto buque el temeroso genio.
Pablo lo vió, lo conoció. ¡Era Yelves!
Era el amante padre de don Diego,
de aquel cuya existencia dependía
del leve abrir de sus crispados dedos.
Yelves era. ¡El amante de su madre!
¡El que vertió en su cuna llanto y cieno!
¡Y él al hijo adorado sostenía
mirando al causador de sus tormentos!
—¡Hijo,—gritaba,—Diego! ¡Hijo del alma!—

Y el afán paternal daba á sus ecos
són formidable que vencía al furioso
saltar del agua y al mugir del viento.

IX

—¡Hijo! ¡mi Diego!—clamaba
el triste padre, y su acento
sobre la mar retumbaba,
y gemidor resonaba
entre las alas del viento.

Pablo lo oyó, y lo maldijo.
Y de su rencor en pos
exclamó, en su padre fijo,
—¡Malvado, llamas á un hijo
y estamos muriendo dos!—

Y sus manos quiso abrir,
pero el puño apretó más,
pensando «¡No has de morir!

¡Te salvaré y vivirás
para llorar y sufrir!»

Y sobre el mar bramador
fuerte suspende su presa,
y nada con el vigor
con que remonta el condor
al corderillo que apresa.

Despareció el bergantín.
Llegó Pablo al mastelero,
y él y su carga, por fin,
montados sobre el madero,
van por el ancho confín.

—¡Si estará muerto, Dios mío!—
pensó, viendo á Diego inerte.
—¡Si á mi envidia, á mi odio impío
habrá entregado la muerte,
por burla, un cadáver frío!—

Pasó, entre horrores sumida,
aquella noche tremenda,
y Pablo, con alma herida,

recordó la historia horrenda
del principio de su vida.
—¡Madre!—sollozaba el triste,—
sobre este mar tú rompiste
las virgíneas aureolas;
¡por lo que en él tú perdiste,
vé lo que me dan sus olas!
Cual víctima en el altar
va sobre este duro leño,
sin latir, sin alentar;
arrullándole en su sueño
con mi furia las del mar.—
Lentamente se inundaba
el cielo en luz temblorosa.
La bruma se disipaba
y el sol fúlgido se alzaba
del mar, entre gualda y rosa.
Del atroz combate impío
Pablo no vió los despojos.
Yerto, crispado, sombrío,

de Diego en el cuerpo frío
pone y aparta los ojos.

Su abierto pecho de nieve,
sus grandes ojos cerrados,
su boca marchita y breve,
sus cabellos desrizados,
á contemplar no se atreve.

¡No se atreve! Va extendiendo
el sol su luz, su calor,
y, á su influjo bienhechor,
va el rudo Pablo sintiendo
apagarse su rencor.

—¡Abel! Estás suspendido
(murmuró en hondo gemido)
sobre el mar, antro sin fin,
y en tu sueño protegido
por los brazos de Caín.—

No se atreve á contemplar
con odio al que mira inerme.
Ya no se atreve á increpar

con ira al que un sueño duerme
que tal vez no ha de acabar.
¡No se atreve! Se va alzando
el sol y va su luz pura
de Diego el cuerpo bañando
y á Pablo, absorto, mostrando
su marchitada hermosura.
Melancólica visión
que le atrae, que le fascina,
que le embarga el corazón.
Mirando á Diego, domina
al odio la compasión.
—Él ¿qué mal me infirió á mí?—
murmuró Pablo, sombrío,
y á don Diego acercó á sí.—
¡Qué yerto! ¡Qué horrible frío!
¡Ven...! ¡á mis brazos...! ¡aquí!
¡Ven aquí...! Con emoción,
junto al tuyo golpear
sentirás mi corazón.

¡Por ser mío, con su son
podrá tu alma despertar!

¡Ven aquí! ¡Ven, pobre mozo!
Su cuerpo marchito rozo.
Su cuerpo abrazo y lo estrecho.
¡Oh, madre! dí, ¿por qué gozo
al acercarlo á mi pecho?

¿No es éste el hijo adorado
del que te robó la calma?
¿No es el Abel envidiado?
Pero ¡madre de mi alma!
¡está tan desamparado!

¿No ves ¡oh madre! cuál brotan
sus párpados entreabiertos
lágrimas que en mí rebotan,
y cuántos suspiros flotan
en sus blancos labios yertos?

¿No ves cuál de mí reclama
un momento de clemencia?
¿No ves cuál en mí se inflama,

al contemplar su inocencia,
de santa piedad la llama?
¡Despierta! Vé que me afano
por ver abrirse tus ojos.
Ve que ya, sin odio insano,
por dar vida á tus despojos,
te doy el nombre de ¡hermano!
¡Hermano!—Y Pablo lanzó
este nombre tan sin calma,
y tan fuerte lo gritó,
que de sus labios le entró
el eco á Diego en el alma.

. . . .
. . . .
. . . .
. . . .
. . . .

Volvió en sí Diego. Su boca
exhaló un gemido. El lazo
vió que á vivir le provoca

y «¡hermano!» gritó con loca
alegría en un abrazo.

Y bogan sobre el mar fiero,
circundados de arrebol,
sobre un roto mastelero,
y unidos por un sincero
abrazo que funde el sol.

SEGUNDA PARTE

LOS AMORES DE DIEGO Y EL AMOR DE PABLO



I

Ruytter murió en Siracusa.
y á sus naves destrozadas
también se unieron deshechas
las pobres naves hispanas.
Mal las rigió Montesarchio;
llegan tarde, y poco amparan
al holandés, que sus buques
viste de fúnebres galas.

Las rotas naos, de Palermo
bajo las fuertes murallas,
averías y destrozos
con gran premura reparan.
No se logró tal intento:
Vibonne allí las ataca,
y allí nuestra real marina
despojo fué de las llamas.
Tumba abrió el mar de Palermo
á nuestra gloriosa armada,
de todo piélago asombro,
de toda costa amenaza.
«El Milano» á tal desastre
no asistió. Sobre la playa
de Stromboli, cual cetáceo
que el mar vomitó, se halla.
Allí, tendido en la arena,
su casco todo hecho rajas,
y los huesos enseñando
en sus cuadernas de haya;

roto, quemado, partido,
tiene horrible semejanza
á fantástico esqueleto
que admira y al par espanta.
En su alrededor, muy tristes
y silenciosos, acampan
soldados y marineros,
siempre fijas las miradas
en aquel despojo informe
de su nave altiva y rauda.
Sobre su rota osamenta,
Yelves largas horas pasa,
siempre ansioso interrogando
á las intranquilas aguas.
Las olas contra su buque
cual tigres rabiosos saltan,
y copos de nívea espuma
su rostro curtido bañan.
¡Las olas! ¡Cómo las mira!
Y ¡cuál las sigue si avanzan,

creyendo que alguna trae
á Diego sobre su espalda!
¡Ay, cuántas horas el viejo
mirando á la mar pasaba!
¡Y cuántas olas veía
quebrarse en espumas vanas!
Ya Yelves del oleaje
los tristes ojos aparta,
pues va arrojando á la costa
toneles, mástiles, jarcias,
y va de buitres poblándose
aquella fúnebre playa.
¡Ay del desdichado viejo
si un día, bajo las garras
de las aves de la muerte,
ve al hijo de sus entrañas!
Una noche el infelice,
harto de llorar, miraba
su buque, los tristes restos
de sus tropas, que descansan

en grupos, y en sueño torpe,
sobre las arenas blancas.
¡Duermen! ¡Duermen! ¡Qué felices!
¡Quién durmiera! ¡Quién soñara!
De trecho en trecho lucían
las temblorosas y pálidas
llamas de algunas hogueras
que el viento aviva y levanta.
De los bravos tripulantes
de «El Milano» ¡cuántos faltan!
Los que oyeron las historias
de amoríos y mudanzas,
ya no podrán repetirlas...
¡La muerte sus lenguas ata!
El teniente y el piloto,
la oficialidad bizarra
que en el castillo de popa
glorias dijeron de Italia,
ya en el fondo del abismo
hallaron eterna patria.

Marineros y soldados
duermen. Uno solo canta
muy triste, en son de salmodia,
una picaresca jácara.
El cantor es el sencillo
trianero que contara
sobre «El Milano» la historia
de Pablo, un poco alterada;
aquel que á Pablo temía
y vampiro le llamaba.
Quizás en aquella noche,
sobre aquella arena helada,
junto al bergantín deshecho,
y frente al mar, de Triana
se acuerda, y del claro Betis,
y de la ingente Giralda...
y de su hogar...
—¡Desdichado!—
murmuró Yelves.—Tú cantas
para divertir la angustia

del recuerdo de la patria...
¡Mas tú no has perdido un hijo...!
¡Diego! – gimió,—¡hijo del alma! –
A través del llanto acerbo
que sus pupilas empaña
y al resplandor tembloroso
que despiden las fogatas,
vió, con asombro, un espectro
que lentamente avanzaba
hacia el destrozado buque...
Era desigual su marcha,
fatigosa, jadeante,
si hay cansancios en las larvas.
Pero ¿qué lleva en los brazos
aquella sombra? ¿Qué carga
es la que al espectro rinde
y sus pasos embaraza?
¡Se detiene! ¡El buque observa...!
¡Y le reconoce! Llama
por su nombre al trianero,

que corre al ver al fantasma...
Aquella sombra, ¿no tiene
formas y apariencia humanas?
¿No le recuerda al soldado
que á su servicio tomara...?
¡Bien lo ve! Sí, aquella sombra
que á la orilla del mar vaga
es la de Pablo... El marino
hacia la visión se lanza...
¡No es fingido espectro! ¡Es Pablo!
Y al resplandor de las llamas,
ve que entre sus brazos lleva
á Diego, ¡su hijo del alma!
—¿Vive?—el pobre anciano grita.—
—¡Vive!—responde el fantasma.—
Sólo «¡vive!» escuchó el padre.
De Diego al cuerpo se abraza,
y reanimarlo pretende
con sus besos y sus lágrimas.
Soldados y marineros

se despiertan, y en compactas
filas, al padre y al hijo,
rodean con vivas ansias.
El trianero, de Pablo,
los ojos ni un punto aparta...
y—¡El vampiro!--balbucea
—¡No ví cosa más extraña!
¡Si al vivo chupó la sangre,
¿por qué el muerto nos regala?—
Pablo en Yelves, mudo y fijo,
tiene puestas vida y alma.
—¡Ni me ha mirado!—murmura.—
¡Cuál me olvida y cuál le ama!—
Y entonces vió el trianero
que el vampiro se separa
del grupo. Le vió alejarse
y hundirse en la bruma opaca.
Cuando el viejo oyó el latido
del corazón que idolatra
alzó los ojos buscando

al que tal bien le regala.
—¡Pablo!—gritó.
El trianero,
á quien turba cuanto pasa,
dijo á Yelves:—El vampiro
por no aceptar ni la gracias
voló... ¡Sin chupar su sangre!
¡No ví cosa más extraña!—

II

Formando esquina á la calle
que hoy se llama de «Alfaqueque»,
y frontero á la vetusta
iglesia de San Vicente,
se alzaba, en antiguos tiempos,
un caserón viejo y fuerte,

al cual honor diera y lustre
el escudo de los Yelves.
Su fachada era severa,
el alero muy saliente,
mucho herraje en los balcones,
y de piedra las paredes.
Pasando la enorme puerta,
un amplio zaguán se extiende,
muy limpio y bien empedrado,
y siempre con luz, pues siempre
alumbran dos farolillos
á un Cristo que en la Cruz muere.
Al zaguán abre una cuadra
donde dos buenos corceles
hace ya tiempo relinchan
aventando en los pesebres.
Dá el zaguán á un ancho patio
en que rumorosas fuentes
prestan frescura y rocío
al naranjo, siempre verde,

al laurel, siempre lozano,
al boj que la escarcha vence.
Del patio arranca marmorea
y ancha escalera, que tiene
por techumbre altiva cúpula
de artesonados de alerce.
Y la escalera subiendo,
y empujando un portón fuerte,
éntrase en cámaras llenas
de riquezas que sorprenden.
Allí muros revestidos
de los cueros cordobeses,
y chales de cachemira
y cien pérsicos tapetes.
Allí, sobre grandes mesas
ó dentro de ricos muebles,
ó pendiendo de los techos
ó cubriendo las paredes,
se admiran guzlas, ajorcas,
albornoces y broqueles,

grandes arcones de nácar,
porcelanas, y juguetes,
que muestran el arte extraño
del hábil chino paciente;
gurdas de Dahomey, fetiches;
mejicanos brazaletes,
caftanes turcos; horrendos
idolillos japoneses.
Allí guerreras enseñas
y trofeos de la muerte.
Las largas flechas del indio
enherboladas y aleves,
mazas y rompe-cabezas,
gumías de bereberes,
pedreñales y pistolas,
cascos, guantes, coseletes...
Allí disecadas aves,
allí bien curtidas pieles
de osos del Polo, de tigres
del Indostan, de serpientes...

Allí modelos de buques,
allí los retratos fieles
de Bazanes y de Oquendos,
de Colones y Corteses...
Allí instrumentos de náutica,
mapas, rollos de papeles,
y cartas de mareantes
y libros de viajes célebres.
Y en medio de tan bizarras
muestras de pueblos y gentes,
sumida en honda tristeza
vive la esposa de Yelves.
¡Infeliz! La despedida
le dieron ha muchos meses
hijo y esposo... y ninguna
noticia de los dos tiene.
¡El mar...! Ella no lo ha visto,
más debé ser cual lo teme,
inmenso, lleno de monstrúos
y de abismos que se mueven.

El mar... ¡Qué horror! Y los hombres
buscan frágiles bajeles
para luchar, añadiendo
al peligro el odio aleve.
Los hombres ¿tienen entrañas?
Ella bien dudarlo puede.
Á ella, en ausencia de Diego,
ausencia por la que muere,
hienas con rostro de hombres
verla pidieron mil veces.
Soñaba la pobre madre
tener nuevas del que quiere,
y sus puertas les abría,
y ellos, al dolor inertes,
en vez de nuevas felices
martirios sólo le ofrecen.
¡Han pasado muchos días!
¡Transcurrieron muchos meses!
Don Diego hizo muchas vendas
en los moceros deleites,

y ellos sufren inquietudes
y ellos con ansia pretenden
saldar sus cuentas... ¡Quién sabe
si no tornarán los Yelves!
Y la contaban historias
de destrozados bajeles,
de brulotes incendiados,
de naufragios y de muertes...
Don Diego era un bravo mozo...
Su oro le dieron alegres...
pero tarda... y su dinero
les hace falta y lo quieren...
Y la desdichada madre
paga deudas, joyas vende,
y sin reparar en cifras
rescata odiosos papeles...
Sin cesar, junto á los hierros
de un balcón, abierto siempre,
la vieron los que rondaban
la calle de San Vicente.

Estatua de mármol era,
pero en el rostro de nieve
de aquella estátua saltaban
gotas de llanto ferviente.
Una tarde escucha extraño
rumor de voces alegres,
le da el corazón un vuelco,
abre el balcón, y demente
de ansiedad, mira á la calle...
Ve niños, hombres, mujeres,
soldados, que hacia su casa
en compacto grupo vienen.
Y en el centro va un marino
que á un bello mozo sostiene...
—¡Ellos son! ¡Alvar! ¡Mi Diego!—
grita; y corre, y desfallece...
—¡Madre!
—¡Esposa!
Y las tres almas
se unieron estrechamente.

III

Los de Yelves tornaron. ¡Qué alegría!
Qué voces de entusiasmo y regocijo
el hogar aturdieron! La agonía
de la madre cesó. ¡Ya ve á su hijo!
¡Yá le puede abrazar! Más ¡qué amargura
le produce el mirar cómo ha tornado
su Diego idolatrado!
—¡Cuál la borrasca y la tremenda lidia
del humano rencor, pobre hijo mío,
te han devuelto á los brazos maternales!
¡Tu frente cuan marchita! ¡Y qué sombrío!
crespón cubre tus ojos celestiales!
¡Duerme, mi bien! Suavísimo reposo
torne á tu corazón la dulce calma
y á tus megillas el carmín hermoso!
¡Duerme tranquilo, Diego de mi alma!

Por tí vela mi férvido cariño.
Olvida que eres hombre entre tus sueños,
y abre tus labios dulces y risueños
y dame, en tu soñar, besos de niño.—
Cuando al mozo el insomnio sacudía,
la madre imaginando
que, tal vez, pesadumbre sentiría,
sus juveniles deudas recordando,
le contaba, con risas, la crudeza
y la ávida inquietud de los logreros...
más nada hay que temer, yá con largueza
pagó á los maldecidos usureros.
Y si Diego intentaba una disculpa,
exclamaba la madre:
—La inesperiencia juvenil no es culpa...
¡Nada sabrá tu padre!
Y... luego... ¡ya lo sé! tu eres muy bueno.
Son malos tus amigos... ¡No te arguyo!
Pero evita su trato... porque el cieno
salpica á cuanto vive al lado suyo.

¡No suspires! ¿Te aflige que haya dado
mi mezquinos ahorros por tu calma?
¡No tan ruin sacrificio desvelado
te tenga, hijo del alma!
La sangre de mis venas
toda te la daría, ¡pobre Diego!
Olvida ya tus penas,
si no por tu quietud, por mi sosiego.—
Yelves también entraba á cada instante
en la estancia del mozo. El buen soldado
contenía el aliento jadeante,
ruido temiendo hacer, y palpitante
se colocaba de su esposa al lado.
—¿Y está despierto?—la pregunta
—Duerme,—
dice la madre, y el marino rudo
quédase en pie, y en su dolor inerme,
y como estátua de la angustia mudo.
Si Diego le oye entrar y así le llama
aquel viejo león, ¡con qué embelesos

le contempla y le arrulla! y, ¡cómo inflama
sus yertos labios con ardientes besos!
—¡Aquí tu capitán viene á abrazarte!—
clama con ronca voz que afina en vano.—
¡Bravo soldado, en la desdicha hay gloria!
Dá un beso al padre, al capitán la mano!
¡Fuerte la estrecha! ¡Así! No á tu memoria
acose el vencimiento inmerecido.
Lucharon bien, pregonará la historia.
El mar les fué traidor. El fementido
no al francés dió el laurel con la victoria.
¡Animo! ¡Ten valor! Calma tu pecho,
y olvida los horrores de aquel día.
Pronto tu edad te arrancará del lecho,
y el sol encenderá tu fantasía.—
Diego recobró el brío
juvenil, en sus ojos celestiales
alzóse el sol, y con calor de estío
rompió las ligaduras sepulcrales.
Tornó al mancebo el vigoroso encanto,

y á sus megillas los carmines bellos;
y ya sus padres sin dolor ni llanto
de su Diego gentil y sonriente
vieron flotar al aire los cabellos,
rica diadema de su blanca frente.
Y entonces recordaron al valiente
salvador de su hijo; á aquel soldado
por quien tan gran placer se manifiesta
de Yelves noble en el hogar honrado.
La madre con afán, verle quería
para echarse á sus pies. Yelves propicio
á todo se mostraba. ¡Cual no había
de querer él premiar tan gran servicio!
Diego, con alma abierta,
clamaba sin cesar: —¡Será mi hermano!—
—Á atender á su dicha nadie acierta,—
exclamaba riendo el buen anciano.—
¡Más que vosotros le daré, á fé mía!
Tengo en mi estancia un cofre muy relleno
de escudos relucientes. ¡Qué sangría

voy á darle en el seno!
Plata querrá, más yo, por mi decoro,
le haré pesar en oro.
Y observaréis, honrada esposa mia,
y tu, adorado Diego,
qué alborozo sin tasa
siente Pablo, y qué indómita alegría,
al ver salir talego tras talego
en triunfal procesión hacia su casa.—

IV

Dejó el lecho... y, cual curioso
huesped, su casa cruzando,
todo objeto iba observando
con dulcísimo interés.
Y su hogar, muy lentamente,
con sus padres recorría,
gozoso por lo que vía,

quizás por primera vez.
Con infantil desvarío
en todo un juguete hallaba...
ya un viejo casco admiraba,
ya blandía un espadón,
ya preguntaba la historia
de un pabellón destrozado,
ó escuchaba embelesado
prodigiosa relación.
Ya con los ojos seguía
las derrotas mil que ledo
le trazaba con el dedo
su padre en un mapa fiel.
O, cuando se hallaba solo,
con las cifras, no olvidadas,
de sus deudas, bien pagadas,
emborronaba un papel.
Ya en un sillón recostado,
al declinar de la tarde,
con espíritu cobarde,

recordaba el negro mar.
Y entonces surge la sombra
de Pablo y, en lazo estrecho,
siente el calor de su pecho
y «¡hermano!» se oye llamar.

¡Pablo! ¿Habrá vuelto á la guerra?
¿Habrá quizás sucumbido?
De aquel hombre, ¿qué habrá sido?
¿Quién premió su noble acción?
¡Nadie! ¡Nadie! Su recuerdo
le anublaba la alegría,
y con gran peso sentía
palpitar el corazón.

Sus padres siempre le oyeron
repetir de Pablo el nombre
y preguntar si aquel hombre
su amor, por premio, obtendrá.
Y, al fin cansado, exclamaba
don Alvar:—Eres un niño;
al buen Pablo, no cariño

le hace falta; oro querrá.

No á Pablo olvido. Pesquisas
se han hecho para buscarle,
y, si logramos hallarle,
cual noble me portaré.
No tu espíritu fatigues,
ni tu memoria desveles:
que por mucho que tú anheles
para él, más le daré.

La salud volvió al mancebo,
y ya el doctor, muy ufano,
por receta el aire sano
del campo le aconsejó.
De San Juan de Aznalfarache
á una huerta deliciosa
de Yelves la noble esposa
con su hijo Diego marchó.

Allí, ¡qué dulces las horas
transcurrían! ¡Qué embelesos!
¡Qué de abrazos! ¡Cuántos besos

se regalaban los dos!
¡Cómo la madre gozaba
de su hijo! Y ¡cómo al mozo
inundaba el alborozo
que á los buenos presta Dios!

¡Con qué férvido entusiasmo
las dos almas se adoraban!
¡Cómo se compenetraban,
componiendo un solo ser!
¡Cómo volvían risueñas
á pasar las dulces horas
de la infancia...; esas auroras
de divino amanecer!

Allí la piadosa madre,
de Dios hablaba al mancebo,
y le enseñaba de nuevo
á rezar y á bendecir...
Y, blando como la cera,
el corazón de su hijo,
á su voz, oró y bendijo

con emoción infantil.
Allí, en calma, y con la mente
arrobada en la hermosura
de la espléndida natura,
siempre halló en su corazón
purísimos sentimientos
para amar cuanto veía,
con dulce melancolía
y mística inspiración.
Contemplaba con deleite,
al despuntar la alborada,
la huerta toda incendiada
con tembloroso carmín;
y como el sol se iba alzando
del nacarino celaje,
bordando de rojo encaje
la arboleda del jardín.
Miraba rasgadas sombras
huyendo entre el verdor frío,
y las gotas de rocío

blandamente titilar,
brillando sobre las hierbas
como perlas transparentes,
como zafiros fulgentes,
ó como hilado cristal.

Y miraba, embebecido,
abrirse á la luz las flores
y, cual suspiros de amores,
sus perfumes despedir,
y reventar las granadas,
rubíes desparramando,
y el limonero enseñando
su oro con vivo lucir.

Y embelesado escuchaba,
la suavísima harmonía,
del himno del nuevo día,
formado con el trinar
de las aves, que en las frondas
sus plumas esperezaban,
y entre las ramas saltaban,

rompiendo luego á volar.

Y escuchaba con encanto
el discordante chirrido
de la noria, y el zumbido
del verter del cangilón,
y el rumoroso hervidero
del caño de agua, que ronco
cae en la alberca y suena bronco
con muy monótono son.

Allí ve salir mugiendo
á la vaca, al cerdo hozando,
á la gallina escarbando,
y retozando al lebrel;
y oye el bullir del insecto
y de la rama el charlido,
y del ánade el graznido,
y el relincho del corcel,

Y toda aquella harmonía
con su encanto le seduce,
y le embriaga y le produce

desconocida emoción.
Y la aurora, el sol, las fuentes,
los pájaros, el follaje...,
todo hablaba, con lenguaje
no escuchado, al corazón.

Él y su madre, gozosos,
del bello huerto salían,
y los campos recorrían,
de la tarde al declinar;
cruzaban los olivares
y, atravesando ligeros
los empinados senderos,
iban al templo á rezar.

La iglesia al pueblo domina
y fuerte muro sostiene
ancho terrado que viene
á ceñirle en rededor...
y desde el cual, por lo enhiesto,
la vista se desparrama;
y es de inmenso panorama

delicioso mirador.

Después que en el santuorio
la oración les abre el alma,
se sientan, en dulce calma,
en el terrado gentil,
y entretienen largas horas
la campiña contemplando
y los pueblos recontando
que descubren desde allí.

Cayendo el sol, el paisaje
magnífico, embelesados
contemplaban y, arrobados
en la espléndida visión,
mil veces se repetían
sus gozosas impresiones
latiendo sus corazones
á un compás y con un son.

– Mira á tus pies cuál blanquean
las casas del pueblecillo.
—Mira, madre, qué amarillo

aparece el tarajal.
—Mira el río cómo corre,
cual sierpe de plata huyendo...
—Vé á Tablada reluciendo
como verdoso cristal.
—¡Cuál dora el sol la Giralda!
—¡Qué metálicos reflejos!
—¡Cuál brillan los azulejos
de iglesias y casas mil!—
Y, al ver la ciudad hermosa,
van sus torres señalando
y por ellas van buscando
con alborozo infantil
los distintos monasterios,
las iglesias parroquiales,
y las casas principales,
y su morada después.
—¡Allí!—dice muy risueña
la dama...—nuestro hogar veo.—
—Te engaña, madre, el deseo,—

exclama el mozo—¡Allí es!—
De estos pequeños placeres
gozaban sus almas puras,
¡y no hay mayores venturas
que las que sencillas son!
Pero estas dichas muy pronto
fugaces se disiparon,
y otros anhelos entraron
de Diego en el corazón.

. . . .

. . . .

Del *Angelus* era el toque.
Sin sombrero y de pie estaba
el mancebo y murmuraba
la vespertina oración...
Y al decir con fervoroso
acento:—¡Salve, María!—
vió que del templo salía
pura, mágica visión.
El rezo se heló en su boca.

Mas debió seguir orando:
que está á una mujer mirando,
que es bella y virgen también.
En sus labios se heló el rezo
y caer quiso de hinojos,
ante aquel sér que sus ojos
con mirar absorto ven.

¡Qué modesta y cuan hermosa
aquella dama aparece!
¡Cómo su sér resplandece
entre encendido arrebol!
La veía, la admiraba,
encantado, embebecido,
como á un ángel revestido
con resplandores del sol!

Como á un ángel que el muriente
astro en la tierra dejaba;
¡cual querub que abandonaba
por un momento el altar!
La madre miró á su hijo

y á la dama miró luego...
y murmuró:—¿Sufres, Diego?
—¡Ay, madre...!
—Empezaste á amar.

V

Llega el amor como ladrón, callando;
y más destroza el alma
cuanto menos se vive recelando.
Ya, perdida la calma,
el corazón de Diego se entreabría,
como temprana flor, al beso blando
de la fúlgida luz de nuevo día.
Y allí, al recuerdo mundanal dormido,
en no turbados éxtasis bebía
con deleite en la luz, en el sonido,
en la flor, en la brisa y en la nube,
la copa del placer que la natura

le brindada por manos de un querube.
La soledad, con mística dulzura,
su corazón de niño saturaba
de vaga y melancólica ternura,
y, asombrado y confuso, no acertaba
á dar nombre al dulcísimo concento
que dentro de su pecho resonaba:
á aquel himno que oía
en el susurro de la fronda umbría,
en el murmurio del arroyo lento,
y que «¡amor!» sólo «¡amor!» suave decía,
como si fuese ¡amor! único acento,
solo ritmo de paz y de alegría
con que hablasen la flor, el ave, el viento.
Y es que *amor* es el verbo de natura,
su cántico eternal, voz del poema
de todo lo que muere y lo que nace.
«¡Amor!» dice del lago la onda pura,
el astro de la luz que en luz se quema,
la nieve que en la cumbre se deshace,

la fuente cristalina,
la temblorosa gota de rocío
y el azulado mar que sorbe al río.
«¡Amor!» murmura la robusta encina,
cuya sombra refresca al buey cansado,
la rosa purpurina,
trono esplendente de insecto alado,
la inmaculada flor de la montaña,
la vid lasciva que se abraza al olmo,
el fragante tomillo cuyo zumo
presta á la abeja miel, el blanco humo
de la feliz cabaña,
el musgo que á la piedra
da tapiz de afelpados resplandores,
la vigorosa hiedra
que dilata sus brazos opresores,
los arpegios suavísimos de amores
que al borde de sus nidos
entonan á compás los ruiseñores.
«¡Amor!» pregona el matinal lucero,

la vespertina estrella
cual nacarado broche
del negro manto de crespón ligero
que envuelve las espaldas de la noche.
«¡Amor!» cantan las águilas, alzando
las alas orgullosas
y sobre la alta nube al sol mirando,
y «¡Amor!» cantan las almas fervorosas,
venciendo de las águilas el vuelo
con la oración que cual incienso sube
y traspasa la nube,
y deja atras al sol, traspone el cielo,
y llega á Dios en alas del querube.
La voz había de natura hablado
al corazón de Diego.
Ya su pecho encendido, iluminado
estaba por la luz y por el fuego.

VI

¡Diego amó! Soles y auroras,
humos, arpegios suaves,
esencias embriagadoras,
dulces trinos de las aves,

lucid, resonad, y al viento
esparcíos. No la palma
lograréis con vano intento,
que Diego lleva en el alma

más luz que derrama el sol,
más aroma que el jazmín.
más fulgor que el arrebol
en celajes de carmín.

Y esa lumbre y ese aroma,
y ese fulgor y esa miel,
con arrullos de paloma,
dicen un nombre: «¡Isabel!»

Ese es el eco y el son
en que el mozo halla fundidos
de toda la creación
luces, aromas, sonidos.

¡Isabel! la clara estrella
de las noches de su cielo;
¡Isabel! la virgen bella
de su esperanza y su anhelo.

¡Isabel! sol que le inflama,
encanto que le fascina,
claro fulgor de la llama
que le abrasa y le ilumina.

En cuanto vé, en cuanto toca
la finge su pensamiento...
el clavel... así es su boca,
el nardo... huele á su aliento.

VII

Una tarde en que don Diego
y su madre contemplaban
desde el extenso terrado
la ancha vega sevillana,
ante densa polvareda
que el sol muriente abrillanta,
sobre un alazán fogoso
que lleva en los cascos alas,
vieron á Yelves, que rápido
hacia los dos adelanta.
Hijo y esposa, con júbilo,
celebraron su gallarda
apostura y la firmeza
con que á sus años cabalga.
Muy afanosos bajaron
del pueblecillo á la entrada,

para al marido y al padre
darle los brazos y el alma.
Los tres, con dulces caricias
y cariñosas palabras,
se festejaron, del huerto
ganando la senda franca.
Lleva Diego de las riendas
al corcel, Yelves descansa
en su brazo, y de su esposa
besa las manos nevadas.
Van subiendo lentamente
la cuesta, que no les cansa
por lo dulces que se miran,
por lo tiernos que se hablan.
Llegaron al lindo huerto
que les refresca y ufana;
cenaron alegremente,
y luego sabrosa plática
emprendieron. Gusta al mozo
oir la voz de los que ama,

pero prefiere el arrullo
de su paloma adorada.
Vá á sonar la hora dulcísima
de la cita; y ya, sin calma,
siente que ó el sillón le punza
ó que de sí le rechaza.
En su asiento se remueve,
y se agita, y se levanta,
y torna á sentarse, y luego
nerviosamente se alza,
asomándose afanoso,
mil veces, á las ventanas.
Ya de su madre y del viejo
el gárrulo hablar le enfada.
Con mil arbitrios intenta
poner término á la charla,
y con astucias, al viejo
quiere llevar á la cama.
La madre ¡al fin madre! observa
de Diego las vivas ansias,

y su inquietud comprendiendo
sólo pretende aliviarla.
Pero Yelves, que es ladino,
sospecha de tanta instancia,
mira á su esposa y á Diego,
y tanto escruta sus almas,
que halla, al fin, mudas respuestas
á sus preguntas calladas.
—Vete, Diego...—
Alegre el mozo
con solicitud abraza
á sus padres... y ligero
hacia la puerta se lanza.
—Espera—murmuró Yelves.—
El mozo quedó hecho estatua.
—¿Vas á dormir?
—¡Padre mío!—
Quiso hablar, se halló sin habla.
—¡No vas á dormir! Lo entiendo.
Está muy serena y clara

la noche. Vete, hijo mío,
á contemplar la estrellada
bóveda azul de los cielos,
y al cielo en una ventana.
—¡Padre!
—¡Esposo...!
Lanzó Yelves
estentórea carcajada,
exclamando: —Dí, ¿es muy linda?—
Don Diego calló. Le espanta
que, entre risas y entre burlas,
se hable de la que idolatra.
—¡Pobre mozo! —añadió Yelves.—
La turbación te delata.
Viniste enfermo del cuerpo,
te irás enfermo del alma.
Pero no cual juez me mires.
¿Crees que te traigo firmada
mortal sentencia? Responde,
que es tu padre quien te habla.

—¡Padre!

—¿Es muy linda?

—Sí.

—¿Cómo

tu Dulcinea se llama?

—Isabel.

—¿Sin apellido?

—Muy honrado.

—¿Y tú lo callas?

—Isabel Vázquez de Luna

se nombra la ilustre dama.

—¡Vázquez de Luna?

—Sí.

¿Huérfana

es de padre?

—En la batalla

de las Dunas, como bueno

dió su vida por la patria...

—¡Murió en mis brazos!

—¡Dios mío!

¿Qué decís?

—Juntos la infancia
vimos pasar, y ya mozos,
juntos en cruentas batallas
peleamos. ¡Con su sangre
mi pecho empapó! Mañana
veré á Isabel.

—¡Qué alegría!

—Es muy pobre, pero hidalga;
y pues que os amáis, yo creo
que el cura está haciendo falta.
Ve á la reja donde brilla
el astro de tu esperanza,
y dí á Isabel, que tu viejo
padre la bendice. ¡Marcha!—
Cayó el mozo conmovido
de Yelves ante las plantas,
abrazando sus rodillas,
y vertiendo dulces lágrimas.
Y, muy luego, de la reja

de Isabel, tiernas plegarias
de felicidad, al cielo
arrebataron las auras.

VIII

Era una noche de Mayo,
de aromas y de luz llena,
noche de apacible calma,
de brisas suaves y frescas.
Por el camino, que trocha
más bien llamarse pudiera,
que arranca de Aznaltarache
y hasta el ancho Tardón llega,
camino que no se aparta
de la plácida ribera
del Guadalquivir, que á trechos
de claras linfas le riega,
pausado rodaba un coche

del que dos mulas manchegas,
más altas que dromedarios,
tiran con viva presteza.
Van en el coche la esposa
de Yelves junto á Isabela,
y frente á las dos, muy grave,
reverendísima dueña.
Á un lado y á otro del coche,
casi rozando sus ruedas,
y á sus corceles briosos
siempre acortando las riendas,
van don Alvar y don Diego,
con gran pompa y gentileza.
Viejo y dama, dueña y mozo,
todos miman y festejan
á Isabel, que en las dulzuras
de su casto amor se anega.
La luna que, en su semblante,
sus más puros rayos quiebra,
el azahar que perfuma,

los ruiseñores que arpegian,
las blandas olas del río
de murmurantes cadencias,
las brisas susurradoras
que vagan por la alameda,
luna, rio, flores, aves,
toda la naturaleza,
canta en el alma sencilla
de Isabel, esos poemas
de inefables armonías,
que escucha el alma despierta
sólo en los veloces años
de la juventud primera.
Isabel embelesada,
mira la extensión serena
del cielo, cual si sus ojos
buscasen tras las estrellas
á Dios, para darle gracias
por el bien con que la alegra.
Iban ganando camino;

el camino que se muestra
vestido de luz, con sombras
cortadas, rasgadas, negras.
Á un lado ven los viajeros
el vallado en que se enredan
en espinosa maraña
la zarzamora, la higuera,
el hopal, todo tejido
de aromosa madreselva.
Tras los vallados espesos
que las luciérnagas pueblan,
huertos pródigos, jardines,
altos habares, praderas,
naranjos y limoneros
en cuyas flores destella
la luz, bordando las frondas
de plateadas estrellas,
que rompe el aire, fingiendo
que de los árboles nieva.
En la calma de la noche

se escucha en suave cadencia,
rumorosa, indefinible,
de notas vagas y trémulas,
el ladrido de algún perro,
de algún manso la cencerra,
el rechinar de una noria,
el agua que cae en la alberca,
el tañir de una guitarra,
la voz gutural y tierna
de un hortelano que entona
las quejumbrosas endechas
con que el andaluz divierte
sus cansancios ó sus penas.
Al otro lado, ramosos
sauces, múltiples hileras
de altos álamos, de hojas
mitad blancas, mitad negras,
tupidos cañaverales,
y entretejidas mimbreras.
Si alguna vez, de este lado,

hay calvas en la arboleda,
ó en el mimbreral, del Betis
se ven las aguas serenas
correr en ondas de nácar
á la plácida ribera
saltando sobre los juncos
que una y otra vez doblegan.
Se ve entonces á Sevilla
en fulgor nítido envuelta,
como una ciudad de plata
que en fulguración destella.
Isabel sacó del coche
la hermosísima cabeza,
y, hacia atrás mirando, dijo:
—¡Qué lejos San Juan se queda!...—
Y respondióla su amado:
—¡Mira qué cerca! ¡qué cerca
está Sevilla y el templo
y el altar que nos espera!—
El coche al Tardón llegaba.

Rumores de alegre fiesta
de multitud bulliciosa
el viento en sus alas lleva.
Escucharon los viajeros
el rumor que se acrecienta,
y el rumor se rompe en gritos
que los espacios atruenan.
—Mira, Isabel,—jubiloso
exclamó Diego,—qué estrella
tan dichosa nos preside
cuando á la Divina Reina
de los Cielos encontramos
de nuestro hogar á las puertas.
—¿La Virgen...?
—Mira.
De niños,
de hombres, mujeres y viejas
lleno está el ejido. Toda
Triana festiva y contenta
recibe á la Santa Virgen

á quien ama y victorea.
Será la huesped del barrio,
y, al par, como Madre tierna
su consuelo y regocijo,
su amparo y su providencia.
Viene aquella hermosa Virgen
de la provincia frontera,
á marchas muy espaciosas,
siendo luz de las tinieblas,
pues mil antorchas lucientes
la acompañan y rodean.
Meses pasará en Triana,
que la recibe de fiesta
y que luego, al despedirla,
saldrá entre llantos y quejas.
¡Qué procesión tan bizarra,
tan garbosa y pintoresca!
El Mayordomo, jinete
en una orgullosa yegua,
que, por ir abriendo fila,

gallarda caracolea,
rompe la marcha, y la siguen
los cofrades, que en la mesa
tienen cargo, y el buen cura
en una mula andariega,
que, por los sustos que cobra,
no da paz á sus orejas.
Vienen después, en dos filas,
con gran pompa y gentileza,
sobre refrenados potros,
muchos romeros que llevan
en la una mano la brida,
en la otra un hachón de brea
cuya roja llama el aire
revuelve, abate, despliega,
y en vivos chisporroteos,
ensancha, estira y concentra.
Aquellas partidas llamas,
que ni un instante se aquietan,
cuando á distancia se vieron

tomáronse por estrellas,
por luceros fugitivos
cuando cruzaban la vega.
Ahora, al entrar en las calles
de Triana, se festeja
su resplandor con mil voces
de regocijo y de huelga,
¡Cuál los nombres se publican
de los romeros! ¡Qué gresca
se arma á su paso! ¡Qné dichos!
¡Qué frases tan picarescas!
¡Cómo las mozas sonríen!
¡Cómo los hombres vocean!
¡Cuánto los rapaces gritan
y cuánto gimen las viejas!
Dá gozo ver á los chicos
que, desnudos de pie y pierna,
corren tras de los caballos
y á los ginetes se acercan
para palpar los hachones

cuya luz les embelesa.
¡Cuánta madre al tierno niño
alza del suelo y lo deja
en brazos de algún romero
que sobre el arzón lo sienta!
Y, ¡con qué cara de asombro
el pequeñuelo contempla
cuál van cayendo encendidos
los goterones de brea!
¡Qué procesión tan bizarra!
¡Qué lucidísima fiesta
es la alegre romería
en que se canta y se reza,
y en que con dorado vino
agua bendita se mezcla!
Dos enormísimos bueyes
engualdrapados de seda,
con yugo y frontal de plata
en que lucen por cimeras
dos encendidas antorchas

cuyas llamas cabecean,
lentamente van tirando
de una muy grande carreta
toda vestida de flores,
toda de aljófar cubierta.
Allí, en fúlgido estandarte
bordado de finas piedras,
entre un enjambre de luces
la siempre Virgen campea.
Al verla los trianeros
gritan, lloran, piden, rezan,
y un clamor es todo el barrio
y un ¡viva! todo resuena.
El viejo Yelves, su esposa,
el mozo, Isabel, la dueña,
todos se postran de hinojos
ante la Imagen excelsa.
—¡Mira que hermosa! decía
Diego.
—Y murmura Isabela,

entre ferviente plegaria:
—¡Madre! ¡que él siempre me quiera!—
Detrás del carro bendito,
en apiñada y revuelta
confusión, marchar se vían,
á pie, á caballo, en carretas,
multitud abigarrada,
gritadora y desenvuelta.
Todo es un bosque de antorchas;
y la densa polvareda
que se levanta parece
de carmín que centellea.
Todo es risa y palmoteo
y repicar castañuelas,
tañir guitarros y adufes,
y cantar jácaras nuevas,
y alzar botas, y hacia el suelo
rendirse frentes bermejas.
Pasaba ante los amantes
con gran bulla una carreta

llena de flores, pues flores
son las garridas doncellas.
Allí el ruido y el holgorio
casi rayaba en demencia.
—¡Qué alegres vienen!
—Sí, Diego,
—exclamó Isabel.—¡Qué bellas
son todas, más no me gusta
que así las mires!—
Suspensa
la mirada el mozo tiene
en una linda chicuela
que á él con impuro descoco,
más que le mira, le observa.
—¡Adiós Guarracha! -gritóle
un oficial de chamberga,
que está en un grupo de hombres
de cataduras siniestras.
—Adiós, don Pindo... Adiós, Maño,
adiós Rantoja, adiós, Piernas...

adiós, Fernández y Pórquel...
adiós, Berraco y Laceta,—
gritaba la chica haciendo
á cada ¡adiós! una mueca...
Don Diego volvió los ojos
rápidamente á Isabela.
Su mano estrechó y la dijo
con voz fervorosa y trémula:
—¡Yo por la Virgen te juro
que te amaré hasta que muera!—

IX

En aquella misma noche
¡tan dichosa para Diego!
muy triste y muy fatigado
y muy de polvo cubierto,
y aunque triste, muy altivo,
y aunque fatigado, esbelto,

y aunque cubierto de polvo,
marciales galas luciendo,
entró á pie y solo un soldado
en el sevillano pueblo.
Cruzó plazas y callejas,
y, cual si fueran volviendo
á su corazón el brío,
la fortaleza á sus miembros,
al par de que más se entraba
en la ciudad, más ligero
era su paso, y sus ojos
adquirían mayor fuego.
Atravesó muchas calles,
sin detenerse un momento,
hasta llegar de una iglesia
al cerrado cementerio.
Del largo tapial se alzaban
erguidos cipreses negros,
relumbrando entre las frondas
los ojos de los mochuelos.

Ruidos estraños se oían
tras de aquel tapial horrendo,
y acercándose á la reja,
ó cancel, que hay en su centro,
mirábanse mil lucillos,
mil cruces... y en el frontero
muro, allá al fondo, un retablo,
que en tal lugar daba miedo.
Las almas del purgatorio
muy bien representa un lienzo,
y el resplandor oscilante
de un farolillo y los trémulos
fuegos fátuos vagarosos,
trazan terribles reflejos
sobre el cuadro, á sus pintadas
llamas dando centelleos.
Llegó al cancel el soldado,
quitóse el ancho sombrero
y postrándose de hinojos
con gemidores acentos

murmuró: —¡Madre del alma!
¡Escucha! ¡Aquí estoy! ¡Ya he vuelto!
¡Cuánto, cuánto, muerta mía,
me habrás echado de menos!
¡Aquí estoy! ¡Darte compaña
en tus soledades quiero,
y acariciar, con sollozos,
sombra que besar no puedo!
¡Aquí estoy! De tu sepulcro
torno á ser amante tierno;
centinela de una fosa
que es mi imán y mi desvelo.
¡Aquí estoy! Di que me escuchas,
¡madre! que yo hablarte quiero...
¿De cómo partí te acuerdas?
¡Mira, mira como vuelvo!
Mi partida fué con hieles,
y mi llegada con miedos.
Yo traigo para tu tumba
más que llantos, vencimientos,

cenizas de mis rencores
y odios de piedad cubiertos.
¡Mírame, madre adorada!
Mírame desde los cielos,
y dime si no fué culpa
el olvidar juramentos
Dicen que el perdón da gozos
y la clemencia consuelos;
y clemencias y perdones
me abren y angustian el pecho.
¿Qué perdón es este ¡oh, madre!
que juntamente en mi seno
mezcla hiel en lás dulzuras
y en los placeres tormentos?
¿Qué perdón es este ¡oh, mártir!
del que á veces me avergüenzo,
perdón que me quema el alma,
y que me arrebata el sueño?
¿Qué perdón es este ¡ay, triste!
que al par lo lloro y celebro,

que al par me abruma y me alivia,
que es llama y al par es hielo?
Yo al ladrón de tu pureza,
al que me vistió de cieno,
al padre, que jamás hijo
me llamó, su hijo he devuelto...
Sí, le salvé de las olas
de aquel mar, en cuyos densos
abismos tus puras alas
de virgen rotas cayeron.
¿No es verdad, madre, que al verme
flotando sobre un madero
y con mi cuerpo prestando
calor al cuerpo de Diego,
en esa tumba olvidada
se removieron tus huesos?
¡Le salvé! Y oye que amargos
dicen ¡le salvé! mis ecos,
cual si el bien en mí tomara
formas de remordimiento.

Yo vuelvo aquí, madre mía,
y yo no sé como vuelvo;
yo no sé si entre las brasas
del odio quemarme siento,
ó si en las linfas purísimas
de la clemencia me anego.
Sé que sufro y que batallo,
sé que me consumo y muero
por llevar sombra en el alma
y luz en el pensamiento.
Mis tristezas, mis dolores
y mis angustias te ofrezco...
¡Aquí estoy! ¡Para compañía
de tus soledades vengo!—

Alzóse Pablo. Los brazos
metió del cancel por dentro,
como si abrazar quisiera
á un sér que forja su anhelo.

—¡Madre! – gimió— ¡Madre mía!—
Y al aire dió vanos besos,
besos que... allá... en una tumba
muy tristes repercutieron.

Partió de allí, lentamente.
En un callejón estrecho
metióse, y ante un casucho,
en ruinas de puro viejo,
se paró. De su bolsillo
sacó una llave, y gimiendo
rechinó la cerradura;
se abrió la puerta é infecto
olor de humedad y frío
detuvo á Pablo algún tiempo.
Encendió una candelilla,
y la puerta cerró luego,
quedando mil telarañas
hechas girones y flecos.

Subió una ruín escalera
y entró en un sucio aposento,
en que una mesa, una silla,
una alhacena y un lecho
componían el mueblaje,
que era rico en polvo espeso.
La alhacena abrió, y, convulso,
sacó un cofre muy pequeño,
y lo contempló, y sus ojos
volvió después hacia el lecho.
—¡Ay madre!—exclamó.
Y sentóse
junto á la mesa, vertiendo
sobre ella del cofrecillo
el contenido diverso.
Cartas, flores secas, cintas,
sobre la mesa cayeron
en confusión... como llegan
del pasado los recuerdos.
Otra vez Pablo, sin calma,

se abreva en dolor leyendo
cartas que causaron gozos
y ahora amarguras y miedo.
«A tí, bien del alma mía»
Asi empezaba aquel cuento.
«Cuando te amé estaba loco,
«cuando te olvido estoy cuerdo.»
¡Tal terminaba! ¡Y qué epílogo!
Una mujer sin consuelo,
y un hijo, como un harapo,
arrojado á un basurero.
—¡Oh, Yelves!—rugió sombrio
Pablo, arrugando colérico,
aquel papel que conoce
la rabia de aquellos dedos.
—¡Oh, Yelves!...—
Y una terrible
maldición ahogó su aliento.
Surgió ante él dulce y vaga
visión. Un abrazo estrecho

le rendía. «¡Hermano! ¡hermano!»
clamaba inefable acento.
—¡El! ¡Siempre él! – con medrosa
voz murmuró.—Los espectros
al homicida se muestran,
y yo le salvé y le veo
como sombra, como larva,
siempre mis pasos siguiendo.
¡Te salvé! ¡Te llamé hermano!
¡Fuiste agobio de mi cuerpo!
¡Te entregué á tu padre! ¿Quieres
que haga más? ¿Pretendes, necio,
que leyendo estas infamias,
quemándome en este fuego,
mirando estas flores secas,
llorando sobre este lecho,
á Yelves, por ser tu padre,
cobre cariño ó respeto?
No más pidas imposibles,
sombra que amo y que aborrezco,

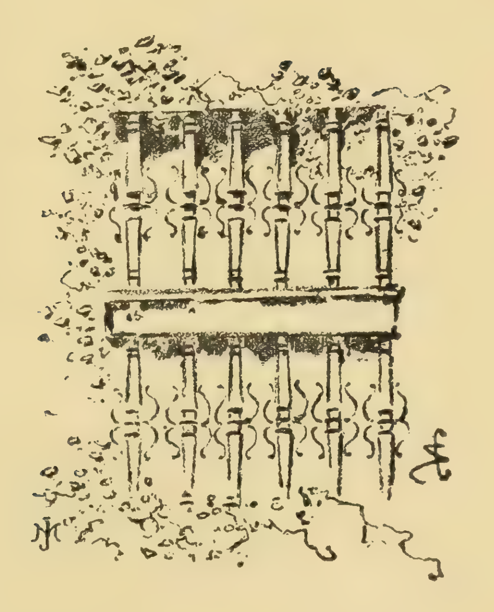
ó esta piedad ¡tan dudosa!
se trocará en odios ciertos.
Déjame que le abomine,
que contra ti no me vuelvo,
deja que odie al que la vida
me dió con sólo ese intento.—
Y leyendo las horribles
cartas, pasó todo el tiempo
que lució la candelilla.
Apagóse... y en lo negro
de las tinieblas... vió Pablo,
como en fantástico espejo,
el gran castillo de popa
de «El Milano,» el gran cortejo
de oficiales y pilotos,
oyó risas y denuestos,
y algún demonio, sin duda,
por burla, simuló el eco
de Yelves, de sus amores
al narrar el lindo cuento,

pues Pablo se irguió en la sombra
y airado, convulso, trémulo,
su daga alzó...
—¡Madre mía!—
exclamó:—¡Loco me vuelvo!

TERCERA PARTE

EN LA PENDIENTE





I

Volvió Diego á Sevilla. ¡Qué dichoso,
qué de amor lleno y de salud qué rico
su hogar cruzaba, en su ilusión forjándose
ver transformado el caserón en nido!

La sangre en bullición hincha sus venas,
asalta su cerebro, y con activo,
violento impulso, el corazón le ensancha,
y su alma entona de la vida el himno!
Él era muy feliz. Plazas y calles
cruzaba con el mudo regocijo
de viajero curioso. Siente el goce
con que al pueblo natal torna el proscripto.
Calles, plazas, iglesias, monasterios,
todo á sus ojos con extraño brillo,
con insólito encanto aparecía.
¡Era un edén, un nuevo paraíso
Sevilla encantadora! Su esplendente
cielo, en que alumbra el sol sobre zafiro;
su ambiente de azahares perfumado;
las tapias de sus huertos, que racimos
vuelcan de rosas y jazmín fragante
entre guirnaldas de verdor lascivo;
sus casas, de mudéjares adornos;
sus balcones de flores revestidos;

sus patios, llenos de olorosas plantas
y de fuentes de sones argentinos;
Sevilla, la sultana, era el encanto
del ardor juvenil de sus sentidos,
y en la fuente, en la blanca madreselva,
en la mudéjar casa, en los hechizos
de todo cuanto mira, sueña, amante,
que fué como creado y construído
para regalo de Isabel. Sus ojos
ven en Sevilla el templo de su ídolo.
¡Era dichoso! Cuando la alta luna
matizaba de tonos nacarinos
la ciudad adormida, él ambulaba
por sus callejas, al azar perdido,
esperando una hora, y de la noche
gozando los encantos y atractivos.
Los retablos miraba, el tembloroso
relumbrar del ahumado farolillo,
la vaga sombra de la inquieta dama
que aguarda á su galán, y que los vidrios

de su ventana empaña con el cálido
vapor en que se exhalan sus suspiros;
al rondador que en toses se deshace
y paredes deslustra y gasta quicios;
al dichoso garzón que, alto el sombrero,
la capa echada atrás, el talle erguido,
y apoyados los codos en la reja,
celoso oculta al dios de su albedrío.
Él también, como hiedra de unos hierros,
gozando en inefables desvaríos,
pasa las horas de la noche plácida.
Contempla á su Isabel, escucha el ritmo
de su voz cadenciosa, y el perfume
de su aliento respira embebecido.

II

¡Cuánta ventura le llenaba el alma!
Mas... ¡qué insensato afán! Sus regocijos
espaciar pretendió. Tal vez sentía

de tanto gozo el corazón henchido,
que temió reventase si no daba
franca salida al manantial divino.
Con ansiedad, y sin recelo alguno,
hizo cosecha pródiga de amigos;
de su alma juvenil abrió las puertas
y el cordón aflojó de su bolsillo.
¡Cuál se vió festejado! ¡Cuántas honras
merecieron los hechos del marino!
¡Cómo la historia del naufragio horrible
fué escrita en versos y cantada en himnos!
¡Cómo hasta los logreros, disculpando
sus torpes impaciencias, con solícito
interés le ofrecieron de sus cofres
el oro, y de sus labios el sigilo!
¡Qué feliz! ¡qué feliz!
¿Quién imagina
que en la fortuna ocúltase el peligro,
en la amistad el dolo? ¿Quién recela
del lisonjero abrazo, del cariño

que con fervor se jura? El caminante,
¿puede creer que el tojo florecido,
y el rico cortinaje de azuladas
campanillas esconden el abismo?
El insecto ¿sospecha de esas plantas
que seducen con cálices malditos
de placer y de muerte?
¡Ay, pobre Diego,
tu noble corazón es tu enemigo!
¡Ay de ti si con ciega confianza
por el lindero vas del precipicio;
si un pie se te resbala ¡desdichado!
sin fuerzas rodarás, cual desprendido
alud que se desliza, y luego salta,
y llega al antro en botadores giros.
Que el tercianario evite cuidadoso
la humedad del pantano; que su instinto
lo proteja y lo salve; pues si torpe
no se recata del traidor rocío,
y aspira los miasmas que despiden

las alas de la muerte, atroz martirio
han de darle los hielos que desgarran,
ó incendios que consumen, nunca extintos!
¡Ay, si no evitan ponzoñosos tratos
los pobres tercianarios de los vicios!
Diego amaba á Isabel; mas ¡cuántas veces
su reja abandonó! La niña en siglos
ve trocarse las horas. ¡Cuál la aflige
de su calle el silencio! ¡Cómo al ruído
más leve se esperanza, y afanosa
acerca el rostro al empañado vidrio!
—¿Por qué se tarda? ¡Ay Dios! ¿por qué no viene?
¿Quién de mi lado le separa impío?—
Hablando en juveniles francachelas
de combates y amores, siempre el vino
el cuento reanimaba; siempre el naipe
tras del licor llegaba de improviso;
y tras del naipe las burlonas daifas;
y detrás de ellas el danzar lascivo.
Entonces Isabel, triste y llorosa,

por su mente cruzaba: conmovido
se alzaba entonces, y dejar quería
aquel holgorio y su sillón vacío
en el tugurio vil; pero á la apuesta
pendiente del azar, á aquel festivo
cuento sin conclusión, á aquel suave
baile de bayadera, era preciso
conceder otro instante, y largas horas
después pasaba en el burdel maldito.
¡Cuántas noches el mozo llevó el peso
de angustiosos desastres á los limpios
hierros de la ventana de su amante,
y cuántas, con los labios remordidos
por chupadores besos de ramera,
besar la frente de su virgen quiso!
¡Cuántas auroras vieron al mancebo
llegar á su mansión, triste, rendido,
mustio, afrentado, y con el alma herida;
y cuántas noches con callados gritos
él se increpó, lanzándose denuestos,

del juego maldiciendo y de sí mismo,
prometiendo la enmienda y sobornando
con la promesa el reposar tranquilo!
Y se enmendaba, sí. Cuatro ó seis días.
Después, ó se encontraba á algún amigo
al mal incitador, ó él, confiado,
iba á afrontar valiente los peligros,
para vencerlos, y probar que tiene
el alma sana y firme el albedrío.
Y llegaba: y entonces, viendo el naipe,
mirando á la marquisa, oliendo el vino,
probaba sus firmezas, apuntando
un doblón—nada más—á un tres ó un cinco,
haciendo un arrumaco á la marquisa,
ó bebiendo una copa á sorbos chicos.
Perdido aquel doblón, no fuera cuerdo
dejar sin perseguir al fugitivo;
hecho ya el arrumaco, no era sano
volverse á su mansión hecho un doctrino;
probado ya el licor, no fuera justo

tratarlo como enjuague ó bebedizo;
y, razonando y disculpando el hecho,
y creyéndose fuerte, y de sí mismo
dueño y señor, el naipe le arrancaba
el oro que guardaban sus bolsillos,
el vino le arrojaba á la imprudencia
y Venus le incendiaba los sentidos.
Al otro día, maldiciendo á voces
la torpe confianza en su albedrío,
débil se apellidaba, y ne creyendo
poder salvarse ya, desfallecido,
al azar se entregaba, como náufrago
que inerte se abandona al remolino.
Pero quería luchar. Ya los logreros
en su jábega atroz le habían prendido,
y él saltaba azorado, entre las mallas,
romper queriendo los ferrados lizos.
Al tugurio acudía esperanzado
en cábalas y cálculos malditos,
que derrotaba el naipe, y á su casa

triste tornaba y nunca convencido.
Desvelaban sus sueños los logreros,
y, del insomnio entre el febril delirio,
formaba planes mil, siempre mirando
como un libertador al naipe esquivo.
¡Era su pensamiento una pizarra
toda llena de números y signos!
¡Oh, si ganara! ¡Si arrancar pudiera
al juego, al vientre del Moloch impío,
cuanto le ha sepultado! ¡Si lograra
verse libre de deudas! ¡Si tranquilo
pudiera respirar, cómo, prudente,
por siempre huyera del tremendo silo!
¡Oh, si ganara!
Y á Isabel no olvida;
mas da á sus rejas soledad y frío.
Va al lado de Isabel. Cuando no tiene
un mísero ducado; cuando rígido
muéstrase el usurero; cuando nadie
brinda á su bolsa exánime un auxilio,

Entonces Isabel es su consuelo,
su gloria, su pasión, su edén, su hechizo;
pero encuentra dinero al otro día
y en Mercurio transfórmase Cupido.
Ya Sevilla no arroba sus miradas.
¡Ya no es feliz! Atónito, sombrío,
arrojado en la nave del desorden,
las costas del lejano paraíso
ve perderse en las brumas: mar adentro
le impele el huracán... se cree perdido:
crece la niebla, el viento se enfurece,
el mar se parte en hondos remolinos,
y se ve rodeado de otros náufragos
que, asiendo de él, lo arrastran al abismo.

III

Tal como corre el lobo carnicero
persiguiendo á la res descarriada,
y así como la zorra desvelada

acecha el bien provisto gallinero,
sigue á la juventud regocijada
como sombra tenaz el usurero.
El usurero ¡horror! Siempre en la orgía
su nombre, entre chacota, se repite;
su oro atiende al placer y á la alegría;
él da valor al arriesgado envite;
él la copa vacía
llena sin tregua, y de la daifa hermosa
compra el deleite para ajeno gusto;
él despierta la risa bulliciosa;
él sufre el vituperio sin disgusto;
el ludibrio, sin queja; el alborozo
de la burla, con calma; él la rodilla
prosterna humilde ante el altivo mozo;
no teme al odio, ni el baldón le humilla.
Soporta que el azote lo maltrate,
porque es codicia, y la codicia espera;
mas la serpiente en el gusano late
y tiene el roedor zarpas de fiera.

Ni el llanto ni la cólera le abate.
¡Sabe esperar! Y cuando llega el día
que á su afán señaló, muda de forma,
ya es la vulpeja aterradora harpía,
ya es serpiente el gusano,
ya es fiera el roedor, ya el ruín enano
en colosal gigante se transforma.
Entonces surge cual fantasma impía
en medio del festín baltasariano;
de él apaga el clamor; y la alegría
convierte en miedo; y con convulsa mano
traza, escuchando, impávido, el suspiro,
el Mane-Thecel-Phares de la orgía.
El usurero.... ¡horror! Lepra no existe
más corroedora. No hay hidropesía
de sed más insaciable. No hay vampiro
más chupador. Es la tenaz carcoma
que consume las almas. Él reviste
de luto el santo hogar. Él va amasando
la mole que terrible se desploma

sobre el techo inseguro de la casa,
en que una vez entró... Vive arrasando,
como el turbión, el sitio por do pasa.
Su seno es oquedad de precipicio.
Es una cifra, un número que abruma.
Para su ávido afán, el bien ó el vicio,
Jesús ó Barrabás son una suma.
Es el sayón cruel que hasta las heces
hace apurar el cáliz de las penas,
pero es un vengador algunas veces.
Si á la pobreza aherroja entre cadenas,
si es cruz de la virtud, garfio y cilicio
es también del malvado poderoso.
¡Hoz implacable, que, á la par, furiosa,
corta el trigo y la hierba ponzoñosa!
Era un sayón cruel para don Diego.
No nació el infeliz para vicioso.
Acrecidas sus deudas vió afanoso,
y con hondo pavor, prendido el fuego
de la devastación en el amado

hogar, que ha entristecido y deshonrado.
Miedo le daba que el marino rudo,
su dulce padre, á conocer llegase
que cubrió de baldón su noble escudo.
¡Ay de él, si lo mirase
hecho esclavo, por torpes desvaríos,
de sórdida caterva de judíos!
Y su adorada madre, que amorosa
su nombre del ludibrio redimiera,
y por lograr su calma,
su sangre generosa
por precio á sus venturas ofreciera,
¿cómo pensará de él ¡madre del alma!
cuando llegue á saber ¡crudo tormento!
que otra vez por el vicio está apresado,
y que toma su atroz remordimiento
la voz chillona del logrero odiado?
Pero, si no les cuenta
su situación, ¿qué porvenir le aguarda?
¿Quién podrá, generoso,

salvarlo de la ruina y de la afrenta,
librarlo del baldón que le acobarda?
Entonces, ¡qué bochorno! recordando
fué al pariente, y al deudo, y al amigo,
inútilmente su piedad buscando.
¡Nadie le presta abrigo!
Tan sólo consiguió vano consejo,
sentencioso sermón, ver publicadas
sus moceras locuras, que, aumentadas
por el vicioso hablar de tanta lengua,
al fin llegaron, para luto y mengua,
á ser sabidas por el noble viejo.
Y así el anciano un día
con el mancebo habló:
—Sé que en el lodo
tu nombre has arrojado. ¡Lo sé todo!
—¡Padre y señor!...
—En mi cariño fía.
Lo sé todo. Conozco tus delirios
y conozco también cuál tus errores

te hacen sufrir vergüenzas y martirios.
¡Son los vicios telares de dolores!
Pero hay uno espantoso, formidable,
verdugo de la paz y del contento,
pasión inexorable
que ciega y enloquece el pensamiento.
Ese vicio infernal en ti ha prendido.
¡Me dá miedo de ti! No sé si arde
ya en volcán ese fuego aborrecido.
No sé si llego en tu socorro tarde.
Esa pasión es tromba que aniquila,
antro sin fondo, incendio que devasta,
serpiente que constriñe y que destila
veneno corroedor, mole que aplasta.
¡Huye, adorado Diego!
¡Huye de ese vampiro del sosiego
que los sueños desvela, y que destruye
honor, virtud, conciencia... ¡huye del juego!
¡Del gran venero de la infamia huye!
Tú eres noble y leal. Naciste honrado.

Glorioso es tu apellido.
¡Ay! ¡cuánto habrás llorado
al verte envilecido,
y á una ralea odiosa encadenado!
¡Con qué augustiosa pena
habrás hablado á tu Isabel ¡tan pura!
De esa niña, tan cándida y tan buena,
¡cuál sería el terror y la amargura,
si tu alma viese y la encontrase llena
de torpe insania y de tiniebla obscura.
¡Yo te quiero salvar!
—¡Padre del alma!—
Y rompió Diego en llanto fervoroso.
—Quiero daros la calma,
hacer á ella feliz y á ti dichoso.
Y mira si es verdad lo que te digo,
que ni en acerba reprensión me ensaño,
ni como adusto viejo
vuélvote el rostro, huraño.
Te estrecho entre mis brazos como amigo:

como amoroso padre te aconsejo.
Eres bueno y leal, pero de cera
tienes el corazón, y es tu enemigo
tan falaz, que siguiéndote á doquiera,
tú no le encuentras porque va contigo.
Lo llevas en el alma. No reluce
con propia luz el sol de tu conciencia.
Tu débil existencia
en voluntad ajena se traduce.
Es como fiel espejo,
en cuya superficie se colora
la obscuridad del antro y el reflejo
de la encendida grana de la aurora.
Yo á la mar te llevé y á los combates,
para que, al ver la ruina y el estrago,
tu pecho endurecieran los embates
de la inclemencia y del luchar aciago.
Pero, Diego, el amor que me subyuga,
todo mi anhelo ardiente,
destruyó de Stromboli en el alarde.

No fortifica el corazón la fuga.
Te quise ver valiente,
y por ti, Diego, me sentí cobarde.
Desechado el camino de la gloria,
¿qué sendero, del mal te apartaría?
¿Quién, con tenaz victoria,
de ti mismo ¡ay de mí! te salvaría?
¿No recuerdas el gozo y la alegría
con que escuché la historia
de tu primer amor? Soñé, hijo mío,
que Isabel fuera el angel de tu guarda
y que ella gobernase tu albedrío.
¡Salvado te miré! Contempla ahora
cuál será mi dolor y mi tristura
al ver que has preferido,
con torpes ansiedades de locura,
la noche opaca á la brillante aurora,
y que, pisando el cielo, te has caído
del infierno en la sima aterradora.
¿Qué fuerzas tienen la amistad traidora,

el falso consejero, el fementido
incitador al mal, el ponzoñoso
adulador, que, al fin, han conseguido
infundir en tu pecho generoso,
para ellos fe, para Isabel olvido?
¡No cejo en defenderte! Es necesario
volver á la virtud. La vil ralea
de daifas y tahures te ha subido
¡pobre Diego! á la cumbre del Calvario
y el logrero ladrón te ha escarnecido.
—¡Padre!
—¡Bendito sea
el dolor!
—¡Padre mío!
—El alma orea
el viento del suspiro. Tú has llorado.
Tú has vuelto, con horror, los tristes ojos
al camino de abismos que has cruzado,
viendo tintos en sangre los abrojos
que tus carnes, con furia, han desgarrado.

Yo te traigo la paz ¡la dicha! Inmolo
mi agravio y mi amargura como ofrenda
á mi inmutable amor, pero te ruego
que me concedas sólo...
—¡Padre! ¿qué quieres tú?
—Sólo tu enmienda.
Ven á llorar entre mis brazos, Diego.
¡Ese férvido llanto es tu rescate!
Ahora, ¡á vencer!—
Y, con acento rudo,
el anciano añadió: —¡Para el combate,
haz de las alas de Isabel escudo!—
¡Isabel! ¡Isabel! ¡Con qué dulzura
este nombre resuena en los oídos
del cuitado mancebo! En su hermosura
vuelve á adorar, ensancha los latidos
su corazón, y con ferviente anhelo
piensa en la reja que le guarda un cielo.
Yelves quiere que el cielo entre en su casa.
La impaciencia le abrasa

de ver y acariciar á un nietezuelo.
—Cuando tengas un hijo serás fuerte,—
exclamó el noble viejo, enternecido.—
No hay discurso moral que más despierte
el corazón que el infantil gemido.
Toma esta llave y tu zozobra calma.
Abre ese cofre: encontrarás ahí oro.
Si no bastase á redimir tu alma,
no te inquietes: tu bien y tu decoro
serán para nosotros lo primero.
Todo lo venderemos, hijo mío;
mas de tu casa expulsa al usurero.
Es un templo el hogar. ¡Fuera el judío
del templo del amor! Pica la amarra
que te sujeta al mal; corta la hiedra
del vicio por el pié; limpia la broza
que te oculta el abismo que me arredra...
Si desoyes mi ruego cariñoso,
del cáñamo sutil se hará la troza,
del pedazo de piel saldrá la garra.

¡Solo te dejo! Piensa en tu reposo.
¡Diego, ó ser desdichado ó ser dichoso!—

IV

Salió Yelves y su hijo
quedó ante el cofre parado,
más sintiendo, como bueno,
que, cual prudente, pensando.
Allí está el cofre: su vientre
esconde eficaces bálsamos,
para placer de judíos
y reposo de cristianos.
Allí está el cofre: la dicha
guarda oculta en su regazo,
y la llave del contento
del mozo está entre las manos.
Abrió el cofre y muy en fila

vió muchos robustos sacos,
pletóricos, que muy pronto
van á padecer de flatos.
Viéndolos tan carilucios,
quedó el galán meditando
en las ópimas cosechas,
en los próvidos ganados,
en los afanes y ahorros,
privaciones y trabajos,
que encerraban las barrigas
de aquellos gordos enanos.
¡Pobres padres! Ella siempre
afanosa vigilando
la hacienda, siempre solícita,
abeja que sin descanso
labró el panal de la casa,
que ahora va á engullirse el zángano.
Él, exponiendo su vida
veces mil, por ganar lauros
para el escudo que un mozo

convierte en padrón de escándalo.
¡Trabajad, trabajad, viejos,
y no malgastéis un cuarto;
no os permitáis un alivio,
que está el galán esperando
ver las arcas muy repletas,
para tirar muy de largo!
Diego mira los rollizos
talegos, y le da saltos
el corazón. ¡Qué sangría
va á dar en ellos! Con pasmo
los contempla, y con angustia
da principio á destriparlos,
balbuciendo al par odiosos
nombres, que parecen garfios.
—Esta es la suma que pide
maeso Gil... ¡Cuánto oro! ¡cuánto!—
Y un exánime talego
cayó al suelo replegado.
—Esto es lo que debo á Piernas,

y á tierra vino otro saco.
–Este es el robo de Pórquel;
éste el trapacero engaño
de Laceta; aqueste paga
las usuras de Berraco.—
Y los talegos caían
al suelo, mustios y lacios,
con flatulentos repliegues
y convulsivos desmayos.
—¡Oh!—murmuraba el mancebo,—
¡de qué modo me han robado!—
Y pasó muchos instantes
en éxtasis, contemplando
las pilas de oro que cubren
la mesa, y los arrugados
talegos, que yacen tristes
por el suelo, semejando
cadáveres insepultos
de ejército derrotado.
¡Cuál de los buitres del vicio

se escuchan los picotazos!
Diego miraba el desastre
sudoroso, acobardado.
Sintió violentos impulsos
de deseos muy contrarios,
vertiginosos terrores
y acres consuelos extraños.
Una voz le aconsejaba
volver el oro á los sacos,
y otro acento le decía:
«¡corta de raíz el árbol
del vicio! ¡Paga, y enmiéndate!»
clamando el eco: «¡Malvado,
á tu padre arruinas!» Diego
sufrió angustiosos marasmos.
Don Alvar tornó á la estancia.
Vió el oro, el cofre, los sacos,
lanzó un suspiro, y al mozo
con amor abrió los brazos.
—¿Esa es la suma...?

—Sí.
—¿Queda
algún débito olvidado?
—Ninguno, padre.
—¿Ninguno?
—Ninguno.
—Pues, por si acaso,
toma.—
Y un nuevo talego
sacó del cofre y en manos
de Diego lo puso.
—¡Oh, padre!—
gimió el mancebo.
—Hé comprado
tu dicha y tu honor. Yo, Diego,
te exijo la enmienda en pago.
—¡Ay, padre! ¡Ved...!—
Señalaba
el mozo el oro apilado.
Yelves murmuró:—En el cofre,

aún, hijo, nos resta un saco.—
Tomó la llave y echóla,
diciendo al mozo: - Á tu cuarto
ese oro lleva, y mañana
sal con él, y vuelve honrado.—

V

La esposa del noble Yelves,
al ver del hijo que adora
la angustia conmovedora,
darle consuelo anheló.
Y, con inmensa ternura
y fervoroso embeleso,
á cada palabra un beso
dulcísimo acompañó.

Le hizo comprender que el oro
es un gran bien, cuando calma
los sufrimientos del alma,
cuando liberta del mal;

que ella y su esposo, sin pena,
para arrancarle del vicio,
hicieran el sacrificio
de todo su capital.

Diego, al escuchar la dulce
voz, que alivia su disgusto,
fué calmándose y sin susto
ya vé del oro el montón.
Y en su pecho la esperanza
brilló con luz hechicera,
y en su corazón de cera
se obró grande mutación.

Fué el terror despareciendo,
fué la pena mitigándose,
y el montón de oro achicándose
ante sus ojos también.
Y, con feroz alegría,
vió que el metal apilado
¡oh gozo! le había comprado,
la libertad, que es el bien.

Su alma abrió á las ilusiones.
¡Era libre! ¡Era dichoso!
¡Qué porvenir tan hermoso
ve ante sus ojos brillar!
Con sus padres ¡tan queridos!
y con Isabel ¡tan pura!
¡qué cielo el de su ventura
y qué eden el de su hogar!

¡Isabel! La suave calma
que por su pecho se extiende
otra vez el fuego enciende
purísimo del amor.
Y ya los tiernos amantes
eterna fe se juraban,
y sus almas se abrazaban
con extático fervor.

. . . .

Cuando una noche volvía
á su mansión embriagado
de contento, vió á un soldado

de hinojos ante el cancel
de un cementerio sombrío,
y, por impulso curioso,
con paso muy silencioso
fué acercándose hacia él.

En tal sitio y á tal hora
pasmaba aquella figura,
dando miedo y amargura,
y curiosidad y horror;
pues, como estatua, adosada
estaba á las duras rejas
exhalando tristes quejas
con sollozo gemidor.

Ya á su lado estaba Diego,
y el soldado no le vía,
y sollozando seguía,
en religiosa actitud.
Diego le tocó en la espalda,
alzó el soldado la frente...
y exclamaron de repente

los dos hombres...

—¡Tú...!

¿Eres tú...?

—¡Pablo!

—¡Diego!—

Rapidísimo

del suelo el soldado alzóse,
pero rígido quedóse
ante don Diego de pie.
Diego le tendió los brazos,
y Pablo, con el anhelo
de ave que alzar quiere el vuelo
y rotas sus alas ve,
los brazos desfallecidos
dejó colgando.

—Sin calma

te miro, Pablo del alma.
¡Háblame!

—Pero no aquí.

—¡Hermano!

—Ese dulce nombre
no pronuncies.
—¿Qué...?
—Su eco,
en este lugar, con hueco
triste són resuena en mí.
—¡No me esplico...!
—Ni interrogues
al dolor que hablar no ansía.—
Don Diego á su hermano oía
con extraña turbación.
Él de dicha embebecido,
y su salvador llorando...
¡Pardiez! que le está pesando
su encuentro en tal ocasión.
Pero, haciéndose violencia,
tornó otra vez á abrazarle
é insistió en interrogarle,
mostrando dulce interés.
—¿Cuándo has vuelto?

—Hace diez meses.
—¡Y á mi puerta no has llamado!
—¡Quien como yo es desgraciado,
siempre inoportuno es!
—¿Sospechas...?
—Que siempre causa
tedios el triste.
—¿Éstás loco?
¡No me buscaste!
—Tampoco.
Pero mil veces te ví.
—No te entiendo Pablo.
—¡Ay, Diego!
¿qué te importa?
—¿Tú me viste
y á mis brazos no corriste?
—No.
—¿Y me lo confiesas?
—Sí.
Junto á este cancel helado

yo lloraba en agonía,
y á veces tu voz oía
alegremente cantar.
Yo estaba solo. Tú, unido
ibas con trasnochadores.
No quise con mis dolores
vuestros placeres turbar.
—¡Oh, calla!
—El contraste fiero
no te apene.
—Pero deja
que te hable.
—Dí.
—Esa reja
de la que eres rondador,
¿qué esconde tras de sus hierros,
que así te roba la calma?
—¡Un sepulcro: el de mi alma!
¡Mi madre!
—¡Pablo!

— ¡Mi amor!

De ese cancel duro y frío
yo soy la hiedra amorosa,
y, en la noche silenciosa,
hablo con mi muerta aquí.
—¡Perdóname! ¡Cuántas noches
tu tristeza habré turbado!
¡Ay, cuántas habré pasado
cantando cerca de ti!

Pero... ¡olvida tu amargura!
—¿Que yo olvide...? —
El rostro frío
de Pablo aspecto sombrío
y amenazador tomó.
Sus ojos enrojeciéronse
y, de cólera impregnada,
lanzaron una mirada
que cual rayo fulguró.

— ¡Pablo...!

—Olvida mis tristezas

y de este lugar partamos.
Habla. Es justo que sepamos
uno del otro. Habla. Dí.
—¡Soy dichoso!
—Lo presumo.
—Mi padre, Pablo, ¡es tan bueno...!
¡Mi madre ¡guarda en su seno
tan dulce amor para mí...!

No vió Diego la mirada
espantosa del soldado,
ni le vió en sudor bañado,
ni su mortal palidez;
y, con ciega confianza,
y agotando su memoria,
le contó toda su historia
con locuaz insensatez.

Le habló de juegos y orgías,
de sus deudas, del divino
sér que puso en su camino
para redimirle, Dios.

Y Pablo tétrico, mudo,
la relación escuchaba,
y entre dientes murmuraba:
--¡Qué abismos entre los dos!—

¡Qué abismos! La cruel envidia
los iba, en silencio, ahondando,
é iba el odio calentando
al más aleve reptil.
Aspid traidor que mordía
de Pablo en el pensamiento
con aquel gárrulo acento
que cuenta dichas sin fin.

Y uno parlero, otro mudo,
plazas y calles cruzaron,
hasta que, al fin, se encontraron
de Yelves ante el hogar.
Y—Entra, Pablo,—exclamó Diego—.
¿Qué? ¿Te apartas? ¿Palideces?
¿Te resistes? ¿Enmudeces?
Pues ¡á la fuerza has de entrar!

¿Dices que no? ¡Ya sé el sitio
donde poder encontrarte...!
Con mi padre iré á buscarte...
—¿Allí? ¡Nunca!
—En el cancel
nos aguarda...—
Extremecióse
Pablo y, lleno de agonía,
murmuró con voz sombría...
—¡Allí, no! ¡Yo aquí vendré!—
—¿Me lo prometes?
—Lo juro.
—¿Vendrás?
—Sí.
—¿Pronto?
—¿Lo dudas?
—Pues has de ver cuando acudas
á esta cita, con qué amor
en mi hog ır se te recibe,
y cómo, por verte ufano,

todo festeja á mi hermano,
y ensalza á mi salvador.

VI

Todos los días pregunta
don Alvar con noble empeño:
—¿Pagaste...?—y le dice el mozo,
que ya en mentir es maestro.
—Todo, no,—y ausencias finge
y otras veces pone enfermos
á dos ó tres acreedores
que nunca madres tuvieron.
Y no debió dedicarse
á la invención de usureros,
pues le sobra con los muchos
que tiene de carne y hueso.
—Hijo, vé que no descanso;
mira que vivir no puedo

mientras no sepa que nadie
logra desvelar tus sueños...
—¡Págalo todo, hijo mío!—
sin cesar repite el viejo,
con la terquedad que toman
siempre los sanos consejos.
Promete pagarlo todo
el mozo, y va á su aposento,
y rellena sus bolsillos
con el oro de un talego.
Sale de su casa y busca,
muy dudoso y macilento,
á los prestamistas moscas,
fatiga de su sosiego.
Paga las sumas pequeñas,
rescata los documentos,
pero de las sumas grandes
tan sólo abona los réditos.
Lleva á su casa las cédulas,
mas en manos del logrero

otras deja de más lucro,
é, item más, en papel nuevo.
Cuando todo renovado
estuvo, y con mucho tiempo
para pagar, y con copia
de plata se halló el mancebo,
volvió á juzgarse dichoso...
Ya vive en calma, sin miedo,
sin agobios... ¿Que en su alma
escucha el rígido acento
de su padre, que le augura
males, tal vez, sin remedio?...
¿Que otra voz en su conciencia
le repite los consejos
del anciano, y que le llama
«mal hijo, insensato y ciego»?...
¿Que en vez de cortar el árbol
del vicio con golpe fiero,
y por el pie, va podándolo
con gran cariño y gran tiento,

para que todas sus ramas
brotar puedan tallos nuevos...?
¡Ah, qué importa...! Al padre amado
la vejez le da recelos;
no es mal hijo, ni está loco,
quien, por amante y por cuerdo,
quiere hacer restituciones
y resucitar contentos.
¡Cortar de raiz el arbol
del vicio...! Tras los renuevos
nacén las hojas, las flores,
los frutos ópimos luego.
¡El vicio! ¿Qué significa
llamar vicio á los deseos
de volver al padre amado
todos sus sacos repletos
de plata, y decirle: «Toma,
¡padre mío!, te devuelvo
tus trabajos, tus afanes,
tus sudores, tus desvelos...?»

¡El vicio! ¿Á qué ganancioso
se persiguió con dicterios?
¿Qué casa se ha perturbado,
qué esposa exhaló lamentos
por rellenar sus arcones
de oro...? ¡El vicio! ¡Nombre hueco!
Él perdió hasta allí. ¡Sin duda!
¿Cómo no? Jugó primero
por vanidoso y por simple,
por juvenil pasatiempo;
después, por necesitado;
por desesperado luego.
¿Cómo ganar? ¡Imposible!
Ahora sus presentimientos
no le engañan. Ahora puede
vencer al destino adverso.
¡Oh júbilo, cuando luzca
el día más placentero
de su vida, cuando llegue
aquel dichoso momento

en que le pida la llave
del cofre al querido viejo,
y otra vez ante sus ojos,
de oro le rellene el seno!
Entonces con Isabela
casará. Si con pretextos
y farsas va retardando
su enlace, de tiempo en tiempo,
no es porque la haya olvidado:
es porque busca el sosiego
del hogar; porque no quiere,
como amante y como cuerdo,
colgar su nido de rama
que marcó el leñador fiero.
¿Por qué le asaltan memorias
de dolores y tormentos?
¿Por qué pavorosas dudas
intranquilizan sus sueños?
¡Ay de los desventurados!
¡Ay de los del alma enfermos,

á quienes sobra de tontos
lo que les falta de buenos!
Buscan por malos caminos
la dicha, cual torpes ciegos;
quieren que el mal les dé bienes
y salud los pudrideros.
Con muy honrados impulsos,
mas con instinto perverso,
riéndose de la experiencia
y amordazando el recuerdo,
el mozo, en quien nada logran
los pasados escarmientos,
ni los llantos de la madre,
ni los sesudos consejos
del anciano, en quien adora,
llegó á las puertas del juego,
agitando las aldabas
del portón de los infiernos.
¡Vicio incurable! ¡Mal único
que no encuentra paz ni término!

Se abrió la terrible sima,
y otra vez hundióse Diego
en esas profundas sombras
que enloquecen los cerebros!
—¿Lo has pagado todo?—un día
le preguntó el noble viejo.
—Sí, padre,—respondió el mozo,
triste, sudoroso, trémulo.
—¡Gracias á Dios, hijo amado!
¡Gracias á Dios que tu pecho
ya respirará tranquilo
y se encalmarán tus sueños!—
¡Ay, el mozo ya no duerme!..
Muy vacíos los talegos
mira... y ofuscan sus ojos
largas filas de usureros.
En los naipes su esperanza
puso, por vicioso ó necio,
y ve naipes revolando
siempre en torno de su lecho...

Los oros llegan y huyen.
Las copas le ponen ébrio.
Las espadas le acuchillan.
Los bastos rompen sus huesos...
¡Ay de los desventurados!
¡Ay de los del alma enfermos,
á quienes sobra de tontos
lo que les falta de buenos!

VII

¡Cuántas horas pasa Pablo
meditando, con angustia,
en la cita con que Diego
llevarle á su hogar procura!
¡Qué noches eternas pasa
sufriendo, en calladas luchas,
impulsos de los rencores
y embates de las ternuras!

¡Él ir á casa de Yelves!
¡El ir de su padre en busca!
¿Él abrazar á aquel viejo
que, cuando joven, su cuna
abandonó?... ¿Quién lo pide?
¿Quién tal mandato pronuncia?
¿Su hermano? ¿Diego...? ¿Aquel alma
que ha penetrado en la suya,
para que viva entre sombras,
entre martirios y dudas?
¡Diego!... ¿Por qué del abismo
lo salvó?... ¡Venganza cruda
ansiaba! Ablandó su pecho
verse en la móvil llanura
del mar, sobre un roto palo
¡solo! ¡solo con la mustia
forma del sér, á quien viste
la ola sudarios de espuma!
¡Ah, pero si entró en su alma
la piedad, si la luz pura

del sol inflamó sus venas;
si el sol desgarró las brumas
del odio; si logró, héroe,
quitar su presa á la tumba,
el cielo, Dios, le han prestado,
aun más que Luzbel, ayuda.
Su presa soltó la muerte,
pero deshecha y poluta.
Aquella acción generosa,
aquella piedad augusta,
que vieron las soledades
del mar, han hecho infecundas
las traidoras compañías
de los hombres... ¿Qué le abruma?
¿Qué le aflige? ¿La venganza
no anheló? Pues se reanuda.
¿Acaso ignora las deudas,
los desastres, la amargura,
el desorden con que vive
su hermano? Aquella conducta

de loco y ciego, ¿no alcanza
á ser ruina y desventura,
estrago, naufragio y muerte,
muerte del alma? ¡En qué obscuras
tinieblas sus pensamientos
se esconden y se refugian!
Su alma, sus nobles instintos,
¿no se querellan y asustan
de que regocijos cause
ver que el bien se trueca en culpa?
¿Y aquel cariño jurado?
El que arrebató á las furias
del mar el cuerpo de Diego,
¿podrá dejar que se hunda
su alma en el vicio? ¿Es acaso
él su padre? ¿Él, por ventura,
es su tutor? ¿Diego es niño?
¿Preciso es que se conduzca
de la mano á aquel mancebo?
Y ¿merece que se acuda

siempre en su socorro? Hermano
le llamó, mas no le turba
este nombre. ¿Siente Diego
las fraternales dulzuras?
¿Con qué consuelo ha aliviado
sus pesares? Con insulsa
charla contó á sus dolores
amoríos y aventuras.
¿Qué pruebas ha recibido
de su gratitud? Ninguna.
En los corazones débiles
la gratitud poco dura.
Los favores se envejecen...
Y pasa el tiempo y se anublan.
¡La gratitud...! En los labios
bulle de manera súbita
como fervoroso vino
que se convierte en espuma.
Pero... ¡está loco! No Diego
merece la tacha injusta

de ingrato. Ni aun la merecen
sus padres. Pues qué, ¿no escucha
siempre la voz de su hermano?
¿No oye, mezclada en sus súplicas,
la amenaza pavorosa
que le estremece y conturba?
Irán todos á buscarle
al cancel que es su tortura...
¡Oh, Yelves ante la fosa
de su madre...! ¡Ante la tumba
de su víctima! ¡Qué espanto
si al ladrón de su ventura
ve la muerta, y ve que abraza
al que abandonó en la cuna!
¡Él irá á casa de Yelves!
¡Él de su padre irá en busca!

VIII

Cruzaba con emoción
Pablo la extensa ciudad,
con febril curiosidad,
con inquieta turbación.
Con dolor y con placer
él llegaba á imaginar
que, al fin, se iban á encontrar,
en lo íntimo de su sér,
la violencia y el respeto,
el anhelo de venganza,
y de inefable esperanza
tenaz impulso secreto.
Ya finge verse en los brazos
del hombre á quien aborrece,
y, en su ilusión, le estremece
la opresión de aquellos lazos,

pues, por rendido y cobarde,
presiente que se doblega
el odio al amor que llega
¡tan de improviso y tan tarde!

Como raudo vendaval
su pensamiento volaba.
Y sintió miedo. ¡Si estaba
de Yelves frente al portal!

Entró: con marcha ligera
cruzó el patio: fué adelante;
fué subiendo jadeante
la interminable escalera.

Cerrado encontró el portón.
Alzó la aldaba; sañudo
la agitó, y el golpe rudo
le maceró el corazón.

Abrió un servidor rufiano
y dijo, con torvo ceño...
—¿Qué queréis?...
—Ver á tu dueño.

—Pues llame á otra puerta, hermano.—
Y cerró.
Sintió honda furia
Pablo por tan vil ultraje,
presintiendo que su traje
daba ocasión á la injuria.
Y al ver aquella cerrada
puerta, pensó, con desmayo,
—¡En mi hogar, hasta un lacayo
quiere prohibirme la entrada!—
Volvió á asir el aldabón
y lo soltó. No quería
llamar de nuevo. Sentía
vergüenza y sofocación.
—Apuraré hasta las heces
el cáliz de la amargura,—
dijo: y con rabia y locura
golpeó la puerta mil veces.
El lacayo, con presteza,
volvió á abrir, y...—¡Por el diablo!—

gritó.—¿Tú...?—
Le miró Pablo
de los pies á la cabeza,
y, con furor reprimido,
exclamó: —¡Marcha adelante!
¡Marcha y anuncia al instante
á Pablo!
—¿Sin apellido...?—
Estremecióse el soldado,
el sudor bañó su frente,
mas se calmó de repente
y dijo:— ¡Nunca lo he usado!
Anuncia á Pablo, y no más...
No entres en cuentas conmigo.
¡Haz, rufián, lo que te digo
y bien contigo estarás!—
Y el rufo debió de ver
algo terrible en los ojos
de Pablo, pues sin enojos
se apresuró á obedecer.

Lentamente iban cruzando
estancias y corredores,
y Pablo sus mil primores
y su lujo iba observando.

Y entre el torcedor impío
de la envidia en que se abrasa,
piensa: «¡Cuanto en esta casa
existe debió ser mío!»

Pero acalla sus anhelos
y tristemente suspira,
porque los retratos mira
de sus ínclitos abuelos,

y cree oir, con voz helada,
que hace en sus entrañas presa:
«¡Hijo de la genovesa,
aquí nada hay tuyo; nada!»

En un aposento entró
el lacayo, y salió luego,
tras del servidor, don Diego,
que alegre á Pablo abrazó.

—¡Madre mía! ¡Padre! ¡Es él!
¡Mi salvador!—
Afanosa,
de Yelves la noble esposa
corrió al soldado, y por fiel
muestra de su gratitud,
quiso á sus plantas postrarse.
Pablo la hizo levantarse
con cortés solicitud.
Lleno de angustia mortal
y atónito la miraba.
Casi en sus brazos estaba
la venturosa rival
de su madre. Era inocente:
ella no le causó agravios,
mas... besos de aquellos labios
dejaron lodo en su frente.
Entonces, en torbellino,
atropelló su memoria
la triste, la amarga historia

de su espantoso destino,
y, de sí viendo delante
á aquella mujer hermosa,
en la dicha de la esposa
vió el suplicio de la amante.
Vió en la esposa la ventura,
en la amiga la tristeza,
para Diego honor, riqueza,
para él baldón, amargura.
La miraba. Hondo dolor
al contemplarla sentía,
y su hermosura veía
con pena, mas sin horror.
¡Sin horror!—¿Quién me dijera,—
pensó,—que al ver á esta dama,
el odio en violenta llama
para cegarme no ardiera?
¡Y es muy bella! ¡Ay, sí! Jamás
el llanto su tez de rosa
marchitó, mas como hermosa,

fué mi madre mucho más.—

Y, en aquella lucha incierto,
iba á rendirse su alma
al amor, cuando sin calma
vió á Yelves altivo y yerto.

—¡Siempre igual! ¡Mal que me cuadre
debo odiarlo! ¡Es mi destino!
De amor me cierra el camino
el cadaver de mi madre.—

Y entonces ¡recuerdo insano!
mirando á Yelves, creía
que otra vez la historia oía
del capitán de «El Milano.»

Y ante su vista, en turbión,
para avivar sus rencores,
pasaban cintas y flores,
cartas y muerte y baldón.

—¡Gracias á Dios que has venido!—
dijo Yelves.
El soldado

no respondió.
—Te he buscado
con afán.
—Ya lo he sabido.
—¿Y no viniste?
—¿Y á qué...?
—¿Júzgasme ingrato?
—No tal.
—¿De esta casa en el portal
hay un abismo?
—No, á fe.
—Creerlo puedes.
—Lo colijo.
—Todos te hemos recordado.
—Gracias.
—Mi esposa ha esperado
al salvador de su hijo.
—Y mi gratitud ferviente,—
dijo la dama,—no amengua
porque no pueda la lengua

decir lo que el alma siente.

—Yo,—exclamó Diego,—me ufano,
sin retórico rodeo,
de expresar cuanto deseo,
dándole un nombre: el de hermano.—

Yelves, riendo,—ya ves,—
articuló,—¡voto á briós!
lo que eres para los dos;
pero aquí vivimos tres...

Tócame ya entrar en parte
en tan plácido alborozo;
mas soy viejo, tú eres mozo,
y sé bien cómo he de hablarte.

Siéntate y ten confianza.
Dí que anhelas.

—¡Nada!

—Quiero
que seas franco.

—Nada espero.
—¿Ya has matado la esperanza?

—La perdí desde la cuna.
—¿Y un deseo...?
—En mí no abriga.
—¿Mujer no tienes?
—Ni amiga.
—¿Familia entonces...?
—Ninguna.
—¡Por Cristo! que me interesa
tu historia.
—¡Triste es á fé!
—¿Tu padre...?
—No sé quien fué,
—¿Tu madre?
—Una genovesa.
Y Pablo en Yelves fijó
su mirada audaz, ardiente,
pero el viejo, indiferente,
dijo: —Tu madre nació
en la perla de la mar.
Conozco á Génova.

—Sí,—
Pablo exclamó:—Ya os oí
sobre «El Milano» contar
de Génova linda historia.
—Verdad—interrumpió el viejo,—
pero, te doy un consejo:
no abuses de tu memoria.—
De mudo y violento afán
Yelves se sintió embargado,
diciéndose:—Se ha juntado
el héroe con el truhán,
pues de hablarme de este modo,
y ante quien habla, colijo
que el salvador de mi hijo
sabe valerse de todo.
Mucho, pues, debo temer
del que trata de encubrir
en lo parco del pedir
la codicia de obtener.
—Aunque no tienes amor—

dijo á Pablo,—y, según veo,
ni esperanza, ni deseo,
algo te resta: un deudor.
—¿Un deudor?...
—De una sagrada
deuda que un padre no olvida...
Por ti gozo de la vida
de Diego.
—Es deuda pagada.
—¿Por quién?
—Por el goce ignoto
que sentí, en férvidos lazos,
cuando á Diego abrí los brazos
sobre un mastelero roto.
—¡Pablo!—exclamaron al par
don Diego y su madre.—
El viejo
frunció, airado, el entrecejo,
y dijo:—¡Yo he de pagar!
—¿Qué, pues, me váis á ofrecer?

—Lo que más falta te hace.
—¿Llevar al mercado os place
lo que no pienso vender?
—Eres pobre.
—No es mancilla.
—¡Muy pobre!
—Yo lo confieso.
—¿Y orgullo tienes...?
—Por eso
toda limosna me humilla.
—Hablas mal del oro y sé
por qué razón, ¡vive Cristo!
Muy de lejos lo habrás visto,
cuando en el no tienes fe.
—Ninguna fe.
—Lo presumo.
Á ti el oro te parece...
—Cosa que... se desvanece;
vil metal que muere en humo.—

La dama, el soldado y Diego,
sufrían tormento impío.
Yelves fué al cofre, y, sombrío,
sacó el último talego.

—¡Mira este saco! Preñado
de oro está. En él se concentra
el placer; en él encuentra
sus delicias el soldado.

Con él se compra el holgar,
buen vino, franco reir,
y descansado dormir,
y risueño despertar.

—Subido en un roto palo,
sobre la ola enfurecida,
yo dí á don Diego la vida,
pero fué como regalo;

y pues yo le quise hacer
tal don, que precio no tiene,
juzgad vos si me conviene
pasar por ruin mercader.

—No te hago caso. ¡Estás loco!
—¡Padre!
—Toma ese dinero.
—Es mucho para un logrero;
para un soldado es muy poco.
—Ya te entiendo.
—Si queréis
pagar una noble acción,
¡pagadla! pero es razón
que á lo justo la taséis.—
Sufriendo horribles sonrojos,
Yelves al cofre vacío
con rabia y furor sombrío
sin cesar vuelve los ojos.
Tal le angustió su pobreza,
que entonces se diera al diablo
por poder tirar á Pablo
un tesoro á la cabeza.
Del cofre la vista alzó,
y sus ojos hechos fuego

lanzaron sobre don Diego
mirada que le aterró.
Pero pronto se repuso
y dijo:—Ya se ha trocado
en mercader el soldado...
Está bien, aunque no en uso.
Acepto tu tasación;
mas que medites te ruego
que no fué el salvar á Diego
virtud, sino obligación.
—De cristiano.
—¡Torpe afán!
—¡De cristiano!
—¡Qué quimera!
Tú eres soldado y él era
hijo de tu capitán.
—¡Era un náufrago!
—¿Y no advierte...?
—Sobre el abismo gigante
no hay cuatralbo, ni almirante.

—¿Quién manda en el mar?
—¡La muerte!
Para ella no hay gerarquías.
—Se oye una voz.
—La de Dios.
—Hay un poder.
—No el de vos;
sí el de las olas bravías.
—¿Rechazas toda obediencia?
—Rechazo ley que se aviene
cual daifa á lo que conviene
al gusto, no á la conciencia.
—¡Insensato! ¿Á qué has venido
en hora mala á mi hogar?
—En hora mala á buscar
lo que temí haber perdido.
—¿Qué soñaste hallar aquí
más que un premio?
—¡Gratitud,
y amor, y solicitud!

¡Todo cuanto merecí!
—¿Luego aquí buscaste ufano?...
—Todo menos un talego.
Busqué amor; quise que Diego
me diera el nombre de hermano.
—¿Todo tu afán se concilia,
y á tu insensatez no arguyo,
con buscar al nombre tuyo
un principio de familia?
—¡Ah!—rugió Pablo—con esa
cruel mofa, con ese acento,
contásteis el lindo cuento
de la pobre genovesa!—
Yelves cegó de furor,
y, con ronco grito—¡Necio!—
dijo,—Marcha, te desprecio,
por castigarte mejor.
¡Véte! marcha, te lo pido
por tu bien, por mi decoro.
¡Toma este saco de oro!

¡No tengo más! ¿Lo has oído?...—
Y el saco á los piés tiró
de Pablo, que jadeaba.
La noble dama lloraba.
Diego á su padre abrazó.
—¿No lo quieres...? tú vendrás
por él, triste y de hambre inerte....
—Rogad á Dios, con voz fuerte
que no vuelva aquí jamás.
—Vuelve, mas si se propasa
tu lengua, ¡necio orgulloso!
yo, como á un perro rabioso,
te haré arrojar de mi casa.—
Pablo hacia Yelves, airado,
convulso, avanzarse quiso.
Corrió Diego y, de improviso,
se arrojó sobre el soldado.
Hubo terribles momentos,
en que dieron los enojos
llamaradas á los ojos,

mugidos á los alientos.

Mas corto espacio duró
aquella angustia rabiosa.
Pablo mirada espantosa
sobre su hermano lanzó

y, viéndose entre sus lazos,
exclamó con eco fiero:
— ¡No en el roto mastelero
así me ahogaban tus brazos!

«¡Apriétame!» sobre el mar
te grité, «la ola es traidora.»
«¡Sueltáme!» te digo ahora,
pues más traidor es tu hogar!—

Y fingiendo muda calma,
salió de aquel aposento,
abrasado el pensamiento
en los infiernos del alma.

Estancias y corredores
solo y triste fué cruzando,
y sus ojos golpeando

con haces de resplandores
   fueron bronces y pinturas,
porcelanas, sedería,
y cristal, y argentería,
y tapices y armaduras,
   y oyendo, en su frenesí,
que todo en clamar no cesa:
«¡Hijo de la genovesa,
fuera! ¡fuera! ¡Sal de aquí!»
   Cuando traspuso el dintel
de aquella casa maldita,
¡Madre!—gritó—ya está escrita
por Jesús y por Luzbel
   la sentencia de este hogar.
Cuando yo á estas puertas llame
á mis plantas, ¡viejo infame!
has de gemir y llorar.—



En algunos ejemplares aparecen las siguientes

ERRATAS

DICE	LÉASE
Pág. 22.—Verso 1.	
¡Quiero arrojarla al fuego! Voy á hundirme	¡Quiso arrojarla al fuego! ¡Voy á hundirme
Pág. 48.—Versos 13 y 14.	
y que la lepra ambiciosa sólo con sangre se calma	y que la ambición es lepra que sólo la sangre calma
Pág. 48.—Verso 18.	
como en conserva	como *en conserva*
Pág. 72.—Verso 11.	
que á los párpados se asoma,	que á los párpados se asoman,
Pág. 111.—Verso 17.	
La naos se anega y se inflama,	La nao se anega y se inflama,
Pág. 122.—Verso 12.	
sobre el mar les soltaban... ¡Horrendo cuadro!	soltábanles al mar... ¡Terrible cuadro!
Pág. 151.—Verso 19.	
Don Diego hizo muchas vendas	Don Diego hizo muchas deudas
Pág. 162.—Verso 9.	
para él, más le daré.	para él, mas le daré.—

Pág. 166.—Verso 15.	
y de la rama el charlido	y de la rana el charlido
Pág. 168.—Verso 2.	
Después que en el santuorio	Después que en el santuario
Pág. 174.—Verso 7.	
Trono esplendente de insecto alado,	Trono esplendente del insecto alado
Pág. 176.—Verso 2.	
humos, arpegios suaves,	himnos, arpegios suaves
Pág. 194.—Verso 8.	
¡Cuál se publican los nombres	¡Cuál los nombres se publican
Pág. 195.—Verso 14.	
y en que con vino dorado	y en que con dorado vino